Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Traducción Carlos Fortea

Gisbert Haefs

© Gisbert Haefs
Octubre 2015

Esta es una publicación de la Secretaría de Cultura de CDMX y Para Leer en Libertad A.C., en el marco de la FIL ZÓCALO 2015.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Paloma Saiz.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

1

Una noche de finales de agosto de 1980, un ruido aterrador delante de la puerta me anunció que Baltasar Matzbach había traído hasta mi domicilio sus 120 kilos... el claxon, el golpe de la puerta del coche, el resoplar y ese golpe nasal de clarín que sonaba remotamente similar a mi nombre, eran inequívocos. Yo había venido al campo desde Bonn hacía poco, y me alegró ser perturbado en mi exilio. Tras la desbordante alegría del reencuentro, Baltasar (había perdido al menos 100 gramos) mencionó su hambre furibunda. Estremecido por la compasión, puse diez huevos (dos para mí) y abundante jamón en varias sartenes y preparé café.

Una vez liquidados, en compañía de medio pan negro, Baltasar me contó la confusa historia de su jornada hasta ese momento. Voy a reproducirla a continuación, cambiando la perspectiva y ordenándola, más o menos como pudo haber ocurrido. El número de mis interrupciones para pedir aclaración de detalles y borrosas descripciones puede haber alcanzado la cincuentena.

El día había empezado mal para Baltasar Matzbach. Despertó hacia el mediodía, atormentado por un barullo de sentimientos enfrentados. Su repleta vejiga le

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
obligó a cambiar la cama por un lugar menos acogedor. La serrería que sonaba en su cabeza le hizo anhelar seguir durmiendo. La boca le sabía como si las legiones de César hubieran hecho en ella un ejercicio de marcha nocturna con los pies envueltos en trapos viejos. El hambre le expulsó de la cama; una sensación de flojera que recubría los bordes de su estómago pedía ser calmado. Para colmo, fuera había empezado la llovizna de agosto que llevaba el nombre de verano de Bonn, pero que no alcanzaba para velar la vista del Ayuntamiento de la ciudad, celebración del terrorismo burocrático. Baltasar se había olvidado (o ya no había estado en condiciones) de correr las cortinas. “Aunque fue exquisito”, gruñó, incorporándose trabajosamente, “lo fue”, y se apoyó vacilante sobre sus anchos pies, “trabajos y penas”. De vuelta del baño, su mirada recayó sobre la informe vestimenta para las piernas a la que gustaba de llamar pantalones. Estaban más o menos plegados, y colgaban así sobre el respaldo de una silla. Una señal segura de una borrachera hasta la inconsciencia, pensó, porque a un hombre en posesión de sus sentidos no se le pasaría por la cabeza plegar semejante objeto. Suspirando, se medio vistió; luego fue arrastrando los pies hasta la cocina de su apartamento de vieja construcción y puso agua al fuego para hacer café, sacó de la nevera medio litro de leche y se bebió el frío zumo de vaca.

Mientras el agua empezaba a canturrear con suavidad, Baltasar se arrastró nuevamente al baño para despachar, tras los asuntos urgentes, los necesarios. El agua fría le abrió nuevas perspectivas. Luego echó mano al cepillo de dientes para borrar las huellas del pasado. En

ese momento vio por vez primera (conscientemente) lo que iba a cambiar su vida en los días siguientes, a privarme de mi tiempo y a precipitar en la desdicha a algunos honorables ciudadanos de Bonn: junto a su cepillo de un rosa delicado, con su adecuado cuello en suave ángulo, había un segundo cepillo en el vasito, un cepillo color verde bilis.

Pensativo, sorbió su café y encendió el primer cigarro negro del día. A la vez, se rompió la cabeza pensando, para lo que no hacía falta mucho, porque de todos modos estaba ya dañada. El albino del espejo tenía el aspecto de todo el hastío del globo terráqueo concentrado en un espejo cóncavo. Sea como fuere... incluso en Bonn, donde muchas cosas son posibles y muchas cosas imposibles se convierten en Ley, la abrupta intrusión de un cepillo de dientes en una vivienda cerrada es un extraño proceso, que da motivos para preocuparse. Baltasar lo aclaró, es decir: Pensó con lógica esclarecedora. "Puesto que" —pensó más o menos— "no puedo acordarme del cepillo, sin duda ayer no estaba aquí. Quedan dos posibilidades: alguien lo ha traído a mi casa y puesto en el vaso mientras yo estaba fuera. La casa estaba cerrada. Aparte de mí, sólo el propietario tiene llave. Llamar".

La llamada arrojó un resultado negativo. El propietario manifestó su extrañeza ante la suposición de que pudiera meter de contrabando durante la noche cepillos de dientes en casas alquiladas. Recomendó a Baltasar esperar al próximo 28 de diciembre para hacer semejantes llamadas.

Prosecución del curso de los pensamientos: "Yo mismo he traído el cepillo y lo he puesto en el vaso. Como soy

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
una persona desordenada” —al fin y al cabo, lo sabe—,
“normalmente lo hubiera dejado en la nevera o en una
estantería. Pero está en el vaso. Es decir, véase pantalones
plegados, estaba como una cuba cuando lo traje aquí.
¿Dónde estuve ayer por la noche? De algunas tabernas
me acuerdo, de otras no. Pero supongo que allá donde
hay un agujero en mi memoria hubo unas cuantas taber-
nas más. Sin embargo, ¿en qué taberna de Bonn se con-
siguen cepillos de dientes después de medianoche? Tiene
que ser un local curioso”.

El reloj marcaba poco más de la una cuando Matzbach
llegó hasta ahí. Sabía que no tenía sentido hacer nada,
porque todos aquellos de cuya presencia en esta o aquella
taberna podía acordarse trabajaban durante el día. (Los
funcionarios no entran en su círculo de amistades). Así
que dejó ulteriores indagaciones para la tarde y se fue a
su escritorio.

La cuestión de qué hacía en su escritorio está relaciona-
da con algunas otra cuestiones a las que tampoco puedo
dar respuesta. Por mencionar tan sólo las más evidentes:
Quién es Baltasar Matzbach, qué hace, qué le mueve, de
dónde viene, de qué vive, etcétera. Baltasar es, ante todo,
gordo; a veces tengo la profunda sospecha de que sufre de
elefantiasis del espíritu, pero esta sospecha es tan espanta-
tosa que cabe pasarla por alto.

Nació en 1939, fue educado por sus abuelos tras morir
sus padres en un bombardeo, fue un muchacho despierto
y estudió Filosofía y Física Nuclear. Con aproximada-
mente 25 años hizo un invento y desarrolló una patente
para algo que se emplea en un betatrón, tan complicado

que ni él mismo sabe explicarlo ya. Lo principal es que el invento se usa, y sigue reportándole unos estupendos beneficios. Al mismo tiempo componía en secreto, y engendró uno de esos temas recurrentes, un éxito absolutamente estúpido, pero que sigue tocándose y produciendo dinero. Cuando sus finanzas estaban ya de tal modo asentadas, además le tocó la lotería, y se entregó a un insensato programa de formación. Así salió de su pluma un opúsculo, apreciado en los círculos especializados, sobre *Corrientes monoteístas entre los druidas insulares célticos*. Luego estuvo un tiempo en la costa bretona, antes de que fuera devastada por las invasiones bárbaras del turismo, como mecenas y *manager* de jóvenes artistas, burlador de turistas primerizas y profesor privado contra el ocultismo. En esa época redactó otros dos libros: *Influencias chamanistas en las Analectas de Confucio* y *Aspectos sexopatológicos de la psicoquinesis*. A lo largo de los años todavía haría muchas más cosas absurdas, que no obstante le reportaban, sin excepción, dinero. Recuerdo que en agosto de 1979 le desaconsejé con vehemencia invertir en oro una suma de apenas seis cifras. Cuando vendió en la primavera de 1980, en el punto culminante del *boom*, me invitó a una salchicha al curry con patatas fritas en agradecimiento por los buenos consejos.

Además, hace años que lleva la columna semanal *Pregunte a la señora Griseldis*, de una gran revista ilustrada. Aparte de que ese cubo de penas está bien pagado, naturalmente Matzbach es inmejorable, dada su amplia formación, que sigue ampliando en el curso de esa actividad, para dar consejos en cuestiones referentes a la vida

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios** y el corazón; su extravagante derroche de anécdotas y problemas bastaría para pasar períodos de sesiones enteros de la ONU, sin haberse perdido nada.

Esa tarde estuvo ocupándose de dicha correspondencia lacrimosa, riendo en varias ocasiones tan a gusto que olvidó por un tiempo el cepillo de dientes. (Por la noche, mientras se tumbaba perezoso en mi alfombra, le pregunté si a lo largo del día, al disiparse la resaca, no se había dado cuenta en ningún momento de hasta qué punto su problema era absurdo; rechazó tal cosa. De eso hablaremos luego).

A primera hora de la tarde empezó a llamar por teléfono. Después de algunos intentos vanos con gentes que, o no estaban en casa, o no le habían visto la noche anterior, localizó a Edgar Römertopf también llamado Doc, un anormalmente feo ginecólogo y rompecorazones. Römertopf descolgó ya al cuarto pitido del teléfono:

— Sí — dijo amablemente.

Baltasar sorbió el contenido de su nariz:

— Yo — dijo con precisión. Un misterio. Edgar rió, sarcástico:

— Tú no eres un misterio — dijo. Eres un monstruo grasiento. Baltasar dijo:

— Hum, hum. Me mal interpretas. Este jueves estoy ocupado con un misterio.

Pausa. Edgar pareció tapar el auricular con una mano y decir algo a alguien. Luego volvió a hablar:

— Aja.

— Sí, he descubierto un cepillo de dientes.

Römertopf pareció asentir:

– Enloquecedoramente interesante.

– ¿Verdad? Está en el vaso de mis cepillos, junto al mío, que ayer era el único que había allí. Edgar rió entre dientes: – ¿Has mirado ya dentro de tu cama?

– Allí no hay nadie.

– Tan sólo pensaba que quizá la muchacha que pescaste ayer podía haber metido un cepillo de dientes en su equipaje de marcha.

Baltasar frunció el ceño:

– ¿Qué muchacha?

– Bueno, esa supermujer. Superfea.

– Querido amigo, me estás hablando en adivinanzas.

¿Qué mujer?

Edgar volvió a soltar una risita.

– Ah, es cierto, tú ya estabas un poco pasado de vueltas

Baltasar carraspeó:

– Te prohíbo esas ofensivas suposiciones. Estaba, como máximo, borracho.

– Bastante.

– Ahora, échame una mano, tengo un trozo roto en la película, limpiamente agujereado. ¿Dónde y cuándo estuvimos divirtiéndonos juntos?

Edgar resopló:

– Nada de diversión. Hacia la una llegaste al *Picores*, ya tenías los ojos enrojecidos. Luego te zampaste alrededor de un litro de Elbling en media hora, y luego otra botella. Entretanto intentaste exponernos, a mí y a mi –ejem– entorno, con claros argumentos, que el Elbling es bueno contra el curare. Fue muy divertido. Luego te dedicaste a esa gatita. Le contaste algo acerca de la oveja persa y te la pincelaste los rizos, y luego os fuisteis.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— ¿Qué de pincelar?

— Manualmente. Bueno, al final tenías una merluza de tal tamaño que cada bacalao te habría llamado “hermano”. Es la única disculpa que tienes.

— ¿Disculpa por qué?

— Bueno, por haber demolido la estética en público.

— ¿Cómo debo entender eso?

— Bueno, clavarte en el colchón a una trashoguera como esa...

Baltasar caviló un rato.

— No sé de qué me hablas, de nada en absoluto. ¿Habías visto antes a esa notable dama que da alas a tu lengua?

— Creo que sigue en el *Picores*, y probablemente suele llevar cepillo de dientes.

— Okay, por lo menos es una pista. ¿Estarás luego en casa? Te llamaré. Hasta luego.

— Hasta mañana.

Después de la llamada telefónica, Matzbach salió de su casa y paseó por las calles de la llamada ciudad vieja hasta su coche, que había dejado aparcado en la Paulstrasse. (A los que no son de Bonn les conviene saber que la ciudad vieja está formada en parte por tabernas, y que se llama así porque todo lo que tenía aspecto de viejo —o casi— fue derribado en los últimos años bajo el epígrafe de *restauración*).

Poco antes de las ocho entró al *Picores*.

De hecho ante la barra había un ser que parecía salido de la boca de Römertopf. La dama le miró y le dedicó una malvada sonrisa.

— ¿Me estás buscando?

Baltasar mantuvo las distancias:

— Perdona — dijo cautelosamente —, pero creo que no recuerdo gran cosa.

Ella rió entre dientes. Un ruido desagradable.

— Te creo. Estabas bastante borracho.

Baltasar se pellizcó el mentón:

— Sólo sé — mintió con valentía — que abandoné este sombrío lugar en tu encantadora compañía.

— Justo — dijo ella. Y luego quisiste ir al *Pincel* a toda costa. Pero a mí no me apetecía.

— ¿Entonces?

— Bueno, te llevé al otro lado de la vía del tren, porque de todos modos vivo cerca. Te metiste al *Pincel* y me fui sola a la camita — le miró retadora.

— Lo siento — dijo él, sin escrúpulos —, quizá volvamos a encontrarnos allá. Por el momento, gracias de todos modos.

Con eso la dejó allí y volvió a su viejo Citroen DS Pallas. Contra toda expectativa, encontró un sitio en la Weberstrasse y se dirigió con paso desgarbado al *Pincel*.

El camarero de servicio, Gotthold, le saludó amablemente;

— Bueno, muchacho, ¿todo en orden? ¿Qué tal el coco?

Baltasar le miró con desconfianza.

— Gracias, todo estupendo. Oye, tengo una laguna. ¿Estuve aquí ayer? Gotthold sonrió:

— De cuerpo presente.

— ¿Cómo?

— Si tu cabeza también estaba, estaba a tope. Estuviste de pie en aquel rincón contando historias de cadáveres

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
hasta poco antes de las cinco, una más tremenda que la otra. ¡Y a voces! ¿De verdad no te acuerdas? ¿En serio?

Matzbach asintió.

—Lástima —dijo Gotthold en tono de lamento—, las historias eran realmente fuertes.

—Ah —murmuró Baltasar—, lo que te interesan son las historias. Probablemente pueda recuperarlas.... Dime, ¿estaba solo?

—Nooo. Tenías un montón de público. No hacían más que pagarte cervezas.

—Chusma repugnante. ¿Me las bebí?

—No, te mantuviste firme en el vino. En abundancia.

—Hum, bueno. ¿Quién quedaba, más o menos al final?

Gotthold reflexionó un momento. Podía permitírselo; el local aún estaba casi vacío. Por fin, mencionó unos cuantos nombres, la mayoría de los cuales no le decía nada a Baltasar.

—¿Y me largué poco antes de las cinco?

—Exacto. Pero pagaste como un señor lo que te habías bebido, es decir, todo lo que los otros no habían pagado ya, por tus historias.

—¿Me fui solo?

—Sí... Es decir, espera. También había un vejestorio, un tipo gris, ya sabes, un ratón.

—¿Ratón?

—Bueno, uno de esos tipos insignificantes. Había estado escuchando todo el rato, y se fue contigo. También estaba bastante achispado.

Baltasar reflexionó, pero no pudo acordarse de ningún ratón.

—¿Qué edad tenía? Vejestorio es un término muy amplio. Yo también soy un vejestorio.

Gotthold volvió a sonreír:

—Nooo, tú eres un gordo. Bueno, espera, unos sesenta, calculo yo. Un anciano, con pinta de representante, traje gris, cara gris, pelo gris, todo ni fu ni fa.

—¿Hablé con él?

—No lo creo. Tan sólo os fuisteis juntos, eso es todo.

—¿Le conoces?

—Puede ser que haya estado antes aquí, puede ser que no. No sé. Oye, todos los ministerios y oficinas están llenos de ellos. Si necesitas uno, te lo venderán en el rastro por un céntimo.

Hacia las nueve Baltasar irrumpió en mi casa. Para cuando me hubo contado el asunto, eran ya poco más de las diez. Entonces me miró con sus grises ojos de pulpo y preguntó:

—¿Puedes ayudarme?

Yo serví para ambos café del termo.

—¿A qué?

—A buscar al dueño de un cepillo de dientes.

—¿Por qué precisamente yo?

—Bueno, es lógico.

Estábamos sentados en la alfombra, entre estanterías, medio debajo de la mesita que había delante del sofá. Por la puerta abierta del porche, en la conversación se mezclaba el trino vespertino de los pájaros y el resonar de los cargueros que remontaban el Rin. Matzbach señaló las estanterías y la mesa repleta de papeles.

—Como artista —dijo— o algo parecido, eres mucho más sobrio que todos esos fantasiosos trabajadores de jor-

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
nada completa que ventean una ley detrás de todo lo que ocurre. Como poeta, puedes ver con mucha mayor objetividad la sencilla relación entre las nubes y el agua, sin perderte en digresiones sobre el H₂O, la meteorología y qué sé yo qué historias de ciencia-ficción.

Yo me eché a reír de buena gana:

— Querido Baltasar, ¿te has parado a pensar que toda esta búsqueda es absurda de principio a fin?

Él puso una expresión ofendida:

— ¿Hasta qué punto es absurda? Cuando los cepillos de dientes se independizan y los ratones andan dando tumbos por Bonn en compañía mía a las cinco de la mañana, ¿qué es ya absurdo o razonable?

— Cómo se puede armar tanto alboroto por un cepillo de dientes. Tíralo, cómprate uno nuevo por un marco cincuenta y mételo en la nevera.

— Quiero saber cómo un cepillo extraño ha llegado a mi baño. ¿Me ayudas o no?

— ¿A qué?

— Bueno, a encontrar al hombre gris.

— ¿Qué quieres de él?

— Quizá pueda ayudarme. Los hombres grises son capaces de todo, no hay más que ver el estado en que se encuentra la república.

— Eso es cierto. Bueno... se te ha metido en la cabeza perder tu tiempo buscando al dueño del cepillo. ¿Irrevocable?

— Exacto.

— ¿Por alguna razón, aparte de tu habitual y frívola curiosidad?

Baltasar se tumbó largo en la alfombra, cruzó las manos detrás de la cabeza y eructó. Luego miró fijamente la telaraña de tres años que colgaba, como una tapicería abstracta, de la esquina, encima del televisor.

—Sabes —dijo, meditabundo—, la cosa tiene varios aspectos. En primer lugar, resulta por lo menos curioso que un cepillo de dientes aparezca de forma misteriosa en alguna parte, sin que nadie sepa cómo ha llegado hasta allí. Y piensa que cosas insignificantes, quizá necias, pueden tener terribles consecuencias. Piensa tan sólo en la inundación de maíz que cayó sobre nosotros después de la segunda guerra mundial, y todo sólo porque un traductor confundió *korn*, que es cereal, con *corn*, que es maíz.

Le interrumpí, admito que en un tono un tanto sarcástico:

—¿Temes que la República Popular de Mongolia ponga en marcha un envío de cepillos de dientes troyanos a la República Federal de Alemania? Matzbach movió de un lado a otro el pie derecho.

—Tonterías. Tan sólo lo encuentro extraño. Por eso quiero saber de dónde ha salido ese cepillo. Por eso quiero encontrar a ese hombre gris.

Se incorporó y me miró fijamente, como si quisiera hipnotizarme:

—Además —dijo—, ya conoces mi nariz.

Yo asentí:

—Esa gruesa cosa me es conocida de vista.

—Bien, bien. Y me da en la nariz que ahí hay algo.

Un secreto envuelve a ese hombre gris.

Sabía que la cosa se estaba poniendo seria. La nariz de Baltasar, dicho sea en sentido más allá de la física, nunca le

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
había fallado. A ella le debía su independencia económica
y muchas, muchas historias.

— ¿Así que tu nariz otra vez?

Baltasar se levantó y se inclinó sobre mí como un al-
bondigón de Damócles:

— Exacto, mi nariz.

Dio unos pasos hasta el porche, regresó y gruñó:

— Esta gruesa cosa.

A media voz, prosiguió:

— Mi nariz dice que aquí hay algo, que quizá no tiene
nada que ver con mi cepillo de dientes... pero hay algo.
No sé qué. E, incluso aunque excepcionalmente me deje
engañar por esta gruesa cosa... ¿para qué otra cosa vive el
ser humano?

Yo hice un gesto de agradecido rechazo, en tanto es po-
sible rechazar con gratitud estando tumbado:

— Otra vez no — dije con voz cansada.

Alzó con gesto dogmático esa salchicha que no puedo
animarme a calificar de dedo índice:

— Cuando uno no está ganándose la vida, se vive para
experimentar algo que merezca la pena recordar, ¿eh?
Historias que más tarde, en el ataúd, guste contar porque
ya no se tiene quien escuche. Entonces: ¿Me ayudas?

Yo me levanté a mi vez. Es verdad que soy más bajo
que él, pero aún así cuando se está más o menos a la mis-
ma altura no resulta tan amenazador.

— Escucha — dije —, tienes razón en lo de las historias
pero, al contrario que tú, yo tengo que trabajar de vez en
cuando para ganarme el pan.

Contempló desconfiado los papeles y libros sobre la gran mesa junto a la ventana. A su lado estaba la máquina de escribir, y cuando la miré pareció gruñir y hacerme señas.

—Hum —gruñó él—, ¿qué estás haciendo en este momento?

—Oh, nada especial. Otro trabajito de encargo, mezcla de ensayo y traducción. Con plazo de entrega.

Baltasar sacudió la cabeza, entristecido:

—¿No puedes hacer algo razonable alguna vez? ¿Inventar el teléfono, o algo por el estilo? ¿Algo que reporte beneficios?

—El teléfono ya está inventado.

—Eso también es cierto. Entonces, ¿qué haces?

—Escucha: estoy dispuesto a ayudarte de vez en cuando prestando oídos y recorriendo contigo los alrededores. Pero no veinticuatro horas al día.

Me dio una palmada en el hombro:

—Hecho. ¿Puedo...? —señaló el teléfono. Yo asentí. Marcó un número que me resultaba familiar. Confieso que siempre que veo hablar por teléfono a Baltasar caigo en estado de admiración, porque logra meter sus gruesos dedos en los agujeros del disco aunque todas las leyes de la Naturaleza dificultan la penetración de lo grande en lo pequeño.

Tras larga espera, dejó el auricular sobre la horquilla.

—Römertopf —dijo, malhumorado— no está en casa, o no quiere ser molestado.

—¿Qué quieres de él? ¿Todavía más tropas auxiliares?

Negó con la cabeza:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Quiero preguntarle otra vez por ayer noche. Pero da igual. ¿Nos vamos?

Nos fuimos.

2

De camino a la ciudad, Baltasar se dio cuenta de pronto de que la noche pasada también había visto a Moritz von Morungen, otro conocido, entre cuyas obligaciones como reportero de local de uno de los periódicos de la comarca estaba la información de sucesos.

— Quizá — dijo Baltasar al volante —, por excepción, tenga una información que darnos.

Moritz vive en las cercanías de la avenida Poppelsdorf, en un edificio distinguido y restaurado, con pinta de chalet, de alrededor de 1890, segunda planta. Desde la calle, se podía ver que había luz. Miré el reloj: poco después de las once. Como de costumbre no había sitio donde aparcar, pero sí un montón de chapa entre los viejos castaños y las nuevas farolas de neón, y como de costumbre Baltasar aparcó su vehículo con soberano desprecio de todas las normas de tráfico.

La puerta de la casa sólo estaba entornada. Subimos las escaleras hasta la segunda planta; Baltasar llamó varias veces con energía. Al cabo de un rato se abrió la puerta; Moritz estaba ante nosotros, y sonreía:

— Ah, mis buenos trasnochadores — dijo. ¿A qué debo el placer?

Se quedó de pie en la puerta. Estaba descalzo, llevaba unos pantalones ligeros y una camisa abierta. Unas

huellas de carmín limpiadas no demasiado a conciencia no podían pasar inadvertidas a un observador atento.

—Oye, Moritz —dijo Baltasar— ¿nos vimos ayer por la noche?

Moritz asintió.

—¿Una laguna en la memoria, viejo nauseabundo?

Baltasar confirmó con un gesto. Otras preguntas, entre otras por un hombre gris y ratonil, no condujeron a nada. Moritz no había visto nada.

—Escucha —dijo—, pasaré por tu casa mañana, hacia las seis, ¿vale?

Nos despedimos y volvimos a bajar la escalera. Baltasar me miraba de reojo:

—Estaba claro —dijo sonriendo.

Luego dijo, más bien para sus adentros:

—O sea, que o bien la *acción* ya estaba en marcha, o la mujer es tonta, o guapa, o fea, o uno de nosotros la conoce, o no quiere que nadie la vea. En cualquier caso, algo no es como debería ser. Vivimos en tiempos indignos.

Con las últimas sílabas, que emitió cuando ya habíamos dejado la casa, embistió a un paseante nocturno que recorría el barrio con una señora. El hombre le miró con aire hostil y dijo:

—¿Decía usted algo?

Baltasar les contempló atentamente a él y al zángano que llevaba del brazo, emperifollado como para inaugurar solemnemente la época de celo; luego hizo una reverencia y respondió con elegancia:

—Nada de importancia, señor mío. Tan sólo, *pardon Madame*, una frase satisfecha sobre las bienolientes

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
esencias en las que su acompañante, este adorable robot de combate, suele bañarse. Alcanfor, supongo. ¡Ah, qué lujuria oriental!

Con esto los dejé plantados a los dos, que le miraron irse boquiabiertos, y se dirigió a su vehículo. Me apresuré a seguirle, para no verme involucrado en alguna pelea de retaguardia.

— Eran — explicó Baltasar cuando arrancamos — la media demográfica de la población de Bonn, representativa por igual de gobernantes y gobernados.

Me tragué todas las respuestas, que resultaban inútiles contra Baltasar, y en vez de eso pregunté:

— ¿Y ahora?

Baltasar miró el reloj e ignoró un semáforo en rojo.

— Hum, bien, aún tenemos que ir al *Pubis*, al *Foso* y al *Travesuras*.

Es decir: quería trillar todos los locales en un círculo amplio en torno al *Pincel*.

Yo me sentía escéptico:

— No puedo imaginarme nada en el *Travesuras*. Va sobre todo gente de izquierdas y de los Verdes, ¿Qué se le va a perder allí a un ratón sexagenario?

Baltasar arrugó la nariz:

— Ah, no se puede descartar nada. Quizá es un agente encubierto de la RDA y está buscando una secretaria.

En el *Foso*, los habituales adolescentes se entregaban a un *reggae* ensordecedor. Baltasar sujetó a uno y dijo:

— ¿Has hecho ya tus deberes?

El chico le miró como si Matzbach fuera un marciano, se soltó y dijo algo que sonó como “Suéltame, abuelo”.

Cuando estuvimos fuera, Baltasar sacudió la cabeza:

– Son tan descarados como yo, qué vergüenza.

En el *Pubis*, un bar normal y corriente, había un conocido de vista que al vernos gritó que por fin tenía el trío que necesitaba para echar un *skat*.

– Baltasar me miró; yo asentí; él miró el reloj.

– Bueno – dijo –, no creo que vayamos a encontrar a nuestro hombre hoy.

– ¿A quién estáis buscando? – preguntó el jugador. Baltasar hizo un gesto de desdén:

– Bah, a un hombrecillo gris, ratonil, ya sabes, en torno a los sesenta, que estuvo en el *Pincel* ayer por la noche. Esperaba que tal vez hubiera venido también aquí.

– Ah, ¿ese vejestorio que ayer se pasó todo el tiempo escuchando tus historias macabras?

Las orejas de Baltasar enrojecieron.

– ¿Tú también estabas en el *Pincel*?

– Todo el tiempo, pero tú estabas demasiado cómodo como para reconocer a nadie.

Se volvió a una estudiante que atendía la barra a veces y que estaba pasando su tarde libre en el mismo bar:

– Tú sabes de quién hablamos, ¿no? ¿No ha vuelto a ponerse pesado contigo? Un tipo gris.

La muchacha se acordaba. El hombre, dijo, había estado allí un par de veces, casi siempre relativamente pronto, por la noche, a veces había comido algo.

– Un tipo asqueroso, un baboso. Un día que estaba hasta arriba me echó mano con sus dedos pegajosos, en dirección a las tetas y quiso abrirme su corazón. Se llama Klaus. Oye, no tengo nada contra los abuelos, mientras no

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
me toquen. Le dije que no se me acercara. Al día siguiente volvió, muy intimidado, y se disculpó.

Baltasar estaba radiante.

— ¡Ah, una pista! ¿Puedo pagarte una copa, por las buenas y sin tocar?

La estudiante rió.

— Claro. ¿Estás buscándolo?

Baltasar asintió.

Ella frunció el ceño:

— Bueno, no viene regularmente, pero al menos dos veces a la semana. No sé si estuvo ayer, a mí no me tocaba, pero seguro que vuelve. Baltasar pidió una ronda de coñac y bebió a su salud.

— ¿Puedes decirme algo más de él?

— Sí, bueno, no mucho. No está casado, o por lo menos no lleva alianza. Además, le gustan jóvenes. A mí me metió mano, y un día estuvo aquí sentado con una revista, hace un par de semanas. Venía un reportaje sobre algún fulano de tal, diputado en el Bundestag, creo, que vive en algún sitio de Bonn, no, espera, Godesberg, en un barrio distinguido. Venían un par de fotos, el hombre me las enseñó. Una villa en la ladera de una colina. Y lo que más miraba eran las fotos de la familia. Dos hijas muy guapas, o algo así, murmuró. Luego preguntó dónde estaba esa calle que venía en el reportaje, yo no lo sabía. Creo que hasta miró en la guía de teléfonos. Pero todos los jefazos tienen números privados. Por lo menos ahí no venía — todavía se acordaba del nombre de la revista.

Baltasar estaba satisfecho y de buen humor, y perdió un montón de dinero en la siguiente partida. Como no había

bebido más que dos coñacs y un café, alcanzó a llevarme de vuelta a mi exilio.

Pasé el día siguiente sentado a la máquina de escribir. De vez en cuando me admiraba la memoria de la estudiante que trabajaba de camarera hasta que me di cuenta de que al final de una velada los camareros tienen que saber qué ha bebido cada cliente en las últimas horas. Eso entrena. También el cepillo de dientes de Matzbach me distraía una y otra vez.

Por la tarde sonó el teléfono. Baltasar, quién si no:

– ¿Listo para la próxima ronda?

Llegué a la conclusión de que de todos modos mi furia laboral no avanzaba, y asentí:

– ¿Has averiguado algo más?

– Oh, sí, te lo cuento luego. ¿Nos vemos en el *Pubis*?

– ¿Qué más quieres hacer allí?

– Preguntar una cosa a esa estudiante.

– Matzbach, Matzbach, ¿quieres atacar a esa chica? Hoy es viernes, y además no le gustan los abuelos metemanos. Él sollozó:

– Nada de meter mano, idiota; preguntar. ¿Hasta ahora, pues?

– De acuerdo, estaré allí dentro de media hora.

En el *Pubis* aún no había mucho jaleo. Los dos teníamos hambre; yo comí un bocado, y Baltasar tres. Había conseguido el número de la revista en cuestión; la camarera confirmó que era ése.

Lo que, de todos modos, Baltasar ya daba por hecho. Su verdadera razón para ir al *Pubis* era sin duda la esperanza de que el ratón pudiera aparecer.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Sin embargo, por precaución, como él dijo, ya había hecho indagaciones. El diputado por cuya villa e hijas se había interesado el ratón vivía en la colina de los millones de Godesberg, en el barrio de Schweínheim. El nombre de la colina se deriva del hecho de que después de la guerra, cuando Bonn se convirtió en capital provisional, construyeron sus villas en ella los primeros ministros y muchos de los más de trescientos millonarios de Godesberg: industriales, políticos, abogados, médicos, etc.; en el campo, fuera de Bonn, pero a una cómoda distancia.

—Distinguida vecindad —dijo Baltasar. Había estado inspeccionando la zona armado con la última edición de la guía telefónica de Godesberg. Dos catedráticos, otro diputado, un gran empresario, todo menos lo que hace falta.

Estuvimos un rato charlando de todo un poco, jugamos unas manos al *skat* militar, encontramos un tercero para otro par de manos de *skat* de verdad y entretanto observamos a los clientes que entraban. Hacia las once, Baltasar decidió que el ratón ya no iba a venir, y propuso cambiar de local.

Cruzamos al otro lado del ferrocarril, recorrimos las calles de edificios viejos, en parte venidos a menos, en parte restaurados en abigarrados colores, en cuyas puertas numerosos timbres y placas revelaban que allí vivían casi exclusivamente estudiantes e inmigrantes, en cuartos más o menos pequeños, con alquileres más o —raras veces— menos caros.

En el *Travesuras*, una mina de oro alcohólica, reinaba el tumulto habitual. A principios de los setenta, los restos

del naufragio de la revuelta estudiantil habían revivido allí la revolución fracasada en debates que duraban toda la noche, y habían dado al local para los años siguientes el sello de una izquierda que bebía sin compromiso. Quizá era el único local que no era posible restaurar, porque con la suciedad, las paredes que se caían a trozos, los indescriptibles servicios y todo el resto de accesorios también habría desaparecido el público, que quería precisamente ese interior.

El gordo Knut, con su barba de morsa, que había echado raíces detrás de la barra hacía años, nos saludó con la cabeza por entre el humeante barullo como si hubiéramos estado allí la noche anterior cuando, en lo que a mí concierne, habían pasado ya unos cuántos años. No es que hubiera desarrollado una especial aversión hacia ese garito; tan sólo había cruzado al otro lado de la línea de demarcación que, con el nombre de ferrocarril, divide Bonn en dos mitades y forma una barrera psicológica: raras veces va uno a locales que están al otro lado. Pero en algunos lugares el tiempo se detiene; no fue sólo el saludo de pasada el que me hizo sentirme como si me hubiera ido de allí hacía sólo unos días. Entre el público, junto a los nuevos que cabía esperar, seguía habiendo un montón de fósiles de hacía diez años: eternos estudiantes aún no extinguidos, que soñaban nostálgicos con la Federación de Estudiantes Socialistas; antiguos miembros de las juventudes social demócratas que entretanto ganaban dinero a paletadas como abogados o agentes inmobiliarios, y que por las noches, disfrazados con vaqueros, volvían rápidamente a los años salvajes; arrojados rompedores

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
de antaño, agrisadas las sienes con deshonor; maestras convertidas con honores en funcionarias que seguían contando las mismas insensateces, con tonos nostálgicos, que antaño —contenidos represivos de la educación, educación para la capacidad crítica y todo eso—, quejándose al mismo tiempo de la falta de respeto y de esfuerzo de sus alumnos; respetables madres que soñaban con las manifestaciones contra la penalización del aborto y opinaban que no se debían traer hijos a este mundo tan malo. Uno con sendas chapas en pro de la energía nuclear y del PC en la solapa de la chaqueta de pana explica a otro, que se agarra a una jarra de cerveza, que las centrales nucleares de la RDA no son peligrosas porque no sirven a la explotación. Vehementes anticapitalistas alimentan con monedas al Flipper fabricado en Chicago por el señor Gottlieb y se excitan con el recorrido de las bolas. Un zoo.

— ¿Y precisamente aquí va a extraviarse el ratón? — dije cuando hubimos conquistado diez centímetros de barra.

Baltasar se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? Nada es imposible para los ratones.

Pasó un rato hasta que nos sirvieron nuestro vino agrio, y otro hasta que Baltasar consiguió que Knut le prestara oídos para unos segundos de tranquilidad y una pregunta. Para mi desmedida sorpresa, el gordo asintió:

— Le conozco — bramó en medio del ruido —, viene desde hace un tiempo más o menos dos veces por semana, casi siempre temprano. Se sienta en un rincón, toma cerveza y les mira las tetas a las chicas. Probablemente se la menea; a veces dejo de ver sus manos sobre la barra durante mucho tiempo.

Pasó un rato lavando vasos y sirviendo cervezas. Luego volvió a inclinarse hacia Baltasar:

– ¿Qué pasa con él? Baltasar hizo un gesto apaciguador:

– Nada importante. Me he perdido algo estos días, tengo una laguna y algunos dicen que ese tipo salió conmigo de la última taberna en la que estuve.

La barba de morsa se torció para travestir una sonrisa.

– ¿Dónde os metisteis?

– En el *Pincel*.

La barba se torció en diagonal.

– ¿Tarde?

Baltasar tamborileó sobre la barra.

Casi las cinco.

La barba recobró la horizontal.

– Aguantó mucho, el muchacho. De aquí siempre se marcha hacia la medianoche.

Otro rato después, pasados algunos segundos sin nuevas peticiones de los clientes:

– No aguanta mucho. Tres, cuatro jarras grandes, y se le va la olla. Hace poco se cayó en la puerta. Yo estaba allí delante, y lo levanté. Miró el reloj y murmuró algo acerca de la estación. Le pregunté si vivía lejos, si quería que llamara un taxi. No quiso, de todos modos casi no podía hablar. Dijo algo de que el taxi era muy caro, algo de tres paradas, y se fue dando traspiés. Estaba como una cuba.

Poco después de medianoche estábamos en la estación de Bonn, delante de un plano que representaba gráficamente todas las líneas de autobús y tranvía.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Baltasar contempló el esquema aguzando los labios:

— ¿Por qué habrá ido hasta la estación?

— Aquí confluyen casi todas las líneas — dije yo.

Baltasar me miró de soslayo:

— *Okay*, doctor Watson — dijo —, parémonos un par de compases a pensar. Podemos excluir el tren, ¿verdad? Sin duda a medianoche aún hay trenes pero, si lo de las tres estaciones es cierto, entonces incluso con un cercanías es demasiado lejos para hacer regularmente recorridos por las tabernas de Bonn, ¿Cierto?

— Cierto. Así que quedan los autobuses y los tranvías. Y nuestro Metro. El Metro es una de las bromas más reídas de los planificadores urbanos de Bonn, que según opinión unánime de la población deberían estar encerrados. Antes había un tranvía que iba desde Mehlerm en el Sur, hasta más o menos la estación de ferrocarril de Bonn. (Se llama estación central, pero no me termina de salir de los labios ni de las teclas). Luego se podía alcanzar a pie, en pocos minutos, el ferrocarril que llevaba a Colonia siguiendo la orilla del Rin. La ventaja del Metro reside en que primero se suprimió la línea Godesberg-Mehlem, luego se soterraron media docena de estaciones más o menos a partir del distrito gubernamental y se hizo debajo de la estación una conexión con la antigua línea de la orilla del Rin. Tres cuartos del trayecto entre Godesberg y Bonn el tren va al aire libre, por los viejos raíles del tranvía. A cambio, se instalaron espléndidas paradas nuevas.

Unos años antes de empezar con el juegucito del Metro se construyó el puente de carretera de cuatro carriles sobre el ferrocarril, el puente Reuter. Resultó demencialmente

caro, porque hubo que partirlo en dos. Por aquel entonces se creía que el tranvía de Bonn no se podía seguir tendiendo eternamente, y el tendido se dirigía exactamente hacia allá donde había que construir el puente. Así que el puente fue construido en dos piezas, entre las que pasaba el tranvía. Más tarde el tranvía fue convertido en Metro, con un ahorro de tiempo de cuatro minutos (sobre algo más de veinte) frente al viejo tranvía y un coste de varios cientos de millones de marcos. Naturalmente, los cobradores desaparecieron debido a los altos costes del personal, y por mucho dinero se instalaron máquinas expendedoras de billetes, que en su mayoría no funcionan o, justo cuando aún tenía una moneda de cinco marcos, no querían tragársela. Aparte de que es más alegre comprar billetes a una cobradora, con ellas desaparecieron también las posibilidades de los estudiantes de familia pobre. Conozco algunos que se pagaron toda la carrera trabajando de cobradores. Pero no bastaba con ese macabro juego: para estar seguros de que todos los pasajeros sacan su billete en las máquinas, de vez en cuando hay controladores que patrullan por los vehículos a la caza de viajeros sin billete. ¿Habría habido que contratarlos específicamente para eso? Para que los puestos de trabajo de los controladores no estén en peligro, la ciudad tendrá pronto que contratar viajeros sin billete. Quizá gente de Mehlem, para volver a conectarlo así con la civilización.

Baltasar sacudió la cabeza.

—Voy a hacer una afirmación audaz. Podemos excluir el autobús.

—¿Por qué?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— ¿Conoces a alguien que hable de estaciones de bus? Todo el mundo al que he oído hablar de autobuses alguna vez hablaba de paradas. En mi opinión, la palabra estación remite inequívocamente a tren. También podemos excluir el tranvía.

— *Okay*, yo también he oído “parada del tranvía” la mayor parte de las veces, pero posiblemente...

— No se trata de eso. Fíjate en las líneas. Tres estaciones en tranvía no llevan muy lejos de la estación en ninguna de las líneas, se puede hacer a pie en cinco minutos. Si va en dirección Dottendorf en tres estaciones llega más o menos a la altura del *Travesuras*. Y en las otras direcciones justo hasta la plaza de Bertha von Suttner. Así que no vale la pena. Por lo demás, tampoco tres estaciones de autobús llegan muy lejos por ningún sitio. No, ha cogido el Metro.

Estudiamos las líneas. Como los dos tenemos coche no conocemos muy bien el Metro, lo justo como para reírnos de ello.

— Bueno — dije —, tendríamos Taimenbusch-Centro, dirección Colonia. Tres estaciones dirección Godesberg lo llevarían de la estación a la altura del *Travesuras*.

Matzbach me miró satisfecho:

— Ves — dijo —, eres de gran ayuda para mí. No se me hubiera ocurrido nunca — rió como si fuera un buen chiste. Pero, ¿por qué no va a haber ido en dirección Rin, hasta la Facultad de Derecho o el Ministerio de Exteriores, para coger el tren en la misma estación?

Recordé mis sentimientos al cruzar las vías del tren:

— En primer lugar, eso no acorta el camino. En segundo lugar, y eso es importante, el tren está en medio, y es un

muro de separación. Si yo me fuera a casa con la cabeza como un bombo, me quedaría en el lado del tren en el que estoy.

Baltasar aceptó la razón y señaló la hoja de los horarios: – Aquí – dijo –, aproximadamente a las doce y cuarto sale el último tren en esa dirección. Ven – estaba radiante. ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos emborrachamos?

A mí no me apetecía:

– Preferiría irme a casa mientras aún estoy sobrio.

– *Okay*. Lástima que el tren ya se haya ido, de lo contrario habríamos podido ver si el ratón subía. Bueno, ¿qué hacemos mañana?

Quedamos para un largo desayuno hacia las diez en casa de Baltasar.

De camino a casa, me pregunté varias veces si de verdad estaba tan loco como para dejarme arrastrar a esa insensata empresa, que no parecía tener ni un comienzo razonable ni un fin provechoso. “Pero”, pensé, “veremos lo que trae el sábado. A más tardar mañana por la noche lo dejaré”.

3

Siempre me depara un perverso placer recorrer la Breitestrasse a la luz del día. Admito que es más fácil encontrarme de noche allí, en el verdadero barrio de bares de la llamada ciudad vieja, pero la luz del día tiene la ventaja de hacer visibles ciertas perspectivas. Entre ellas se cuenta la visión de una obra maestra de los planificadores y burócratas de Bonn, que desde años se emplean con todas

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
sus fuerzas en hacer la ciudad inhabitable. Felizmente, su capacidad intelectual no alcanza para tanto; no es muy sorprendente, porque de tener mayores dotes no habrían ido a parar a la política o la administración, sino que habrían aprendido a hacer algo decente.

Visto desde la ciudad vieja, al otro lado de coloridas fachadas de estilo modernista se eleva al cielo un monstruo de hormigón, desafío a los dioses, cuya inexistencia parece probada por la perduración del edificio. En los días oscuros, el conjunto parece como si a las nubes les hubiera salido un gigantesco absceso, listo para reventar en cualquier momento. El pus atiende por el nombre de administración municipal. El Ayuntamiento se inserta en el entorno de forma tan estética como un bunker entre pagodas. El blanco caballo de la administración ha borrado del mapa con sus pedos innumerables edificios antiguos para cagar este estrafalario excremento. Tras la integración de Godesberg y otros municipios, había que centralizar la gestión. Se quiso reunir todas las oficinas en un lugar, en un edificio. Cuando el monstruo estuvo terminado, se constató que era demasiado pequeño. Por eso, sigue habiendo ayuntamientos en Godesberg y en las otras localidades.

Cuando, en aquella gozosa mañana de sábado, tras un corto paseo ante locales cerrados y afanosas panaderías, carnicerías y tiendas de barrio, llegué al domicilio de Baltasar, se ofreció a mis ojos la siguiente bucólica escena.

Baltasar Matzbach, una bola de grasa envuelta en un kimono amarillo, estaba sentado, entregado a la estática celeridad de la demora, en su espacio vital, cuya

condición puede ser delimitada de manera excelente con la frase: incluso el caos absoluto alberga el germen de la perfección. Sobre un vacilante montón de libros, un par de zapatos; entre botellas de vino vacías una calavera; sobre el escritorio un gigantesco tarro de miel; en la pared encima del asiento *El jardín de las delicias* de El Bosco, debajo el antedicho Baltasar en kimono, sentado a una mesa curiosamente despejada, ante un desayuno a base de panecillos, café, embutido, queso y huevos, pero también cordones de zapatos y una descomunal hucha de cerdito, cuya barbilla Baltasar rascaba, ausente, mientras leía el periódico.

La estampa me abrumó, y la emoción ahuyentó todas las duras palabras que había querido decirle sobre el absurdo de su empresa. Le di un beso en la frente.

— ¡Eh, eh! — dijo — ¡Siéntate!

Quitó sus calcetines de una silla y me senté, obediente.

— Escucha — dije —, tu puerta estaba abierta. ¿Estás seguro de que no la dejaste así anteaayer?

Baltasar me miró con desconfianza. — ¿Por qué?

— Bueno, cualquiera hubiera podido entrar y dejar el cepillo en tu vaso.

Él negó con la cabeza, con expresión de perplejidad.

— ¿Quién iba a hacer algo tan absurdo? ¿Meterías un cepillo de matute en una casa casualmente abierta?

Esta vez fui yo el que se quedó mudo. Me serví café, abrí un panecillo en dos y le puse jamón y mantequilla.

— Bueno — dije, con la boca llena —, quizá antes de charlar sobre otras cosas deberíamos empezar por aclarar qué entiendes por absurdo.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Baltasar peló un huevo, se lo metió entero en la boca y guiñó un ojo.

— ¿Por qué? — dijo, de forma apenas inteligible.

— Después de varias llamadas telefónicas, has llegado a la conclusión de que sería absurdo que alguien metiera un cepillo de dientes en tu casa. Pero no te parece absurdo ir noches enteras recorriendo tabernas a causa de ese mismo cepillo, preguntando a la gente por un hombrecillo gris con pinta de ratón.

Baltasar sonrió:

— No. No me lo parece, es cierto. Además, es una estupenda excusa para un extenso recorrido por el municipio.

— En eso te doy la razón, Pero ¿no me dirás en serio que quieres seguir con esto?

— Claro que sí. Es ahora cuando empieza a ponerse interesante.

— ¿Y qué esperas de esto?

— Quiero saber de dónde ha salido ese cepillo. Y cómo es que hay tanta gente que se acuerda de un hombrecillo gris del que nadie sabe nada, salvo que mete mano a las camareras y se hace pajas.

— Dios mío —dije yo—, la ciudad está llena de hombrecillos grises.

Baltasar asintió:

— Puedes llamarme Baltasar cuando estemos a solas... En lo que los hombres grises, de los que las oficinas bullen, se refiere, empecemos por Kafka —señaló por la ventana hacia la impertinencia del Ayuntamiento—: Una laberíntica organización de locos que hace el Metro, el

Ayuntamiento y todas esas cosas, y que preside un tipo viscoso de eterna sonrisa en cuya familia el cargo de alcalde de esta democrática capital es hereditario... una organización así es capaz de todo.

Calló un momento y echó mano al siguiente huevo.

— Mira — dijo, mientras empezaba a pelarlo —, son todos superfinos, y lo saben. Los campesinos, los carniceros y los carpinteros son importantes; los organistas, los prestidigitadores y los cantantes también, al fin y al cabo el ser humano necesita entretenimiento. Pero, ¿de qué nos sirven los políticos? ¿Los necesitamos para que puedan negociar con otros políticos? Esto quiere decir que su existencia es la justificación de su existencia. No alcanzan a más; antaño habrían sido salteadores de caminos. Por eso, esos merodeadores del Parlamento están ocupados ante todo en demostrar su necesidad. Por eso dictan leyes que nadie necesita y nadie entiende. Por eso hay abogados, a los que se recurre para salir adelante con unas leyes que uno no necesita. Y superfluas administraciones para ejecutar superfluas leyes. Miles de hombres grises se dedican todo el tiempo a inventar y rellenar formularios cuya única finalidad es ser rellenados. Todos viven del dinero que la gente decente cosecha con su trabajo. Y cuando se acude a ellos para que te den algún formulario que ha sido fabricado con nuestro dinero y que no necesitamos, encima hay que pagar por él. Pasaportes, por ejemplo. En Oriente se llama soborno, aquí tasa. ¿Para qué necesito yo un carnet? Sé quién soy. Ah, el señor Estado quiere saber quién soy. Desconfía de mí. Por eso recauda mi dinero; con él, paga funcionarios que expiden

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
para mí un carnet que tengo que pagar aparte; entonces se lo enseñó a otros funcionarios que viven de mi dinero, y que me vuelven a quitar el dinero cuando aparco en una calle que ha sido construida con mi dinero. Es decir: financiamos a una especie de funcionarios que expide formularios para que se los enseñemos a otra especie de funcionarios. Eso agota su existencia. Si no se dedicaran todos a que nosotros juguemos ese juego y lo paguemos, todo el conjunto sería un perfecto *Perpetuum Mobile*, un circuito cerrado de la locura, que sin duda no tiene nada que ver con la realidad, pero es tan poderoso que empieza a desplazarla. Allá donde mires y en el momento en que retires la piel no encontrarás, al contrario de lo que ocurre con este huevo, ningún contenido, sino tan sólo aire.

Lo dijo y engulló el segundo huevo. Yo aplaudí:

—El sermón de Baltasar del sábado —dije. Señor Matzbach, le damos las gracias por este monólogo. Alzó la mano:

—Aún no he terminado. Todos los seres humanos son malos, por eso existe la policía. Una de las pocas instituciones razonables. Y precisamente aquí, en Bonn, tiene un desesperado déficit de personal.

¿Por qué? Si tuvieran la gente suficiente, podrían llegar a la conclusión evidente de que en lugar de perseguir a pequeños truhanes deberían eliminar las causas y detener a toda la función pública por locura autocomplaciente, absurdo epidémico y saqueo a la Nación.

Yo asentí; ¿qué otra cosa hubiera debido hacer?

—Muy bonito —dije—, pero, ¿podemos volver a hablar de tu cepillo de dientes?

—Un momento —gruñó Matzbach—, enseguida llegaré a eso. La moraleja de este largo discurso es: los hombres grises están permanentemente ocupados en justificar su existencia. Es un poderoso complot que empieza, a más tardar, con Platón. Estoy convencido de que, en alguna parte, una autoridad secreta se dedica a incubar nuevas medidas y coordinar su ejecución, para cimentar la inventada necesidad del Estado. Seguro que eso incluye maniobras de distracción destinadas a evitar que la gente piense. Quizá haya una quinta columna que últimamente deja, al azar, cepillos de dientes en los sitios más inverosímiles, para confundir a los ciudadanos. Quizá el ratón sea uno de sus agentes.

Cuando hube superado mi ataque de risa, me atreví a poner una pequeña objeción:

—Matzbach, Matzbach —dije con cierto esfuerzo—, con eso atribuyes a un aparato que tú mismo consideras débil mental un ingenio y una creatividad de dimensiones casi dadaístas. ¿No es eso una contradicción?

Baltasar se levantó, estremeciéndose con violencia.

—En absoluto. Lo que puede parecer una ocurrencia extravagante a personas razonables como nosotros, que piensan normalmente, puede ser por completo sencillo y lógico en el marco de esa maquinaria.

Que Baltasar se autocalificara de persona razonable que piensa normalmente era lo que me faltaba por oír.

—*Okay* —reí entre dientes. ¿Qué hacemos ahora?

Alrededor de una hora después, bajamos del coche de Baltasar en las cercanías de la estación de Metro de Tan-

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
nenbusch-Centro. Allí la línea ya no es subterránea, sino que discurre por un profundo canal. Los seres vivos canalizados que abandonan las jaulas de transporte al llegar a ese punto se encuentran en medio del desconsuelo de unos silos sintéticos destinados a vivienda, y la impresión de irrealidad y de pesadilla se ve fortalecida por unos nombres de calles que evocan los desaparecidos lugares del oriente de Alemania.

— ¿Cuánta gente se tira por la ventana aquí cada día?
— murmuró Baltasar —: De lejos Tannenbusch ya es lo bastante malo, pero desde dentro...

Me temí una nueva erupción monológica, así que dije rápidamente:

— ¿Dónde piensas hallar aquí al ratón?

— Piensa un poquito, Watson — dijo.

Pensé, llegué a la conclusión de que Baltasar estaba loco, y se lo dije.

El rió por lo bajo:

— En serio. La idea de que alguien esconda una aguja en un pajar siempre me ha parecido una necesidad.

— Buscar, querido Baltasar. En el refrán no hablan de esconder, sino de buscar.

Me hizo trizas con una mueca.

— En primer lugar, idiota, no es un refrán, sino una frase hecha. En segundo lugar, alguien tiene que haber escondido la aguja en el pajar antes de que tú puedas buscarla. Bah — respiró hondo. Si fueras una aguja y quisieras esconderte, ¿dónde lo harías?

Jugué a ser el alumno aplicado:

En un alfiletero, gran maestro.

Me dio una palmada condescendiente en los hombros. Me atrajo hacia uno de los espantosos edificios. Mientras cruzábamos la calle, dijo:

—¿Y dónde va a esconderse mejor un ratoncillo gris que entre ratoncillos grises, en innumerables jaulas para ratoncillos grises? Por antiestético que todo esto resulte, encuentro, desde el punto de vista filosófico, muy satisfactorio que el ratón se esconda precisamente en Tannenbusch.

—Quizá —dije mientras nos acercábamos a una panadería— nadie haya escondido el ratón en una ratonera, sino que se haya perdido.

Él no escuchó, sino que se dirigió a la panadería, donde preguntó por hoteles, pensiones y personas que alquilaran habitaciones amuebladas.

—Hum —dijo cuando volvió a salir, contemplando los bloques—, creo que deberíamos concentrarnos en un cuarto privado. Apenas hay hoteles y cosas por el estilo, y todos están más allá, cerca de la segunda estación de metro. Además, si un taxi le resulta demasiado caro al ratón, difícilmente va a pasarse semanas durmiendo en hoteles.

—¿Puedo manifestar una modestísima objeción?

Baltasar asintió amablemente:

—Pregunta tranquilo. Debes aprender algo que te sirva en la vida.

—A veces —dije yo perdido en mis ensoñaciones—, me apetece haceros tragar vuestra bazofia, excelencia. ¿Qué pasa si el ratón se llama sencillamente como se llame y no vive subarrendado, sino en una de estas ochenta y tres mil viviendas?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—Bah — dijo él —, no me interesa. Eso sería terrible. Creo que primero debemos esperar que viva subarrendado en algún sitio.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a preguntar a todo el mundo, primero si alquila habitaciones, y luego si conocen a un ratón llamado Klaus?

—Algo así. Deberíamos separarnos. Cada uno irá hacia un lado. Yo iré hacia la izquierda, y tú hacia la derecha. Tenemos que llamar a todas las puertas, preguntar si alguien en la casa alquila habitaciones, y luego buscar al ratón.

Una vez que había aceptado subir al tren del absurdo, difícilmente podía bajarme, aunque la cosa empezaba a repelerme.

Al cabo de dos horas, volvimos a encontrarnos junto al coche, como habíamos acordado. En el rostro, marcadamente relajado, de Baltasar, pude ver que había tenido éxito. Sin duda yo había llegado a hablar con unos cuántos que alquilaban habitaciones amuebladas, pero por supuesto sin resultado.

—Escúpelo — dije, cuando Baltasar estuvo ante mí.

Él hizo un gesto de desdén.

—Ven — dijo, abriendo el coche y subiendo —, nos vamos. Te lo contaré por el camino.

Había tenido éxito en el quinto bloque. Una señora entrada en años, aturdida por su encanto inhumano —los gordos parecen inofensivos, y además Baltasar se había puesto una corbata en torno a la obesa nuca—, le había dejado pasar y le había enseñado la habitación de “su

amigo" Klaus. Una habitación pequeña, con cama, mesa, una silla, un armario, derecho a cocina y baño. Baltasar había coqueteado con la anciana, le había contado algo acerca de una tía que se le parecía, le había sacado con hábiles preguntas de qué parte de Alemania venía, había inventado recuerdos de esa región que la habían conmovido casi hasta el punto de las lágrimas, y luego había tosido de pasada y le había preguntado si quizá podría servirle un vaso de agua o tal vez un café, pero de verdad que no tenía que hacer nada a propósito para él... Naturalmente, ella se marchó a hacer café, y él pudo observar la habitación con toda tranquilidad.

— En el armario no había más que unos cuantos libros y un poco de ropa interior. En la mesilla de noche, un pasaporte; me he permitido... eh... tomarlo prestado. De todos modos no podía hacer nada con él, hace mucho que está caducado. Sea como fuere, ahora tenemos una foto suya, aunque sea antigua. Y algo más.

Hizo una pausa, como si tuviera que concentrarse en el tráfico.

— No lo pongas tan emocionante — dije. — ¿Qué has encontrado? ¿La orden escrita de ese servicio secreto de dejar cepillos de dientes en todas partes, sobre todo en casas de Matzbachs?

Me miró como si yo fuera un reptil:

— Qué estupidez — refunfuñó. — Bueno, he encontrado dos cosas. En primer lugar, una carta.

La carta provenía de una empresa textil, que comunicaba a D, Klaus Brockmann que no daba ningún valor a su ulterior actividad como colaborador de su servicio

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios** exterior; sus transacciones siempre habían resultado insatisfactorias, nunca había observado los plazos, los clientes se habían quejado de él; el despido era válido desde la primera fecha posible conforme al contrato, y hasta entonces podía considerarse de vacaciones; la cifra que le correspondiera por el tiempo que faltase hasta esa fecha le sería remitida en una sola suma; se adjuntaban sus documentos, y se le deseaba mucha suerte en su posterior trayectoria. Matzbach frunció el ceño.

—La carta era de marzo, la fecha de rescisión era el 30 de junio. Los documentos estaban en el cajón y, hasta donde pude ver, estaban completos. Ahora estamos a finales de agosto; así que en casi dos meses desde que está en paro no se ha presentado en la oficina de empleo, de lo contrario habría tenido que faltar algún documento, y tenía que haber habido algún otro de la oficina de empleo de Bonn. ¿Por qué no ha ido a inscribirse, y de qué ha vivido desde entonces? No puede haber ganado tanto dinero, el fijo asignado no era significativo.

El segundo objeto era un telescopio. ¿Por qué un telescopio, y ni siquiera una radio portátil o un bolígrafo?

La patrona le contó, tomando el café, que el señor Brockmann también tenía unos pequeños prismáticos de ópera, y que el jueves por la mañana, no, hacia el mediodía, había salido y llevaba dos días sin noticias suyas, y estaba muy agradecida a Baltasar porque se preocupase tanto, antes el señor Brockmann siempre le decía cuánto tiempo pensaba estar fuera, o llamaba, y ella estaba intranquila, y sí, podía estar seguro de que cuando volviera a aparecer le daría el recado de que llamara al señor... ¿cómo se llamaba? ¿Lupe? Al señor Lupe, había sido un placer...

– Muy bien, señor Lupe – dije. – ¿Qué hacemos ahora con todo eso?

Baltasar movió la cabeza.

– No lo sé muy bien – dijo –, pero lo considero muy interesante. Desde su ventana sólo podía ver casas, concretamente las partes traseras de cuatro bloques con, por lo menos, doscientas viviendas. ¿En tu opinión las chicas prefieren dormir hacia delante o hacia atrás?

Me eché a reír:

– No conozco ninguna chica que duerma hacía ninguna parte. Debe haber algunas que duerman hacia arriba, ¿pero hacia atrás? Sombrío, sombrío.

Antes de que pudiera volver a llamarme idiota, añadí:

– Bueno, la mayoría de los dormitorios deben dar a la parte de atrás, y probablemente aquí haya bastantes chicas.

– Allí – dijo él.

– ¿Cómo, dónde?

– Bueno, en Tannenbusch. Estamos de vuelta en Bonn, y has dicho aquí.

– Ah, ¿es que crees que aquí no habrá ninguna?

– Uuuuu – pausa. ¿Sabes lo que veo en todo este asunto?

Señalé los gigantescos edificios a nuestra derecha y a nuestra izquierda. Baltasar me miró de soslayo con menosprecio. Yo asentí:

– Veo a un viejo y guarro mirón, o dicho en francés, *voyeur*, que mete mano a las camareras y les mira las tetas a las clientas de los bares.

– No te expreses de un modo tan selecto... Y que se interesa por las guapas hijas de un diputado.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Seguí con fascinación la manera en que Baltasar conducía su grueso tiburón negro por entre el bullicio de las estrechas calles de la ciudad vieja hasta un insospechado aparcamiento.

Cuando descendimos, dije:

—Sin duda es algo, pero no sabemos mucho y, ¿a qué viene todo esto?

Baltasar calló hasta que volvimos a estar en su casa.

—Corrígeme —dijo entonces, sentándose a la mesa y aplastando un panecillo— si cometo algún error en mi eminente síntesis: un pobre ratón vive en Tannenbusch, hace rondas de bares en Bonn, coge el último Metro y su libido es más bien visual. ¿Correcto? El miércoles se queda hasta muy tarde, quizá por casualidad, quizá por intención, y probablemente coge uno de los primeros trenes del jueves por la mañana. Se va a su agujero, duerme más o menos hasta el mediodía y desaparece. Al contrario que de costumbre, no dice cuánto tiempo estará fuera ni llama de vez en cuando, sino que sencillamente desaparece. Posee unos prismáticos de ópera, pequeños y transportables sin llamar la atención, y se los ha llevado, porque ya no están en su habitación.

—Hasta aquí, hombre espléndido, no descubro fallo alguno en tu exposición.

—Gracias, excelencia. Sigamos. Es un hombre ordenado y regular; sus rondas de bares son probablemente recorridos precisos, viene dos veces por semana, probablemente los mismos días.

—Un momento —dije yo—, eso es una hipótesis.

—Cierto, e indemostrable, porque nadie recuerda con tanta exactitud cuándo estuvo en qué sitio. Pero tampoco

importa tanto. Sea como fuere, es un hombre ordenado. Su cuarto está recogido, y en la carpeta de su mesita de noche todos sus documentos están clasificados cronológicamente, desde la partida de nacimiento hasta la fecha. Hasta donde se puede comprobar, no falta nada.

Pensativo, tomó un sorbo del café frío que llevaba en su taza desde el desayuno.

Yo me senté a horcajadas en una silla y miré fijamente el cuadro de El Bosco en la pared. Baltasar gruñó:

—Según su partida de nacimiento, nació en marzo del diecinueve. Según sus documentos, en los últimos treinta años ha desempeñado distintos trabajos en distintas empresas. Así que bien puede cobrar el paro un par de años y luego pedir la jubilación. En vez de eso, lleva dos meses dando vueltas, sin inscribirse ni borrarse en ningún sitio. Yo levanté la mano:

—Una pregunta. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo ahí fuera?

—Desde hace medio año. Antes vivía en Dortmund. La empresa tiene sede en Hannover. Es un hombre ordenado. Entre los papeles estaba incluso su despido de su domicilio de Dortmund —se dio una palmada en el bolsillo del pecho. —Está todo anotado. *Quod scripsi scripsi*. Además, era un hombre de cierta regularidad gris-ratonil. Por otra parte, en el baño estaba su cepillo de dientes, un cepillo asqueroso, amarillo y tieso, aggg.

Se escurrió de la mesa, fue a la ventana, la abrió, regresó y se encendió un cigarro apestoso. Con las primeras nubes de humo, se arrancó la corbata de su gordo cuello y la tiró entre las botellas de vino vacías.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—Saco —dijo entonces, poniéndome delante de la nariz su dedo salchicha— las siguientes conclusiones. Primera: se marcha sin un cepillo de dientes, sólo con los prismáticos de ópera, y durante un tiempo prolongado ni se deja ver en casa de su patrona ni llama. Eso quiere decir que no pensaba estar fuera mucho tiempo. Por consiguiente, le ha... digamos que pasado algo que le impide volver o incluso telefonar, o no quiere hacerlo. Pero incluso eso ya sería extraño. Segunda: El hecho de que no se haya inscrito en la oficina de empleo quizá se deba sencillamente a que no le apetece. También puede ir a apuntarse en diciembre. Pero, ¿de qué vive? El fijo que cobraba no era muy alto, y a juzgar por lo que trabajó en los últimos tiempos no puede haber ganado una fortuna en comisiones. ¿Dispone quizá de una fuente de ingresos que nadie conoce?

—Bbbien —digo yo—, no sé lo que se ganará como *voyeur* hoy en día.

Baltasar suspiró y me largó una conferencia —precisamente él— sobre la seriedad en el trato con los problemas esenciales. Estábamos enfrascados en un placentero debate cuando llamaron a la puerta.

Era Moritz von Morungen, indignado.

—Escucha, globo hinchado, primero me provocas un *interruptus* clásico, luego no estás aquí cuando vengo como hemos quedado, y finalmente no te pones al teléfono. ¿Qué está pasando?

Baltasar le dio unos amistosos golpecitos con el dedo en el pecho.

—Ah, ibas a pasarte ayer por la noche. Lo había olvidado por completo, pero no importa.

Moritz lo veía de otro modo, y se indignó virilmente, pero nada pudo contra la superioridad con que Baltasar lo ignoraba.

— Bueno, ¿qué quieres? — terminó por decir, agotado.

Baltasar volvió a sentarse en la mesa:

— Necesito tu colaboración periodístico-criminal para hacer una averiguación.

Yo me levanté, en absoluto estaba ofendido ni me sentía desairado, porque hay cosas que los profesionales saben hacer mejor; además, no tenía ningunas ganas de que el fantasma del cepillo de Matzbach y el *voyeur* ratonil me arruinaran todo el fin de semana.

— Entonces puedo irme — dije. A veces tengo la reaccionaria necesidad de un poquito de esfera privada.

Moritz rió entre dientes:

— ¿Ha estado explotándote?

Yo asentí. Baltasar ignoró cuanto decíamos y me miró pensativo.

— El lunes — dijo — me voy a Hannover, a la empresa del ratón, y a Dortmund, a su última residencia. — Espléndido — dije.

— ¿Por qué?

— Eso me garantiza un par de días sin verte la jeta.

Baltasar se encogió de hombros.

— Probablemente me pase a verte el martes por la mañana.

Le di una palmada en la espalda a él y un amigable puñetazo en el estómago a Moritz.

— Me armaré para la ocasión. Pasadlo bien, criminalistas.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Al fin y al cabo, pensé mientras iba hacia mi casa, ¿qué me importan a mí un cepillo de dientes de más y un representante de telas despedido? Sin duda siempre es divertido ver a Baltasar cuando está en medio de uno de sus extravagantes proyectos, pero por lo demás consideraba todo el asunto absurdo e insignificante. Por suerte aún no sabía que todo aquello iba a cambiar pronto... de lo contrario, me habría arruinado de veras el fin de semana.

4

El martes tuvo lugar la invasión de mi casa por parte de Matzbach. Tenía mucho que contar.

El viaje a Hannover y Dortmund no había resultado especialmente provechoso. Se había enterado de algunos detalles sin importancia de la vida de Brockmann. Por lo demás, el ratón no había vuelto a ser visto en Tannenbusch; Baltasar había hablado por teléfono con la anciana y le había recomendado que denunciara la desaparición de su realquilado.

En cambio, la incursión de Moritz por la calle de la colina de los millones había tenido éxito.

—Le dije —me contó alegremente Baltasar— que no tenía más que andar por la calle con su carnet de prensa en la mano, llamar a todas las puertas y decir a la gente que en los últimos tiempos había oído hablar de que por allí rondaba un mirón. Ya sabes: chicas que se sienten observadas, macizos de flores pisoteados al pie de ventanas de dormitorios, etc.

Me recliné en el sillín, encendí un cigarrillo para com-

batir el apestoso cigarro de Baltasar y tomé un sorbo de café.

—Muy audaz —dije. —Así que para eso necesitabas a Moritz.

Baltasar negó con la cabeza.

—No sólo. Naturalmente, me vino muy bien que pudiera esgrimir su carnet de prensa. Pero eso no es todo. No quiero llamar la atención allí demasiado pronto.

No dijo más acerca de esta misteriosa observación, y prosiguió:

—Estuvo allí un par de veces, porque no siempre encontraba a todos los vecinos. Era domingo, pero ya sabes: visitas a la suegra, excursiones de fin de semana, y todo eso. Da igual. Poco a poco, se pateó toda la zona. De ahí salieron unas cuantas cosas. En primer lugar, era cierto que en los últimos tiempos algunas personas se habían quejado de la existencia de un mirón, e incluso habían presentado denuncia contra persona o personas desconocidas.

Me sopló a la cara una gruesa nube de humo. Hizo una pausa, complacido. Luego dijo:

—Naturalmente, la denuncia no llegó a nada. Un tal Johnny, de la poli, anduvo por ahí y tomó unas cuantas notas, pero eso fue todo. Mira.

Extendió sobre la mesa una fotocopia ampliada, un detalle de un plano de la ciudad.

—Aquí —dijo—, y señaló una calle en forma de Sabtracta. En torno a estas casas ha cometido el ogro sus ogreerías. Para más seguridad, Moritz ha estado también por los alrededores, con los vecinos de otras calles, pero

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
allí no había nada. La gente que le ha visto vive aquí, aquí,
aquí y aquí.

Con su gordo dedo, describió un par de círculos en el plano. Luego me miró.

— ¿No te llama la atención nada? Yo suspiré:

— ¿No puedes decirme qué pasa, en vez de volver a empezar un diálogo socrático conmigo?

Baltasar torció el gesto, lacrimoso:

— Siempre eres tan duro conmigo — dijo. — No se trata de eso. Moritz y yo hemos llegado, cada uno por nuestro lado, a la misma conclusión; ahora me gustaría saber, como confirmación suplementaria, si la cosa también te parece tan evidente a ti.

— Ajá.

Nada convencido, me incliné sobre el plano. Baltasar (o Moritz) había marcado con pequeñas cruces los lugares en los que el mirón había sido visto fugazmente o había dejado huellas (flores pisoteadas, etc.). Dos casas con jardines en los que había estado, luego una pequeña calle privada que terminaba entre dos casas, pero desde la que los accesos a los *garages* llevaban a otras casas. Todas esas edificaciones no daban directamente a la calle en forma de S, sino que estaban agrupadas formando un círculo imperfecto en torno a una zona ajardinada casi tan grande como un parque. Luego había otras casas con jardín (y crucecitas) que volvían a dar a la calle.

— Es curioso — dije. — Sin duda no conozco esa calle; y además, naturalmente, no soy especialista en la psicología de los mirones.

Baltasar me interrumpió:

–Deja ya de hablar de tus objeciones y reservas, pedazo de coqueto.

–Pero –proseguí, haciendo una mueca–, si viene desde estos dos jardines y ha vuelto a dejar huellas en estos jardines, entonces su ruta lógica no iba a través de la calle, sino de este gran parque. ¿Nadie lo ha visto allí?

Baltasar sonrió con benevolencia:

–Correcto, querido Watson. Nadie lo ha visto allí. O al menos eso afirman todos. Lo curioso –señaló una por una las casas situadas más o menos en círculo– es el siguiente hecho: aquí vive el diputado de guapas hijas; aquí un profesor entrado en años, casado y con una ama de llaves muy guapa, o al menos eso afirma Moritz; aquí un viudo solitario, pero rico, que trata de aliviar su soledad teniendo realquilada una joven pareja; la mujer también es llamativa. Al lado un peletero, con esposa y una hija veinteañera. El señor peletero es muy activo en sus negocios, tiene además una pequeña vivienda unifamiliar habitada entre estancia y estancia en el extranjero por un candidato al servicio diplomático. En esta casa de aquí vive un político municipal, casado y también con dos hijas, y al lado un constructor. Vive con una mujer más joven que él, pero probablemente no están casados. Mi moral se encrespa.

Hizo una pausa, probablemente para darme ocasión de reflexionar sobre la extravagante idea de una moral no sólo presente en él, sino incluso irritable.

–Estoy –dije, obediente– lleno de asombro, oh Baltasar.

El asintió:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Me lo imagino.

— Y ello —proseguí— a causa de tu moral. Hasta ahora no sabía que tuvieras una.

— Sabes —dijo, mirándome como un representante de tirantes miraría a una abadesa para venderle su producto— que soy capaz de todos los excesos para explorar el sabor de la vida, en caso necesario soy capaz incluso de tener moral —amable, me sonrió como un caballo.

— Ahora dime —gruñó entonces— qué opinas de los vecinos de ese barrio de chalets.

— Bueno, ¿qué voy a opinar de ellos? Al parecer todos son gente de éxito, y en parte claramente ansiosos de testificar. Es curioso que sólo tengan hijas.

Baltasar asintió nuevamente:

— Qué verdad —murmuró—, pero las hijas son más fáciles de cuidar que los hijos. Cuando se tiene un negocio, primero hay que enseñarlo a los hijos para que puedan echarle una mano a uno, y luego expulsan por la fuerza al padre; además traen a casa mujeres desconocidas, y uno tiene que aguantar que le tuteen. Repugnante. Las hijas en cambio, al atardecer, le sacuden al cansado guerrero el polvo del ralo cabello y, tras un período de vagabundeo nocturno, traen yernos a casa. Se les puede ceder el negocio, pero no es obligatorio; sobre todo, se les puede echar cuando no le gustan a uno, lo que con los varones es más desagradable, aunque a veces se practique de forma intensiva.

Escuché aquella digresión con cierta perplejidad:

— Baltasar —dije—, me parece que te regodeas en concepciones propias del siglo XIX.

Él alzó la mano y la agitó:

– Te agradezco la indicación – dijo. – El siglo XIX siempre me ha resultado aburrido. Que no vuelvas a ponerme en contacto con él, ¿me oyes?

– ¿Cómo? Yo sólo te he señalado... Él resopló.

– ¿Quién ha empezado con lo de las hijas?

– Bueno, los habitantes de ese barrio.

– Sí, pero tú las has mencionado. Y ya sabes cómo reacciono a las menciones.

– Me enervas. ¿Es culpa mía que a partir de un término hagas una anaconda de asociaciones que luego se enrosca en torno a tu gordo cuello y te ahoga?

– Retuerces la causalidad – afirmó. ¿Quién causa el alud: el que lo pone en marcha en la montaña o el que se ve envuelto en su caída y lo incrementa con su propia persona?

Renuncié. La neutralidad armada es la única actitud que sirve de algo contra Matzbach. No es posible dejarse enredar; no conduce a nada.

– Entonces – dije, agotado – , los vecinos de ese barrio...

– Exacto. Tenemos que vérnoslas con un caso extremo. Allí el exceso de mujeres de la República se ha llevado al paroxismo. No sé si es defendible, pero es así. Ahora hay que preguntarse a qué se debe. Podría...

Le interrumpí, desesperado:

– Deja de alucinar. Atente al caso.

Me miró ofendido:

– Estás pisoteando mi delicado espíritu.

– Se desborda, y tiene que ser podado – dije, sarcástico.

– Bueno, estábamos en el barrio de chalets. Si hay un

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
rincón que merezca la pena para un *voyeur*, sin duda es ese casi círculo de casas.

Baltasar pareció haber olvidado todo lo demás.

—Cierto —dijo con sobriedad. —En realidad es de ensueño. Probablemente la mayoría de los dormitorios dan a la parte de atrás, y aquí —señaló un punto en el mapa, aproximadamente en el centro del jardín-parque— hay unos cuantos árboles a los que se puede trepar muy bien. Quien se suba a esos árboles y lleve consigo unos prismáticos de ópera seguramente podrá ver muchas cosas bonitas.

Yo dudé:

—Quizá no. Al fin y al cabo, debe haber gente que corra los visillos o baje las persianas antes de desnudarse o desnudar a otros. Baltasar negó con la cabeza.

—¿Para qué? Eso está claro cuando se vive en la calle y cualquiera que pase puede mirar. Pero aquí no. Si realmente todos los dormitorios dan a la parte de atrás, es decir, a este jardín-parque o parque-jardín, no hay absolutamente ningún motivo. Los árboles del centro se encargan de que no se pueda ver ninguna casa de las otras. Como es sabido, los árboles tienen copas y hojas.

—Sobre todo en verano —dije yo. —Pero, ¿qué pasa en invierno?

Baltasar parpadeó.

—¿Qué pinta aquí el invierno? Estamos en agosto. Sin duda en Bonn nunca se puede hablar de verano, pero...

—Desprendo de tu exposición —dije, un tanto sarcástico— que los árboles del jardín son de hoja, porque no es tan fácil trepar a los de aguja. *Okay*. Pero los árboles de

hoja están desnudos en invierno. Así que en invierno se podría mirar dentro de las casas de los vecinos. Así que podrían haberse acostumbrado desde hace años a cerrar las ventanas. Incluso en verano, por la costumbre.

Baltasar titubeó un momento.

— Bien — dijo entonces —, puede que tengas razón. Pero también podemos partir de la base de que desde hace años se han acostumbrado a dormir con las ventanas cerradas en invierno y abiertas en verano. Dos hipótesis plausibles. Tendremos — dijo alegremente — que hacer una escapada y convencernos por nosotros mismos.

Di una palmada en la mesa.

— Nada de eso. Si crees que voy a andar de noche por jardines ajenos espiando las costumbres nocturnas...

— No te excites de ese modo. Nunca te cargaría con trabajos tan difíciles y discretos. Para eso hay que saber moverse con agilidad y sin ruido. Me temo que te falta la necesaria flexibilidad física; por no hablar de tu rigidez mental.

— Ajá. ¿Y quién va a hacerlo?

Baltasar me miró sorprendido:

— Bueno, ¿quién va a ser? ¡Yo!

Yo rompí a reír hasta la tos.

— Ay, gordito — dije —, me gustaría verte brincar como un sátiro por entre las ramas con tus ciento veinte kilos. ¡Ja!

Él se dio una palmada en la tripa.

— Ah — gruñó —, ya verás. Soy como una pelota de goma.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Todavía estuvimos un rato diciendo tonterías; por fin, anunció que en los próximos días iba a seguir haciendo discretas averiguaciones y que me informaría más adelante.

— Tu inestimable ayuda — dijo, magnánimo — me será sin duda útil para aclarar esta enrevesada oscuridad.

— Ten cuidado con tus metáforas — le recomendé — si no, puede que se desenfrenen. Así pues, ¿sigues decidido a llevar esta locura del cepillo de dientes hasta su perverso fin?

— Hasta esclarecer este siniestro caso de asesinato.

Yo me recliné en el asiento. Admito que estaba perplejo.

— ¿Cómo que asesinato? ¿Y cómo que caso?

— Mi nariz — dijo, grandilocuente — me dice que al final se verá que ha sido un crimen. El ratón es una víctima excelente. Nadie le echará de menos. Tal vez alguien ha cometido el crimen perfecto. Y yo, decidido a aplicar mis versátiles talentos a una disciplina más, voy a aclarar el asunto con agudeza criminalística.

Yo estaba, en alguna medida, decepcionado. Me reproché haber sido un idiota; en vez de suponer que Baltasar tenía algo importante en la manga, hubiera debido partir de la base de que estaba entregado a su nariz y a su imaginación. Aquel discurso teatral no podía ocultar el hecho de que realmente no sabía más que yo.

— Vaya, vaya. ¿Así que ahora vas a hacerte criminalista?

Él negó con la cabeza:

— Te equivocas, querido. Ya soy uno de ellos.

El miércoles pude trabajar sin ser molestado. El jueves había puesto fin a mi trabajo. Entretanto, no había vuelto

a pensar en el asunto. Entrada la tarde, cuando iba a entregarme a la sensación de haber terminado algo, volví a pensar en el cepillo de dientes. Para mi sorpresa, constaté que el desarrollo de los acontecimientos me interesaba, aunque quizá tan sólo como un juego intelectual, que terminaría en una explicación completamente inofensiva y casual. En realidad, estaba convencido de que todo era una sarta de tonterías. Pero un hombrecillo trabajaba tericamente en mi oído interno.

Baltasar Matzbach, el diletante universal. En los ocho años transcurridos desde que le había conocido, había sido testigo de muchos incidentes asombrosos. Una y otra vez, se había dedicado a cuestiones nuevas y había alcanzado en ellas una cierta perfección, apenas por debajo de la frontera de la profesionalidad; luego, cuando perdía interés en el asunto, se apartaba de él y se dedicaba a la siguiente novedad. Eso también había sido así antes, pero tan sólo conocía su abigarrada época anterior de segunda o tercera mano, o por sus propios relatos, de los que siempre me parecía aconsejable desconfiar. Aún así, el hombrecillo de mi oído interior me insistía tericamente en que confiara en el diletante universal. ¿Por qué iba su nariz a engañarle precisamente en este asunto? ¿Y por qué su desbordante espíritu iba a fallarle precisamente en la criminalística?

Llevé al correo mi trabajo hecho y me envolví, poco antes de cerrar la gran librería universitaria, en literatura especializada: Poirot, Maigret, Lord Peter, Marlowe, Bony, Parodi... las novelas policiacas siempre me habían parecido una distracción subalterna, por eso tan sólo conocía de

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
oídas algunos de los nombres, y los otros nada en absoluto. En el curso de una noche agradable, los conocí en parte e hice amistades. El viernes, estaba decidido a ocuparme más en detalle de la genealogía de los detectives, pero no pude localizar a un conocido de cuyas extensas lecturas en ese terreno sabía. Entre Dupin y Lupin, Baltasar me pescó, por teléfono:

—Eh, ¿qué andas haciendo? —su voz sonaba de algún modo dispersa, distraída.

—Investigo a tus antepasados — dije.

—¿Cómo? ¿Estás leyendo a Maquiavelo, o biografías de grandes hombres?

Estaba claro que no sufría de depresión. Le comuniqué amablemente a) lo que estaba leyendo y b) lo que opinaba de su valoración de sí mismo. No entró al trapo:

—Escucha — dijo —, te he enviado una carta.

—Tienes unas ocurrencias bastante extravagantes. ¿Qué contiene?

—Los resultados de mis investigaciones.

—¿Y por qué no te pasas, o nos vemos en algún sitio, y me lo cuentas? ¿Te has vuelto pudoroso?

Rió entre dientes:

—No, ocupado. He estado hurgando un poco, como te decía.

—¿Has brincado por entre las ramas, como estaba previsto?

—Sí. Muy inspirador: Nada de persianas. Y los dormitorios dan al jardín. Pero, ¡adivina que pasa con sus habitantes femeninas!

—Bueno, ¿son todas tan gordas y feas como tú?

— No — gruñó —, peor.

Volví a reflexionar. Por fin, me vino a la mente una de las frases hechas de Baltasar: *cuanto más rubia, tanto más boba*.

— ¿Son todas rubias?

— Sí. ¿No es espantoso?

Me eché a reír.

— Bastante.

Él carraspeó:

— Con esto me despido — dijo. — Estaré fuera unos días.

— ¿Qué vas a hacer, y dónde?

Chasqueó con la lengua con desaprobación:

— No te lo cuento, porque si no al final vas a querer venir.

— Ajá. ¿Cuándo te vas?

— Mañana temprano.

— ¿Por el caso ratón?

— Por el caso ratón.

Reflexioné.

— Oye — dije entonces —, tengo sed. ¿Qué haces esta noche?

— Estoy ocupado.

De alguna manera, su voz produjo eco antes de llegar a la línea telefónica.

— ¿Dónde estás?

— En el escusado — dijo. — Aquí puedo hablar contigo sin ser molestado. Uno — declaró, grandilocuente — lo necesario con lo malo.

Referí esto último a mí.

— Gracias pero, ¿cómo es que estás ocupado y tienes que llamarme desde el escusado? ¿Es que tienes visita?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Muchacho agudo — dijo.

Él calló, y yo reí entre dientes.

— Baltasar, Baltasar — dije entonces —, ¡qué cosas tengo que oírte decir! ¿Dónde está tu ascetismo?

El tosió:

— Lo hago en interés de la causa — afirmó. Me sacrifico por los progresos de la criminalística — en voz baja, declamó —: Nuestro héroe desfallece, asediado por dos rubias, pero abre la puerta por la fuerza, sacando así la verdad a la luz.

Me fue imposible reprimir la risa que me agarrotaba la garganta.

— Ay, ay — dije con esfuerzo —, ay, ay, repito. ¿Fuerza? Bueno. ¿Verdad? Oh, oh. Conozco esa puerta con otras denominaciones; perdona, ¿has dicho desfollece?

— Desfallece, con a.

— ¿Y dos rubias a la vez? ¿Dónde está tu moral, por no hablar de tu condición física? En voz baja, dijo:

— Bueno, hum, la hija se va enseguida.

— ¿Cómo? ¿Madre e hija? ¡Oh, qué abismos!

— Lo estás mal interpretando, querido amigo. Todo es por la causa. La hija es amiga de una de las hijas del diputado, ya sabes.

— Baltasar, tus excusas se vuelven cada vez más complacientes. ¿Y la madre?

— Tiene cuarenta años.

— ¿Y es rubia?

— Sí. ¿No es terrible? Y tiene planes espantosos para mí.

— ¡Oh, no, pobrecillo! ¿Qué daño quiere hacerte?

— Me temo que amenaza con una disminución debilitadora de mis fluidos corporales.

— ¡No, qué horror! ¿Y en aras de la causa vas a sacrificar no sólo la moral, sino también la estética, tu prejuicio en contra de las rubias?

— No es un prejuicio. Hablo por experiencia. Es un juicio *a posteriori*.

— ¡Encima *a posteriori*! ¡Fantástico!

Baltasar volvió a toser:

— Saco de disparates — dijo, indignado —, mancha de suciedad sobre la pechera de mis amistades. Hoy no estoy para charlas. ¡Muérete! Y lee mi carta, ¡Hasta la semana que viene!

Antes de que pudiera destilar más burlas sobre él, colgó. Me entregué, sonriente, a la lectura. Me esperaba una época espléndida: Baltasar iba a desaparecer por un tiempo, en vez de importunarme. Con buena conciencia, mejor humor y libros, me fui pronto a la cama.

5

Los inescrutables caminos del servicio postal me depararon el correo del viernes de Baltasar hasta el lunes, junto con un breve escrito que había depositado en el buzón a primera hora del sábado, antes de emprender su misterioso viaje. Esta carta empezaba con el apelativo: “Miserable receptáculo de sorna:”, y constaba esencialmente de insultos inconexos de la peor especie y de la lacónica comunicación de que si tenía problemas y no avanzaba en la solución del enigma del cepillo debía dirigirme a la dama.

Me temí lo peor al abrir el grueso envío del viernes. De la carta posterior ya había podido deducir que en el

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
primer escrito tenía que haber instrucciones para una ulterior actividad. Así era. El contenido del envío estaba formado por: un breve relato acerca de su escapada local, observaciones y conclusiones; datos reunidos hasta el momento por Moritz y él sobre algunas de las personas que vivían en los chalets; fotocopias del Quién es Quién y otras obras, referentes a algunas otras personas; copias de viejo periódicos o revistas sobre personas y actividades; la radicación de que me reuniera con Moritz y Edgar y aclarase algunas cuestiones concretas; la orden de que localizase e investigara a determinadas personas. Por último, me comunicaba que en nombre de la Oficina Federal de Estadística había preparado a los habitantes de la calle en cuestión para mi visita como encuestador, y me pedía que le hiciera el favor de dedicar el martes y el miércoles a ese trabajo. Adjuntas, las preguntas de la encuesta.

Ese obeso Satán había conseguido reunir documentos oficiales con el escudo del aguilucho, confeccionar varios catálogos de preguntas de aspecto oficial y —punto culminante de sus maquinaciones— adjuntar un carnet expedido a mi nombre, con foto y sello, según el cual yo estaba facultado para hacer preguntas y garantizar la confidencialidad de las respuestas.

Me quedé un poquito aplastado. Como ciudadano ilustrado, sé muy bien que, incluso en Bonn, se puede conseguir cualquier cosa a cambio de dinero. No me sorprendía que al parecer Baltasar supiera adonde dirigirse, y tampoco que, probablemente, hubiera tenido que invertir unos cuantos de los grandes en la colección ante la que ahora me encontraba.

Oh no, no era eso. Tampoco el número de leyes que había violado o al menos soslayado desde la sustracción del pasaporte caducado de Ratón Brockmann, desencadenaba ninguna admiración en mí. ¿Cómo iba a ser más cuidadoso con las leyes que con los nervios de sus amigos? Su natural suposición de que medio Bonn iba a desgastarse los “zapatos durante su secreto viaje para obedecer a sus crípticos mandatos, cuya finalidad última nadie más que él conocía y cuyo contexto todos consideraban absurdo, no era en absoluto sorprendente, sino típica de Matzbach.

Lo que me dejó aplastado fue el hecho de que mi foto apareciera en el carnet de la Oficina Federal de Estadística. Me resultaba del todo enigmático de dónde había sacado la foto el gordo. No tenía borde, y me mostraba medio de perfil izquierdo; es mi lado más tolerable. Al observarla con más atención, comprobé que había envejecido un buen montón desde que alguien había despilfarrado el celuloide para capturarme.

Por fin, se me ocurrió el sencillo origen de la imagen. Los ojos me lo revelaron: pertenecían a alguien borracho como un canguro. Deduje de ello que Baltasar había cortado mi cráneo con finas tijeras de una foto mayor, tomada probablemente hacía algún tiempo en alguna orgía. Al principio me sentí conmovido, porque el afecto que Baltasar sentía por mí tenía que tener dimensiones peores de lo que nunca hubiera podido adivinar... ¿de qué otro modo podía explicarse que hubiera conservado una foto mía? Pero podía explicarse de otro modo, y encontré muy pronto la explicación. Probablemente en la fiesta en cuestión había estado sentado en las cercanías de una an-

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
tigua compañera de juegos de Matzbach, y había tenido así casual acceso a los campos elíseos de su nostalgia.

Y luego la historia de la dama. Se llamaba, según me comunicaba en la carta de los insultos, Ariane Binder, vivía en Plittersdorf y tenía teléfono, y a ella debía dirigirme si no sabía por dónde seguir. Eso significaba que ella sabía algo, probablemente incluso que Baltasar la había iniciado en sus magros conocimientos y en sus opulentas suposiciones. Como no acabo de decidirme a acusar a Baltasar de oportunismo sexual, llegué a la conclusión de que tenía que tratarse de una mujer notable.

Como cualquier persona decente, odio los lunes. El hecho sin atributos de que fuera 1 de septiembre no me dio alas en modo alguno; tras la lectura del correo de Baltasar, me entregué a las garras de una apatía integral, con especial aversión a las cuestiones criminalísticas. Así que incliné mi inteligente cabeza sobre un periódico regional, pero tal acción no me aportó bálsamo alguno; el papelucho rebosaba de la basura polémica de la campaña electoral. Medité un poco en torno a ese fenómeno, porque es demasiado resbaladizo y nauseabundo para aprehenderlo con exactitud, desde el momento en que se trata de una infantilización, unánimemente organizada por el Gobierno y la oposición —da igual quién esté en cada lado en cada momento—, de los ciudadanos, que durante cuatro años tienen que asistir impotentes (el poder emanado del pueblo no ha vuelto a él hasta la fecha; se ha presentado una denuncia por desaparición) al onanismo político irresponsable de ambas partes; si

alguien ataca sus prebendas, los popes normalmente enfrentados se unen contra él; antes de volver a elegir uno de los varios males menores, hay que escuchar como un menor de edad justificaciones e interpretaciones que ni son justificables ni necesitan interpretación alguna, y menos en ese lamentable estilo y en ese empobrecido lenguaje.

Tan alegres pensamientos matinales acerca de nuestros grises representantes me hicieron acordarme del otro gris representante llamado Brockmann, así como de las parrafadas de Baltasar contra la administración y las vicisitudes de la vida real. Con una disposición de ánimo que podría calificar de resignación dinámica, me entregué a lo inevitable. Baltasar el Grande había dictado sus instrucciones; sin duda Moritz había recibido un escrito similar al mío, y con alguna probabilidad a Baltasar se le habrían ocurrido ideas que le permitieran reclutar a otros peones, además de Moritz y de mí. Había dejado Bonn y partido hacia lejanas tierras, dondequiera que estuvieran, y durante su ausencia media ciudad trabajaba en sus delirios.

Para mí era un enigma lo que a Edgar, el médico, le tocaría hacer. Pero como de todos modos no pude encontrarle a esa hora relativamente temprana —o estaba en el hospital o durmiendo después de salir de él—, aplacé aclarar la cuestión por tiempo indeterminado.

Moritz estaba en la redacción de su periódico, se supone que incubando importantes reportajes.

—Es terrible —dijo, cuando le llamé y le pregunté cómo estaba—, realmente terrible. Por todas partes esos pequeños y lamentables actos electorales, a los que sólo acuden

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
miembros del partido convocante. Sociedades claramente cerradas, clubes privados, por así decirlo, Pero hay que tratarlos como si realmente se hubieran ganado el interés público que se anexionan. Terrible. Y entretanto se reúne la asociación local de criadores de palomas. Terrible. Y ahora llamas tú. Espantoso. ¿A qué debo el desfavorable honor?

—¿A qué va a ser? —dije yo. —A Matzbach, por supuesto.

Moritz suspiró.

—El vil Matsbajo, sí. Ah, es una cruz.

No dijo más, así que yo retomé el hilo, unos segundos y unos centímetros después.

—Pues Matzbach —dije con energía. —He recibido una carta suya.

—¿No es espantoso? —se quejó Moritz. Ahora encima escribe.

—¿Has recibido tú algo parecido?

—Y cómo. Un asunto del todo lamentable.

—¿Por qué?

—Bueno, hace falta aguzar el cerebro, ¿no? Y cómo. Matzbach nos roba nuestro tiempo mientras se divierte en el campo.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Ni idea. Retoza en algún lugar misterioso.

—¿Qué has hecho hasta ahora?

Los ruidos me revelaron que Moritz estaba reclinándose y poniendo los pies encima de la mesa.

—Ah —dijo, complacido—, si no tengo más remedio que hablar contigo, al menos déjame que me ponga có-

modo... Bueno, ¿que qué he hecho hasta ahora? He preguntado a la gente de Godesberg por mirones y recibido grotescas respuestas. Donde seguro que ha estado, nadie admite haber visto nada. Con algunos de ellos, tuve claramente la impresión de que mentían. Malos mentirosos, por otra parte. Ya sabes: miran al suelo, se ruborizan, y esas cosas. Otros se mantuvieron completamente fríos y tranquilos. Demasiado tranquilos.

Carraspeé:

– Creo, querido Moritz, que Baltasar te ha contagiado.

– ¿A qué viene eso?

– Bueno, yo sigo partiendo de la base de que todo es absurdo. Probablemente has molestado a algunas personas en sus ocupaciones íntimas, y querían librarse de ti con rapidez. Por eso dijeron que no, y por eso estaban confusos. Y quizá los otros realmente no habían visto nada. Lo que tú has tomado por frías mentiras podría ser simplemente la gélida verdad, ¿no?

De pronto, se puso serio y autoritario:

– Negativo. En los últimos años he tenido que vérme-las a menudo con gente que ocultaba algo, he estado sentado en los tribunales y he tenido que entrevistar a unos cuantos pirados; sé cuando alguien miente. *Okay*, admito que nadie es omnisciente, e incluso yo, *I myself*, Moritz el importante, puedo equivocarme. Pero no cuando un montón de gente miente al mismo tiempo en la misma dirección. Sin duda alguna vez he tomado a un canalla por un tipo honesto y viceversa, pero, ¿todo un grupo puesto de acuerdo? No, querido, puedes olvidarte de eso.

Me rendí, al menos por segunda vez esa mañana.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—Muy bien. De todos modos, en este momento no tengo nada mejor que hacer. Así que supongamos que es así...

Moritz me interrumpió con severidad:

— ¡Es así!

— ¡Está bien, está bien, paz! ¿Qué tenemos, entonces? Un ratón gris llamado Brockmann, al que nadie conoce, nadie quiere y nadie echa de menos, tal vez ha desaparecido. Quizá el ratón ha jugado a los mirones, quizá en una determinada zona. Quizá lo han visto algunos, y quizá otros mienten. Pero quizá no mienten, y los otros no quieren más que darse importancia. Matzbach ha desarrollado una idea a partir de la posible desaparición de ese tipo. Esa idea reza: asesinato. Un crimen del que no hay ningún motivo, ningún indicio, ni siquiera un cadáver, ningún autor y ningún lugar. Fantástico.

Moritz rió entre dientes:

— Estás viendo las cosas de forma un poquito estrecha, amigo mío. La vida es sueño, y es completamente absurda. Nosotros tan sólo intentamos intercalar una forma de absurdo inventada por nosotros y que nos resulte cómoda. Cito a Matzbach. Fin.

— Bien dicho. Espero que te diviertas en tu arenero metafísico. Aún no sé si yo seguiré jugando hasta el final...

— Acabas de decir que por el momento no tienes nada mejor que hacer...

— Sí, eso es así por el momento. Quizá se me ocurra algo mejor, aún no lo sé. Veré. Voy a romperme un poco la cabeza hoy y mañana. ¿Tienes sed esta noche?

Moritz hojeó algo.

— Sí —dijo entonces—, pero de trabajo. Una cita.

¿Podemos celebrar consejo de guerra mañana por la noche?

Nos citamos en un local de vinos alrededor de las 21 horas. De pronto, se me ocurrió otra cosa.

— Oye, ¿qué pinta Edgar en toda esta historia?

— ¿Por qué? ¿Tienes algo en contra suya?

— No, es mucho más tolerable que tú. Sólo que hasta ahora no sabía que se interesaba activamente en las bromas de Matzbach. Normalmente no ha hecho más que comentarios sarcásticos al respecto.

— Bueno, pues esta vez no. Baltasar quiere tenerlo ahí; yo tampoco sé más.

— ¿Y qué pasa con la mujer?

— ¿Qué mujer?

— Baltasar ha mencionado a la supuesta madre de una supuesta amiga de una hija de un supuesto embustero, que supuestamente sabe algo.

— Ah, esa. No, no la conozco, sólo sé lo que Matzbach me ha escrito; que en caso necesario le preguntemos a ella.

Pasé el resto del día cavilando acerca del cuestionario de la Oficina Federal de Estadística elucubrado por Baltasar. Contenía, entre otras, un grupo de preguntas sobre la ocupación del tiempo libre, por ejemplo “¿Lee usted novelas policiacas?” o “Por favor, mencione algunos programas de televisión que haya visto esta última semana”; además, había un par de preguntas indecentes para despistar y una página entera de elevado valor formativo: preguntas sobre la formación y los recuerdos o valoraciones de las facultades en que se había estudiado, datos sobre preferencias específicas, como “¿Cuál

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
es su obra musical favorita?”, invitaciones a escribir determinadas frases al dictado del entrevistador etcétera. En algunos casos adiviné las siniestras intenciones de Matzbach, otras preguntas estaban claramente intercaladas para reforzar la apariencia de investigación oficial. Algunas, en cualquier caso, me resultaban más que enigmáticas, y tampoco después de mucho pensar logré encontrarles sentido alguno.

Bueno, habría sido demasiado pedir querer encontrar lógica en cada detalle de una empresa que había absorbido el cerebro en constante volatilidad de Baltasar.

Entrada la tarde, llamé a Ariane Binder y me cité con ella para el miércoles por la noche. Tenía una voz de persona mayor muy estimulante, ligeramente ronca, y estaba claro que no estaba en absoluto sorprendida por la llamada. Naturalmente, ya que estaba iniciada en el asunto, Baltasar la había preparado para posibles ataques de sus minusválidos amigos.

Acto seguido, me entregué a la lectura y asistí al esclarecimiento de un enigma, en cuyo transcurso al inspector Boney le insertaron como por arte de magia extraños objetos en el hígado.

Poco antes de terminar, por así decirlo en el momento más emocionante, Edgar Rómertopf se dejó caer por mi casa. Estaba ansioso de café y ajedrez.

Después de haberme hecho trizas —yo seguía estando, me dije para justificarme, muy distraído a causa del hígado del inspector—, me contempló, triunfante:

—Bueno —dijo con sarcasmo—, detective aficionado por la gracia de Matzbach, ármate contra el segundo golpe.

Le contemplé sentado ante mí, bajo y recio, con su nariz chata y sus adherentes lóbulitos de las orejas, una sonrisa en su feo rostro. Tiene que tener cualidades ocultas que no he podido desvelar en todos los años que hace que le conozco. Su fama (y su mote) de *Ladykiller* no se refiere, precisamente, a que como adjunto de ginecología en un hospital de Bonn se le hayan muerto muchas mujeres en la mesa de operaciones.

Tranquilo, sosegado, le pregunté:

— ¿Cómo te las arreglas para que algunas mujeres dejen que las atiendas a pesar de tu cara? El masoquismo tiene que haberse extendido mucho...

Él sacudió la cabeza y sonrió de forma aterradora:

— No llegan conscientes a verme, y nuestro anestesista es un presumido.

— Eso explica muchas cosas. ¿A qué te refieres con tu segundo golpe?

Él dudó un momento, luego se decidió:

— Baltasar afirma que en su ausencia diriges las investigaciones, según gustó de expresarse. Te lo digo bajo el sello de la discreción. Me resulta un tanto incómodo...

— ¿El qué? ¿Hablar conmigo?

— Eso también, idiota. No, se trata de un secreto profesional — volvió a titubear.

— Hum — dije yo. — ¿Un secreto profesional de tipo médico?

— Exacto. No puedo, compréndelo, decirte de dónde lo he sacado. Si resultara que hay algo de cierto en las fantasías de Baltasar, quizá pueda ser de utilidad. Si no aparece en vuestras averiguaciones, te ruego que olvides todo lo

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
que voy a decirte.

Se lo prometí. Tengo que admitir que me había hecho sentir curiosidad.

—Bien —dijo Edgar—, entonces escucha y asómbtrate. Hace dos jueves —eso había sido, pensé yo, el día en que Baltasar había encontrado el cepillo de dientes y el ratón había salido por última vez de su cuarto amueblado—, hacia las ocho, un hombre llegó en una de las ambulancias del ayuntamiento. No puedo decirte ni a qué hospital, ni qué médico de urgencias lo atendió.

Hizo una pausa; estaba claro que le costaba trabajo vencer su reticencia. Traté de contar mentalmente las leyes que estaban siendo pasadas por alto en el curso de nuestra empresa. Luego me confesé una cierta sorpresa; después de tantos años me daba cuenta de que Edgar tenía escrúpulos, o al menos algo por el estilo.

Traté de quitarle hierro al asunto bromeando, para ayudarle a pasar el trago.

—Suéltalo ya —dije—, ¿Desde cuándo estás quebrando tus adornos éticos? Siempre había pensado que eras un auténtico puritano de tu inmoralidad.

Él se llevó la mano a la nariz.

—Hum —hizo—, ¿te dice algo el nombre de Hartmut L. Burger?

Tuve que pensarlo un momento.

—Espera, ¿no es ése el aspirante del Ministerio de Exteriores que vive en una de las casas? Un segundo... —quise coger los papeles de Baltasar, pero Edgar me retuvo:

—Es él —dijo. Vive en la Cuesta de los Millonarios, en una vivienda anexa del peletero. Vale. Bueno, pues

ese Burger llegó en ambulancia, hacia las ocho, el jueves en cuestión. Llevaba una camisa blanca, pero estaba ensangrentada. Afirmó que se le había disparado un tiro mientras limpiaba una escopeta de caza. Una excusa muy original. Sea como fuere, le alcanzó el hombro izquierdo. Decía que la bala aún estaba dentro. Debajo de la camisa llevaba un vendaje provisional, completamente empapado. Por lo demás, la camisa estaba intacta. Bueno, pues el médico de urgencias le quita la venda con cuidado y le pregunta si llevaba otra camisa puesta cuando se le escapó el tiro. Burger pregunta que por qué. El médico le explica que, de haber trozos de tela dentro de la herida, podrían hacer daño. Burger responde a eso que, como hacía buen tiempo y calor, no llevaba más que unos pantalones. Ese día había hecho bochorno, pero no había parado de lloviznar. Da igual. Sea como fuere la hemorragia ha cesado, así que tiene que haber sido hace un rato. Durante la exploración, el médico constata que la bala se ha encajado en la musculatura que rodea el omóplato por arriba, a punto de salir por la espalda. Burger dice que la saque, que apretará los dientes. ¡Como en el oeste! Bueno, el caso es que después de algún tira y afloja el médico saca la cosa, limpia la herida y la venda. Entonces, quiere asignar una cama al paciente. Pero Burger insiste en irse a casa, y no se puede obligar a nadie, aunque lo que haga sea irresponsable. El médico le dio un analgésico y un volante para el médico de cabecera. Sin duda estaba un poco pálido alrededor de la nariz, y le temblaban las rodillas, pero por lo demás estaba más o menos bien. Quiso llevarse la bala como recuerdo a toda

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
costa. El médico se la dio, y fuera esperaba un conocido de Burger, que probablemente lo llevó a casa.

Se echó hacia atrás y respiró hondo.

Yo no pude reprimir un silbido:

—Fantástico — dije —, como en las novelas policiacas, o en los *westerns*. ¿De dónde has sacado esa historia? Él abrió los brazos.

—El médico de urgencias es un viejo compañero mío. Estuvimos intercambiando anécdotas hace unos días.

Puso cara de tener algo más en la recámara. Yo le miraba ansioso.

— ¡Escúpelo ya!

Él sonrió:

—Muy bien. O sea... primero: el conocido que le llevó era bastante alto y pelirrojo.

Yo reflexioné:

—Eso encaja... ah, ¿cómo se llamaba? — esta vez sí cogí el informe de Baltasar. Aquí. Ewald Kleinsiepe. Funcionario, uno ochenta y cinco aproximadamente, veintiocho años, pelirrojo. Su esposa Felicitas, veintidós, aproximadamente uno setenta, rubia. Estos son la pareja que vive alquilada en casa del viejo viudo rico; se ve que la casa se le había quedado grande. Pistorius se llama, Hermann Pistorius.

Edgar asintió.

—Es gracioso — dije —, si era Kleinsiepe... ¿por qué se quedó fuera, en vez de entrar con su vecino herido?

Edgar se encogió de hombros:

—¿Quién sabe? Quizá no soporta la sangre. Pero sigamos. Segundo: el proyectil. No tengo ni idea de estas

cosas, y de todos modos ya no se puede probar nada, porque Burger tiene la bala. Pero el médico es tirador *amateur*. Ha tenido esa cosa en la mano, y está dispuesto a declarar bajo juramento que no se trataba de munición de fusil, sino de pistola, probablemente un producto americano, según cree, para el que se necesita licencia de armas y que en modo alguno se emplea para cazar. Salvo para la caza de presidentes. Tercero: conforme a sus conocimientos de armas y a la forma de la herida, calcula que el disparo fue hecho a una distancia de entre tres y cuatro metros. A no ser que otro estuviera limpiando el arma...

Yo tenía unas cuántas dudas:

—Creo que estás contando hermosas historias. Y no la no tan dramática verdad.

—Aguafiestas —Edgar hizo una mueca. —Muy bien. El médico estuvo mirando el asunto. Hizo una radiografía. En realidad quiso hacer también un par de fotos, pero la trayectoria del tiro era clara e inequívoca. El proyectil entró por delante, por debajo de la clavícula, pasó de largo por entre todos los vasos y huesos importantes y se detuvo unos quince milímetros antes de salir por la espalda. Burger quería dejar todo el asunto atrás cuanto antes. Así que el médico le puso una inyección y se lo sacó. La cosa no duró mucho más de una hora, en su conjunto. Burger no había perdido demasiada sangre; al fin y al cabo, la bala no había afectado vasos importantes. Probablemente, dice el médico, la herida tenía dos horas cuando Burger llegó en la ambulancia.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Eso quiere decir hacia las seis. Curioso. Si supiéramos dónde ha ocurrido. ¡A las seis de la tarde, alguien tiene que haber oído una cosa así;

Edgar frunció el ceño:

— El mundo está lleno de secretos — dijo. — Quizá nadie quiso oír nada u ocurrió en un sitio en el que nadie podía oír nada, o el tirador empleó un silenciador.

Consulté el informe de Baltasar:

— Tengo que confesar — dije — que hasta ahora sólo he echado un vistazo a la cháchara de Matzbach, pero... un momento, aquí está: Hartmut L. Burger, treinta y cuatro años, aproximadamente uno ochenta, pelo castaño oscuro, Ministerio de Exteriores, fue agregado en América del Sur hace ocho meses que está de vuelta en Bonn, la etapa intermedia habitual antes del próximo trabajo en el extranjero. Ah, nuestro observador Baltasar “Se mantiene antinaturalmente erguido, ¿lesión o daño en la columna vertebral?”. Matzbach aumenta en mi valoración, tengo que admitirlo.

El viudo Pistorius, leí, estaba de vacaciones desde principios de agosto.

— Está claro que tiene tendencia a recorrer el mundo. Edgar refunfuñó:

— Repugnante afición, me resulta del todo incomprendible. — Sea como fuere no estaba allí. Eso significa que en principio los Klemsiepe tenían toda la casa para ellos solos.

Aún estuvimos un rato dando vueltas al asunto, tuvimos muchas ocurrencias fantasiosas, pero no hallamos nada que, más allá de las alegrías estéticas, nos condujera a

la satisfacción criminalística. Jugamos otra partida de ajedrez, que volví a perder, pero no por tanto, y Edgar se largó. Terminé de leer mi libro y decidí dedicarme un poco más a las instrucciones de Matzbach al día siguiente.

6

Envuelto en un traje anodino y medio de luto, alrededor de las 17:15 llamé a la primera puerta. Al final de la tan mencionada calle cortada hay una pequeña rotonda, en la que había algunos coches. Detrás de ellos se alinean seis garajes. A derecha e izquierda del frontal de garajes pequeños caminos de guijarros se abren paso entre setos, formando una herradura incompleta. Los dos caminos no se encuentran; describen cada uno un arco de círculo, y terminan en la prolongación, cubierta de salvaje vegetación, del parque que se encuentra entre las casas. Junto a cada camino hay tres casas, con un pequeño jardín delantero y bastante distancia entre ellas. En conjunto, la urbanización forma una especie de herradura abierta por arriba, o una gran Omega cuyos pies representan los *garajes*.

Cogí el camino izquierdo y me dirigí a la primera casa. Después de corta espera, se entreabrió la puerta; según las descripciones de Baltasar, la señora que había entreabierto tenía que ser la propia señora Morken. Sonreí con simpatía y retrocedí medio paso. Es un viejo truco de representante, y la mayor parte de las veces funciona. Casi automáticamente, la puerta se abrió más. Dije mi nombre,

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
recordé la llamada telefónica que mi “superior” le había hecho la semana pasada y me informé de si no venía en mal momento. La señora Morken me pidió que pasara.

Me pareció frágil; una mujer rubia y delicada a comienzos de su edad media, un poco pálida bajo el discreto maquillaje que, sobre todo en torno a los ojos, encubría de forma incompleta las arrugas. Atravesamos el amplio vestíbulo, en el que había una reproducción a tamaño natural en mármol verde de la Afrodita de Melos, rumbo al gigantesco salón. Estaba hecho de las cosas más burdas: alfombras persas de pecaminoso valor, de un total de más de 50 metros cuadrados, una chimenea abierta con una plancha delantera auténtica y antiquísima, un macizo tresillo de antigüedad indeterminada... no hacía mucho tiempo que había visto uno parecido en una respetable tienda de antigüedades; el precio superaba las cinco cifras; algunos maravillosos armarios campesinos y estanterías de roble; en una pared un Manet auténtico, en otra una serie de diplomas y distinciones, fotos de políticos importantes dedicadas al apreciado amigo, colega y colaborador, etcétera. Al otro lado del gigantesco ventanal de una sola pieza estaba el porche cubierto, detrás el jardín o parque, que ahora veía por primera vez.

En vista de lo agradable del clima, la señora Morken me propuso salir al porche y se disculpó durante algunos minutos. ¿Quería tomar un café con ella, o prefería otra cosa?

Mientras ella preparaba el café, contemplé el jardín. Bajaba un poco desde la fila superior izquierda de las tres casas hacia el lado derecho; la distancia hasta las casas — o

mejor, chalets — de enfrente podía ser de unos 60 metros. No se veía mucho de las casas del otro lado; más o menos a la mitad de la distancia había altos árboles, que una persona con mucha imaginación había plantado hacía muchos años sin tener en cuenta su mutua sostenibilidad o adecuado aspecto: un sauce llorón, una sequoia china, un haya, un castaño de indias y un fresno. El césped estaba interrumpido por doquier por coloridos macizos de flores. Sin duda era posible ir de noche sin ser visto de una casa a otra; los árboles, algunos de los setos y los en parte altos macizos ofrecían suficiente protección contra la luz que la luna o las ventanas iluminadas pudieran arrojar.

Saqué de mi bolsillo el primer bloque del cuestionario y lo dejé en la mesa del porche, junto a una pluma y un bolígrafo. Mientras lo hacía, le daba vueltas a otro problema que Baltasar había incluido en su informe como pregunta retórica, sin poder responderla.

Un miembro del Bundestag sin vigilancia en estos tiempos intranquilos era algo explicable, porque no todos los de los bancos traseros corrían constantemente peligro de muerte, y Emil Morken, Miembro del Parlamento, nunca había sido especialmente visible. El reportaje gráfico de aquella revista que había llamado la atención del Ratón Brockmann sobre el diputado y sus hijas era el primero y único jamás publicado sobre Morken... hasta donde nosotros sabíamos. Pero el relato de Baltasar no contenía ninguna referencia al personal doméstico, y a mí me pareció cuando menos sorprendente que la esposa de un diputado abriera la puerta en persona y preparase café ella misma a los entrevistadores.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Cuando la señora Morken se hubo sentado y hubo servido el café, yo pronuncié mi pequeña conferencia, cuyas líneas maestras también habían salido del cerebro de Baltasar:

—La Oficina Federal de Estadística —mentí con desparpajo— intenta con este cuestionario, minuciosamente elaborado, registrar distintos campos. Por una parte, se trata de una especie de imagen general del estado de ánimo de la población. Con independencia —añadí sonriente— de las inminentes elecciones.

La señora Morken sonrió a su vez y asintió. Ajá, pensé, primer asalto ganado.

—En segundo lugar, se trata de determinar si hay una coincidencia general entre formación, ingresos, estatus social y puntos de vista. Sabe —dije, en tono confidencial—, luego podrá usted leer resultados como: los universitarios casados con yates prefieren tomar café en el porche y el color lila, mientras los trabajadores solteros prefieren la cerveza en la oscuridad y unas vacaciones en Mallorca y aprueban que se endurezca la ley contra las manifestaciones.

Esta vez ella casi se echó a reír.

—Voy a hacerle una serie de preguntas personales, que le ruego que responda. Puede estar segura de que todos los datos serán evaluados de forma únicamente material y después destruidos. No hay posibilidad de indiscreciones.

Ella sacó un cigarrillo de la cajetilla que había junto a su mano. Le di fuego y me recliné en el asiento.

—Además —dije como de pasada— está previsto pre-

sentar el cuestionario a todos los miembros de cada casa, y por separado, para evitar influencias recíprocas.

Ella me miró y frunció el ceño.

—Mire, esto responde a varios motivos. Algunas preguntas son casi un pequeño crucigrama, y si no son respondidas de forma independiente por cada encuestado, naturalmente los resultados se falsean. Además, los redactores del cuestionario parten de la base de que determinados temas son controvertidos en muchas familias. Por ejemplo, que los padres recorten el dinero de bolsillo a sus hijos cuando tienen ideas distintas a las de los padres. Pero estas diferencias son importantes, porque también la edad de las personas encuestadas representa un papel.

Tras esta breve cháchara, empecé con el interrogatorio camuflado de Baltasar. La primera sorpresa no tardó en producirse. En la primera parte —nombre, lugar de nacimiento, fecha de nacimiento, etc.—, que Baltasar había confeccionado en mi opinión sólo para salvar las formas, me enteré de algo sorprendente.

Eva Morken procedía de un pequeño pueblo en las cercanías de Eger, y era la única hija de la familia Ahrenborn.

—Ah —dije, sorprendido—, ¿está usted emparentada con sus vecinos?

Ella asintió:

Son mis padres.

El profesor Dr. en medicina Arno Ahrenborn vivía justo al lado, en la segunda casa de la fila izquierda, y, naturalmente, era el próximo en mi lista de entrevistados.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Más tarde imaginé haber detectado un tono extraño en la voz de ella, pero estaba demasiado sorprendido para prestarle atención. ¿Por qué, en realidad? A veces la gente vive al lado de sus padres o suegros. Algo me perturbaba, pero no sabía lo que era.

Pasamos a la parte de las preguntas. Al cabo de poco tiempo fuimos interrumpidos. La menor de las dos hijas llegó a casa y quiso sentarse con nosotros. Pero la señora Morken le pidió que nos dejara solos, debido al carácter cruzado del interrogatorio, hasta que la llamara. La chica, una guapa muchacha de 15 años, esbelta, tostada por el sol, con el rubio cabello hasta los hombros, se retiró con un mohín de disgusto.

La mayoría de las preguntas me parecían insignificantes, otras no. Pero me esforcé, después de mi fallo inicial, en prestar mucha atención a eventuales reacciones, titubeos, tonos o cosa parecida en todos los casos en los que pudiera tratarse de algo que fuera interesante para las investigaciones de Baltasar.

Una de esas preguntas rezaba: “A veces la población pone de manifiesto su crítica ante la persecución, demasiado laxa o débil, de los delitos. ¿Está usted a favor de proceder con mayor dureza contra los delincuentes?”. Una de esas preguntas de Sí o No, que la señora Morken respondió sin titubeos con un Sí.

— Voy a mencionarle algunos delitos y las sanciones medias que se les han impuesto en los últimos años. Le ruego que me diga si considera la sanción adecuada, demasiado suave o demasiado rigurosa.

Seguía una larga lista, en un orden conscientemente desordenado –sin una clasificación alfabética ni por medida punitiva ni por supuesta gravedad del hecho–, pregunté a la señora Morken su opinión acerca de más de 20 clases de delitos. En la mayoría de los casos, lo pensó brevemente y luego dio una clara respuesta; así, le parecía que los delitos económicos tenían que ser tratados con más dureza, y los pequeños robos con mayor suavidad. Al mencionar las ofensas contra la moral y las buenas costumbres, por ejemplo a manos de **royaos**, sus pupilas se ensancharon durante una (fracción de segundo; sin embargo, se controló y respondió sin titubeo visible, pero también sin prisa, que no consideraba eso un delito en sentido estricto, siempre que no estuviera vinculado a otros, tales como los daños en propiedad ajena.

Por fin, llegamos a la hoja en la que los entrevistados debían escribir frases al dictado de su puño y letra. La mayoría de las frases no contenían ningún problema de ortografía, puntuación o extranjerismos; algunas eran sencillamente absurdas. Dios sabría qué había pensado Baltasar al hacer que un ebanista llamado Hrabal abriera la puerta de un taller y luego tuviera dificultades con el trémolo de la hoja de la sierra. Tampoco la afirmación de que cuando los reptiles guisan guisantes de Guisa no es seguramente para comerlos, sino que prefieren tasarlos para un Craso del Parnaso carece por completo de absurdidad interna.

En total, el espectáculo duró casi cuarenta minutos. Luego le tocó el turno a su aya Iris. Se pasó todo el rato quejándose del sinsentido de todo el asunto, se negó,

_____ **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
respondona, durante casi medio minuto, a haber estado
haca poco en Llorel de jockey y en Pionyang de yonki
con Jan, Jean Gianni, Geolfrey, James, Django y Jérôme,
y no consideró a los médicos diputados o comerciantes,
aunque sí a los diplomáticos dignos representantes de
una prestigiosa profesión. La información política de
los medios de comunicación le parecía insoportable. En
conjunto, obtuve una impresión de desinterés político,
inmadurez general, no mucha inteligencia y pelo rubio.
Muy satisfecho con la confirmación de mis prejuicios,
puse fin al segundo interrogatorio.

Luego esperé junto a otro café y un coñac la llegada
del resto de los miembros de la familia. Felizmente, la
mayor de las dos hijas Inés 20 años, también rubia, llegó
pronto. Había pasado la tarde con unos amigos sin más
determinación, y daba una impresión sana, de buen riego
sanguíneo y, de alguna manera, saciada. Mientras Iris
acababa de repetir segundo de bachillerato, Inés había
regresado hacía tres meses de una estancia en los EE.UU.
e iba a empezar en la Universidad en octubre. También
ella había repetido curso, como Dios manda. Enfatizó
que no quería estudiar Derecho en ningún caso y bajo
ningún concepto (lo que me pareció razonable), y que
hasta que quedara libre una plaza en Historia del Arte iba
a aprender la lengua mongola, porque con ella se puede
fardar mucho (lo que me pareció irritante), y además “en la
Uni siempre hay por lo menos un tibetano y un mongol”.
Por lo demás, fue rápida y menos respondona que su
hermana menor, aunque no mucho más impresionante.
Ambas hermanas eran guapas, de facciones agradables,

labios carnosos, nariz fina, rubias, esbeltas y deportivas, y enteramente insignificantes.

Mientras aún estaba interrogando a Inés apareció el diputado Emil Morken, que saludó brevemente de lejos; su esposa le explicó lo que estaba pasando y se retiró, sin haber dado un beso o una caricia a su esposa o hijas, a su despacho.

—Es molesto —dijo, cuando finalmente se sentó y me miró, como quien mira a un moscardón. Pero seguramente hay que hacerlo. Le ruego que abrevie.

Un hombre nervudo, de pelo negro, nacido en 1934, en el mencionado pueblo junto a Eger; sano, deportivo y tostado —estos diputados tienen posibilidades de mantenerse en forma que no están al alcance de la gente normal—, algunas arrugas, sienes de un plateado interesante, una nariz más ancha que los otros miembros de la familia, la boca estrecha y casi apretada, la mandíbula no muy marcada. Sus ojos gris hielo eran fríos y cerrados; despachó todas las preguntas a la velocidad del rayo, escribió con cara de aburrimiento todas las frases que dicté, se levantó, dio una escueta cabezada y se fue... ni un apretón de manos, ni una palabra, nada. Un hombre marcadamente antipático, frío, calculador, vil en caso de duda, esa fue mi impresión. Admito que es injusto juzgar a alguien por una primera y rápida impresión, pero comparadas con el padre las hijas me parecieron de pronto criaturas celestiales, y la madre incomparablemente encantadora y de enorme calidez.

Eran aproximadamente las ocho cuando salí de casa de los Morken. Muy hábilmente, me había olvidado

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
un bolígrafo en el porche para tener al día siguiente un pretexto para volver a visitar la casa. No sé qué me movió a hacerlo, es probable que tampoco lo supiera en el momento en el que olvidé el bolígrafo.

Calculé que serían por lo menos las nueve y media, probablemente más tarde, cuando terminase de interrogar a los tres habitantes de la casa de los Ahrenborn, y luego a los dos Kleinsiepe. Mi cita con Moritz a las 21 era imposible.

Sabía por el informe de Baltasar que la joven que me abrió la puerta de los Ahrenborn era la doncella, se llamaba Susanne Weber, tenía 24 años y era rubia y guapa, pero eso pude verlo por mí mismo.

— ¿Deseaba usted algo?

Le expliqué de qué se trataba. Ella asintió y me invitó a pasar; esperé un ratito en el vestíbulo. Comparado con el lujo de la casa Morken, el domicilio del profesor era parco y frío. El amplio vestíbulo estaba decorado de manera decente, pero puramente funcional, la doncella reapareció:

— Haga el favor de acompañarme — dijo.

Fui tras ella por un corredor en el que una alfombra atenuaba los pasos, hasta que llegamos a una gran sala.

— Los señores cenan — dijo. ¿Me equivoco, o era una pequeña ironía?

— El profesor dice que haga el favor de esperar en su despacho. ¿Puedo ofrecerle algo? Acabo de hacer té.

Acepté, dándole las gracias; nunca se puede beber lo bastante cuando se vive en un desierto como Bonn. Mientras traía el té, miré a mi alrededor. Más o menos así me había imaginado el despacho de un profesor de

Microbiología. Libros y libros en las paredes, un escritorio repleto de papeles, en un rincón una puerta de cristal que daba a un pequeño mini laboratorio, es probable que herméticamente cerrado y seguro. En el mejor de los casos, yo sólo podía encuadrar los innumerables aparatos que allí había, de pie, tumbados o colgados, como en alguna medida propios de la Medicina o la Biología, científicos, sea como fuere; mis conocimientos tan sólo alcanzaban para identificar sin duda un microscopio.

En el centro del despacho había una especie de vitrina de trofeos: una caja de cristal que se alzaba unos dos metros sobre un pedestal de piedra, y que tenía espacio suficiente como para albergar siete esqueletos. La caja disponía de una puerta corredera con cerradura de seguridad: naturalmente, no pude resistir la tentación, pero la puerta estaba cerrada. Los esqueletos estaban de pie, sostenidos por finísimas varillas de metal, como senderistas detenidos en medio del monte para discutir algo.

Yo seguía, ensimismado, ante los esqueletos cuando la joven regresó con el té.

—¿Le gustan los esqueletos? —dijo, mientras dejaba la bandeja sobre una mesita auxiliar al gran escritorio.

Yo fruncí el ceño:

Bueno, sólo con mostaza.

Ella soltó una risita.

—No le diga eso al profesor; los adora.

—Tiene que ser estupendo, un *Tête-a-tête* así de agradable con huesos, en un acogedor atardecer, junto a una copa de vino.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Mientras ella se inclinaba sonriente sobre la mesita de té y me servía una taza, yo disfruté al poder recuperarme de los esqueletos viendo unas agradables piernas adornadas por una corta falda.

— ¿Lleva mucho trabajando aquí?

Ella me miró por encima del hombro.

— ¿Por qué?

— Bueno, por nada. También tengo que entrevistarla a usted.

Ella se incorporó y echó hacia atrás su media melena con un enérgico movimiento de la cabeza.

— Es mejor — dijo a media voz, echando una cautelosa mirada hacia la puerta — que se vaya quitando eso de la cabeza.

— ¿Por qué?

— No creo que el profesor esté de acuerdo.

Yo estaba un poco sorprendido.

— ¿Por qué no iba a estarlo?

— Ya lo verá.

— Sea como fuere, es mi deber interrogar a todos los miembros de la casa, y todos están obligados por Ley a facilitar la información.

En ese momento, el profesor entró en la habitación. Era un hombre alto, de buena presencia, espeso pelo gris y rostro anguloso. Una mandíbula cesariana, pensé para mis adentros, y me acordé de fotos de Mussolini, tomadas antes de venirse abajo en sus últimos días. Con un movimiento de la mano despidió a la doncella, con otro señaló la silla que había delante de su escritorio. Cuando ambos estuvimos sentados, separados por la

mesa y las montañas de papeles, tendió la mano en ademán desafiante y me miró con sus ojos muy fríos, casi antinaturalmente azules.

— ¡Su identificación, por favor!

Casi una orden, casi en tono cuartelario. Saqué de mi bolsillo la obra de arte de Baltasar y se la alcancé sin decir palabra. Estudió un momento el papelucho, concentrado, y me lo devolvió.

— Muy bien, ¿qué es lo que quiere?

Pronuncié mi pequeño discurso, igual que en casa de los Morken. No movió un músculo, y abandoné rápidamente el intento de despertar simpatía o asentimiento mediante ligeras bromas.

Se echó hacia atrás, entrelazó las manos y cerró los ojos mientras yo hablaba. Sus dedos eran largos y finos, carentes de vello; por fin, me miró y gruñó:

— Muy bien, empiece. Pero dese prisa.

Me esforcé en atender a su petición. Irradiaba gelidez; podía imaginármelo muy bien como una macabra representación de la dama de la guadaña, tallada en pizarra, en el frío vestíbulo. Cuando llegamos a la parte del dictado, frunció el ceño y dijo:

— Conozco la ortografía alemana; ¿a qué viene esta tontería?

Pero escribió, con rapidez y fluidez. Todo el asunto duró poco más de 25 minutos. Luego se puso en pie y me miró desafiante.

Yo me levanté también, tomé un último sorbo del té frío y dije cortésmente:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Le estaría muy agradecido si pudiera decirme dónde puedo conversar con su esposa.

— Nada de eso — dijo abruptamente. Tendrá que conformarse con que yo haya rellenado su absurdo cuestionario. Le ruego que abandone mi casa de manera inmediata.

Tragué saliva; una serie de odiosas observaciones brincaron impacientes sobre mi lengua, hasta que me las tragué. En mi papel de entrevistador no podía comportarme como normalmente lo hubiera hecho.

— ¿Me permite indicarle — dije, esforzándome por ser cortés — que tengo la obligación de interrogar a todos los habitantes de la casa, incluyendo el personal, si lo hay, y que en principio usted está obligado a apoyar con sus respuestas esta recogida de datos?

Él alzó las cejas.

— No debería discutir conmigo, joven. Le he dicho que el asunto está terminado para usted y para mí. Si le interesa, puede volver con una orden judicial, o como se llame.

Le miré tranquilamente a los ojos:

— ¿Puedo oír la opinión de su esposa al respecto?

— Mi esposa le dirá lo mismo que yo. Que le vaya bien.

Salió de la habitación. Segundos después reaparecía la doncella.

— ¿Puedo acompañarle a la salida? — dijo sin entonación alguna.

La seguí en silencio por el pasillo. Dio un paso más allá de la puerta. Cuando estuvimos fuera, preguntó en voz baja:

— ¿Tendrá usted problemas si no consigue todas sus entrevistas?

Yo asentí y dije, también en voz baja:

— Probablemente.

Ella dudó un momento, luego me miró y murmuró:

— Si le sirve de ayuda... siento lo de ahí dentro... el jueves es mi día libre...

Quedamos en voz baja en un café de Bonn. Luego le di las gracias y me fui a la próxima casa.

El chalet número tres pertenecía al viudo jubilado Hermann Pistorius, que desde hacía algún tiempo se encontraba de viaje por el extranjero. Para poblar su soledad, había tomado como inquilinos a un joven matrimonio, Ewald y Felicitas Kleinsiepe.

Un hombre alto y recio con una melena roja como el fuego me abrió la puerta.

— ¿Señor Kleinsiepe? — dije, con la simpática sonrisa que a veces Baltasar califica como la estupidez hecha boca; luego retrocedí el famoso medio paso y dije mi nombre.

— Ah, usted es el encuestador, ¿verdad? Llamaron por teléfono la semana pasada. Pase.

Mientras subíamos la escalera hacia el primer piso, pregunté por el señor Pistorius.

— No, hace mucho que él está fuera. No tengo ni idea de cuándo volverá.

Felicitas Kleinsiepe estaba sentada en un amplio salón, siguiendo entregada un programa televisivo. Llevaba una blusa casi transparente sin forro y una falda ultracorta ya no moderna, pero sí panorámica; rizos rubios, uñas de las manos y los pies (iba descalza) pintadas de rojo oscuro, discreto maquillaje para resaltar su boca de cereza y sus ojos bovinos, de un azul resplandeciente. El señor

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
Kleinsiepe apagó la televisión y me ofreció cerveza o vino o zumo de frutas; opté por este último.

Cuando estuvimos reunidos con las bebidas en torno a la mesita del sofá, saqué mis documentos del maletín y los puse encima de la mesa. Luego, pronuncié mi pequeño discurso por tercera vez.

La señora Kleinsiepe miró resplandeciente a su marido:

—Oh, cariño, déjame a mí primero, por favor.

Tuve la impresión de que al señor Kleinsiepe no le hacía gracia dejarme a solas con su esposa. De todos modos, pronto comprendí que ese sentimiento no iba dirigido contra mí, o al menos no en primer término. No soy ni tan guapo ni tan encantador como para que los hombres sientan en mi presencia la necesidad de esconder a sus mujeres.

Cuando Monsieur hubo abandonado la sala, cogí mi pluma y miré a mi interlocutora:

—Señora Kleinsiepe —dije—, empecaremos por algunas preguntas personales...

—Puede llamarme Felicitas —canturreó—, mis amigos me llaman Felly —mientras lo decía, se pasó la lengua por los labios. —¿Cuál es su nombre de pila?

Yo carraspeé y me puse mentalmente la cota de malla: —Señora —dije en tono formal—, creo que no deberíamos inhibir esta seca acción oficial mediante implicaciones personales.

—Oh —dijo ella, abriendo mucho los ojos. El efecto se mantuvo lo bastante como para que pudiera dar comienzo al interrogatorio. De ese modo supe que tenía 22 años, tenía el graduado escolar y había venido al mundo con

el apellido Weber. Cuando yo la miré sorprendido, ella asintió y señaló hacia la pared, más o menos en dirección a casa del profesor Ahrenborn.

— Mi hermana — dijo. Pero Susanne ya es vieja — añadió —, tiene más de veinticuatro años. Sonreí:

— Bueno, ¿permite usted a este anciano hacerle otras preguntas?

— Con los hombres es distinto — dijo, radiante. Los hombres mayores de treinta son mucho... mejores — echó una mirada hacia la ventana.

— ¿Mejores? ¿A qué se refiere usted? — no pude reprimir la pregunta. Ella rió entre dientes.

— Oh, bueno, esto y aquello, sobre todo esto — y volvió a sonreírme de oreja a oreja.

El interrogatorio fue un tanto trabajoso. Entretanto, ella me hacía gestitos con los lindos dedos de sus pies; luego, subió al sofá la pierna derecha y se sentó casi encima del pie, lo que prolongó la parte visible de la pierna hasta las braguitas negras con puntillas. De alguna manera, conseguí rellenar el formulario. Durante el dictado ella empleó mi pluma, chupándola de vez en cuando, mientras esperaba la próxima frase con los ojos muy abiertos.

Finalmente llamó a su marido; salió de la sala con un exhalado "ha sido muy agradable, ojalá que volvamos a vernos". Su marido se quedó mirándola irritado.

Con él todo fue más rápido. Tenía 28 años, y al terminar el bachillerato había ingresado en Correos. Ya no me acuerdo de qué clase de sub, super, sobre, junto o transconsejero era; nunca he sido capaz de interpretar las bizantinas ramificaciones de las jerarquías alemanas.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Felicitas también trabajaba, de secretaria en un ministerio. Por eso podían permitirse ese gran piso en el chalet, dos coches y el caro y feo tresillo de cuero en el que nos sentábamos.

Poco después de las diez, di las gracias y abandoné la casa. Poco antes de las once me reunía con Moritz, que estaba colgado de la barra en el local de la ciudad vieja en el que habíamos quedado, y sonreía. Le di una palmada en el hombro y me disculpé pro forma por el retraso. Hizo un gesto de desdén.

—No importa —dijo en voz baja—, me he divertido mucho.

—¿Con qué?

Se llevó el índice a los labios y señaló con una leve inclinación de cabeza hacia la izquierda, donde tres destacados antiguos miembros (o quizá aún miembros) de las Juventudes Socialistas discutían seriamente asuntos políticos.

—Es fantástico —murmuró. Me duele el alma cuando pienso que realmente estos tipos tienen algo que decir.

Pedí un botellón de Riesling, escuché a mi vez y, entretanto, le conté en voz baja lo que había ocurrido esa tarde en la Cuesta de los Millonarios de Godesberg.

—De alguna manera —murmuré—, tengo la sensación de haber estado en el cine. Todo era un poquito de brocha gorda.

Me volví a medias y vi cómo en ese momento un viejo amigo, africano, entraba en el local. Di un codazo a Moritz, señalé al trío con la cabeza y dije, en voz muy alta:

— *Ah, there goes my favorite nigger!*

Tres cabezas giraron, los hombros se estremecieron, los rostros se contrajeron con incrédula indignación; tomaron aire, probablemente para lanzar un discurso de principios acerca del racismo y el Tercer Mundo. Entretanto, mi amigo Hussein se volvió hacia mí, sonrió y abrió los brazos:

— *¡Ah — dijo — my favourite imperialist!*

Con esto nos echamos el uno en brazos del otro. Se lo presenté a Moritz, que se tronchaba de risa. Echando una mirada de soslayo a los tres sorprendidos, dije:

— Si no los conoces, no voy a presentártelos. Son unos chovinistas ideológicos, en cuyas cabezas no hay sitio para el humor.

— Ah — dijo Hussein —, típicos cabezas cuadradas, ¿no? Si al menos se hubieran defendido; pero prefirieron hacer sencillamente como si no hubieran oído nada, y se volvieron otra vez a sus vasos y a su cháchara.

Hablamos un poco, de cosas que habían cambiado o seguían igual desde nuestro último encuentro; Hussein vertió un corrosivo sarcasmo acerca de las últimas manifestaciones de un portavoz cristianodemócrata respecto a cuestiones africanas, y observó que cualquier entrevista con un responsable del Ministerio de Exteriores referente a política africana tenía que empezar por una determinada pregunta, que era: “¿Por qué la República Federal de Alemania no tiene una política respecto a África?” Prometió ir a visitarme y se despidió, porque dos conocidos con los que estaba citado acababan de entrar y se habían sentado a una mesa.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—Oh, sí —dijo Moritz, nostálgico y ligeramente achispado—, Bonn tiene la ventaja de que aquí uno pierde las ilusiones antes que en otros lugares, donde no se ve todo el tiempo en la barra a una chusma así.

Lo dijo más que alto; aun así, no hubo ninguna reacción.

Luego, cuando tuvieron bastante, le pidieron al camarero que atendía la barra que pidiera tres coches del Bundestag para los diputados X, Y y Z, pagaron y se fueron.

—Nuestro dinero —dijo Moritz, sombrío y lacrimoso.

Entretanto, habíamos mantenido un pequeño consejo de guerra; yo le había contado que el profesor y la ninfa me habían parecido personajes cinematográficos, el diputado un gángster y todo el ambiente irreal. Le pedí que pulsara sus distintos canales de información para saber algo, al menos, acerca de Morken.

El rió entre dientes.

—Lo haré. De todos modos, mañana estoy citado con un colega de la radio, especialista en cotilleo político. Le he oído un par de historias buenas... —entonces contó una larga historia sobre un diputado cristianodemócrata contra el que, entre bambalinas, se estaba preparando una investigación.

—Creo que lo sabe, pero nadie se lo dice, y naturalmente todo el mundo le dice algo a todos los demás. En Bonn nada ni nadie son intocables, como todo el mundo sabe. Esta favorable circunstancia facilita enormemente la vida y el trabajo, y además es divertido. En este momento, todas las partes intentan disimular todo lo posible. Después de las elecciones habrá una agudizada caza de brujas. Va

a ser sabrosa. Pero de todos modos ya hay bastante en marcha. Por ejemplo...

Entonces me contó la historia de un ilustre personaje del SPD, con un título muy académico, un alto cargo en el partido y un defecto de dicción:

– Me lo encontré hace un tiempo en una fiesta; quería ligar con la anfitriona. Pero no funcionó. Sea como fuere, se quedó allí hasta las cuatro de la mañana, bebiendo en condiciones. Se cogió una buena. Cuando va a irse, alguien le pregunta si necesita un taxi. Y él va y dice: “No, gracias, mi chofer está esperando abajo”. Desde las nueve de la noche. A veces creo que los romanos trataban mejor a sus esclavos que nuestros llamados representantes a los obreros. Pero este vejestorio es un rijoso; echa mano debajo de todas las faldas, y se tira todo lo que no se defiende. Hace poco, en otra fiesta en la que había muy buen ambiente, estuvo bailando con una mujer muy guapa. De pronto, en la pista, todos pudimos verlo, le echa mano a la blusa y dice: “Muy bonitas. ¿Nos vamos luego a mi casa?”. Todos nos quedamos un poco parados; quiero decir, se supone que ese tipo quiere que lo elijan. Pero la chica fue lista. Le echa mano a los pantalones y dice: “Profesor, con esto no me alcanza”. Entonces él se pone furioso y se va corriendo. Todos aplaudimos, muertos de risa.

Apuró pensativo su último trago, eructó y dijo:

– Ves, todos son iguales, ambos lados. ¿Qué vamos a votar? En realidad, el candidato no pone las cosas fáciles ni siquiera en sentido negativo. Emigrar...

Iba a contarme otra cosa importante, pero con el alcohol ya no podía acordarse de qué era. Quedamos en llamar-

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
nos por teléfono a la mañana siguiente, luego Moritz se fue tambaleándose de allí. Me dejó pagar su cuenta, no precisamente pequeña. A cambio, me permití ir en taxi a casa. Por desgracia, no tengo a mi servicio los coches del Bundestag.

Puse fin a ese martes un poco pensativo. Tengo que admitir que empezaba a creer poco a poco en la nariz de Matzbach. Algo olía a podrido pero, por otra parte, todo era demasiado teatral.

7

El miércoles por la mañana me lo pasé pensando, con P mayúscula. Es un procedimiento por el que la mayoría de la gente se decide cuando ya es demasiado tarde. Yo no sabía si quizá era ya demasiado tarde; en cualquier caso, me esforcé en elaborar las impresiones del día anterior. Me daban qué pensar los comportamientos, bastante excéntricos, y el emparentamiento general, las distintas reacciones a preguntas y palabras clave, además de mi no demasiado amplio conocimiento de las consideraciones de Baltasar al elaborar el cuestionario.

Por la tarde, intenté inútilmente varias veces localizar a Moritz, que quería contarme algo urgente. Al sexto intento abandoné y me puse en camino. Fui a Bonn en el legendario Metro (superficial), caminé hasta mi coche, que había preferido dejar aparcado la noche anterior, tiré a la papelera el autógrafo del coleccionista de infractores que rampaba sobre el parabrisas y conduje de vuelta a Godesberg.

Poco antes de las cuatro volvía a llamar a la puerta de los Morken. La señora Morken me abrió y sonrió casi con amabilidad.

—Disculpe que vuelva a molestarla, señora —dije—, pero creo que ayer me olvidé algo en su casa.

Ella asintió:

—¡Un momento, por favor! —sólo tardó unos segundos en regresar con mi utensilio de escritura. Aquí tiene. ¿Va usted avanzando?

—Sí. Ya sabe lo mucho que se tarda en rellenar un juego de preguntas, pero estoy avanzando muy bien —titubeé: luego dije—: Por desgracia, no todos los candidatos son tan cooperativos como usted y su familia.

Ella frunció el ceño y miró hacia la derecha.

—Exacto —dije, y señalé la casa vecina con una inclinación de la cabeza. —Por desgracia, su padre no me ha permitido entrevistar a su madre y a la señora Weber.

—Lo siento —dijo, y la creí. —Mi padre no es especialmente... bueno, es más fácil convivir con otras personas que con él. Ojalá no tenga usted problemas con los otros... ¿o terminó ya ayer por la noche?

—No, por desgracia aún no. En cualquier caso, le agradezco de nuevo su amabilidad.

Ella sonrió.

—Oh, por favor. Le deseo que no tenga más problemas.

Esta vez tomé el camino de la derecha y fui hasta el final. La tercera casa de esa fila pertenecía al peletero Grosseck. Al contrario que el resto de los vecinos, los Grosseck habían dividido el primer piso y convertido la mitad en una vivienda de alquiler, en la que desde hacía algún tiempo vivía el agredido Hartmut Burger.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Encontré dos timbres en la puerta, y llamé primero a casa de los Grossek. Aún era temprano, pero la hija estaba en casa. “La siguiente rubia”, pensé, “y el día aún es tan largo”.

Barbara Grossek, 21 años, estudiaba Administración de Empresas y pensaba hacerse cargo algún día del gran negocio de sus padres, junto con las sucursales ya existentes y las que aún se iban a fundar.

Era un poco más alta y más fuerte que las otras rubias de los alrededores; además, me pareció más inteligente que, al menos, alguna de las otras.

Me pidió que pasara a la terraza e hizo café; luego, pasamos al interrogatorio. No pude distinguir ninguna reacción especial a ninguna pregunta; que Baltasar evaluara en persona si quizá había reaccionado a alguna de las frases al dictado. Poco después de las cinco y media habíamos terminado.

Me recliné en el cómodo sillón de mimbre:

—Qué bonito es esto — dije.

Desde ese rincón, el parque aún parecía mejor que desde los otros desde los que lo había visto el día anterior.

Ella asintió y miró hacia las casas que se vislumbraban por entre la hojarasca de los árboles:

—Sí — dijo —, sobre todo, no hay que ver todo el tiempo a los vecinos.

Sonreí.

—Suenan como si eso le alegrara mucho.

—Tómelo como quiera.

—Todos me parecieron muy amables, salvo... —hice una pequeña pausa.

Ella me miró, penetrante:

— ¿Salvo quién?

Luego volvió a apartar la vista; no pude ver muy bien en qué dirección miraba, pero creo que hacia la casa de los Kleinsiepe, o sea, del ausente señor Pistorius.

— Bueno — dijo, cautelosa —, la tontita de ahí enfrente exagera un poco — creo que a eso se le llama agitar las ramas.

Barbara Grossek torció el gesto.

— Un poco está bien — murmuró.

Antes de que pudiera pasar del humor locuaz a otro, añadí:

— Eso puede ser bastante irritante...

Ella se mordió el labio inferior:

— Me resulta usted casi simpático — dijo. — La mayoría de los hombres se rinden enseguida a esa ninfómana.

Con la sutileza que a veces me es propia, observé que dentro de ella bajaba una cortinilla, y cambié de tema.

— El profesor también es una persona curiosa.

Me lanzó una ambigua mirada de soslayo.

— ¿Qué quiere decir con eso?

— Bueno — dije, relajado —, no quiero hablar mal de sus vecinos...

— ¡Oh no se preocupe, estamos en confianza!

Acepté el reto y le hablé cautelosamente de mi visita a la casa de los Ahrenborn.

Ella torció el gesto y asintió con vehemencia:

— Es un tipo absolutamente repugnante. No creo que su mujer se haya reído una sola vez en todo su matrimonio. Probablemente sus hijos tampoco.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

La miré sorprendido.

— ¿Hijos? Creía que la señora Morken era hija única...

— Según se mire. El señor diputado es hijo adoptivo. No sé como, pero de alguna manera sus padres murieron en la última fase de la guerra, y los Ahrenborn lo criaron.

Silbé ligeramente

— ¿Entonces los Morken son hermanos adoptivos? Eso casi se podría calificar de incesto adoptivo.

Ella rió, y me miró casi con atención:

— Oiga ¿cómo ha ido usted a parar a este tonto oficio de encuestador? Da la impresión de que tiene más cosas en la cabeza de las que se necesitan para eso.

Una chica segura de sí misma, pensé; entonces decidí asumir un riesgo no completamente calculado:

— Bah — dije, despreciativo —, de algo hay que vivir — después de una pequeña pausa de efecto, añadí —: Estudié idiomas, y siempre he querido escribir la gran novela; pero hasta ahora sólo he conseguido publicar un par de policiacas con pseudónimo. Ya sabe, de quiosco. Entretanto hay que pensar en las lentejas...

Ella arrugó la nariz.

— ¿Qué mierda, no? — dijo abiertamente.

Con esto pasó del lenguaje de la hija del comerciante al de las policiacas están bien. Oye, cuando hayas terminado con las entrevistas...

Entonces se dio cuenta de lo que había hecho, y se interrumpió:

— Perdón. Se me ha escapado.

Yo asentí:

— Puede pasar, pero no importa. No hace tanto tiempo que salí de la Universidad.

—*Okay* Bueno, pues cuando hayas terminado aquí... no, te lo aire otra manera. Tú que ya has escrito novelas policiacas, si alguien te cuenta una historia enmarañada que quizá tenga algo de policiaco, ¿andarías a hacer algo con ella? ¿Quiero decir, no a escribir algo, sino quizá a averiguar, con un poquito de imaginación, lo que podría haber detrás de algunos detalles extraños?

Hice como si tuviera que pensarlo.

—Puede ser. Quiero decir, depende, por supuesto. Bueno no, me gustaría intentarlo en cualquier caso. Quizá de hecho salga una policiaca razonable, y no algo traído por los pelos. ¿De qué se trata?

De pronto volvía a cerrarse sobre sí misma:

—Oh —murmuró—, creo que sencillamente soy demasiado confiada. Al fin y al cabo, no te conozco en absoluto.

La miré de soslayo, carraspeé y dije a media voz:

Eso podríamos cambiarlo...

Ella me contempló, inquisitiva, mientras se frotaba la bien formada nariz. De pronto, sonrió:

—¿Por qué no? —me miró de arriba abajo, pero no resultó desagradable. Pero no te pongas un traje tan ridículo cuando...

—Bah —dije—, tengo que ponérmelo para el trabajo. Prometo solemnemente llevar unos vaqueros viejos para nuestra primera cita.

Ella asintió:

—Hoy aún tendrás que hacer unas cuantas entrevistas, ¿no?

—Mmm. ¿Cuándo vienen tus padres?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Generalmente, hacia las siete.

— ¿Y el inquilino? Cómo se llamaba...

— Ah — dijo ella —, el bello Hartmut. Está en casa. Está más o menos enfermo. No sé lo que le pasa, sea como fuere hace mucho que no va a trabajar y ha dejado de bajar al jardín — sonó despreciativo, quizá también un poco amargo.

— Bueno — dije —, entonces probaré suerte con él, y luego aquí al lado. Para tus padres volveré más tarde... ¿Cómo es que vives con ellos?

— ¿Por qué no? Aquí puedo hacer y deshacer como quiera, y nadie me pone normas.

— ¿Y qué historia policiaca es esa que querías contarme?

— Bueno, aquí, alrededor. Algo aquí está podrido, y hace bastante tiempo. Pero ahora eso nos llevaría demasiado lejos... Ven, te llevaré a casa del bello Hartmut.

Entramos en la casa. Por detrás, vi los cabellos, la escueta camiseta blanca, los escuetos vaqueros blancos, y disfruté de su geometría.

— Oye — dije cuando llegamos al vestíbulo —, ¿cuándo nos vemos?

Ella se detuvo y reflexionó:

— Espera... mañana es jueves, no puedo. El viernes, sí; el viernes puede ser. ¿El viernes por la noche?

— Perfecto. ¿Digamos hacia las ocho?

— Okay, ¿dónde?

Acordamos un restaurante como punto de encuentro.

Al llegar al piso de arriba, ella llamó a una puerta de separación y gritó:

— ¡Hartmut! ¡Visita de la Oficina Federal de Estadística!

Luego me guiñó un ojo y volvió abajo.

El hombre del Ministerio de Exteriores llevaba una camisa de franela, vaqueros con marcas de planchado y sandalias. Unos centímetros más alto que yo, esbelto, pelo castaño oscuro, tipo Latin Lover, un pesado anillo de sello en uno de sus dedos de cuidada manicura. Daba una impresión un tanto nerviosa, y se mantenía antinaturalmente erguido. Dije mis frases, le recordé que le habían llamado la semana anterior, y me pidió que entrara en su piso.

En el salón me instó a tomar asiento, me pidió algo de beber y se disculpó con extrema corrección cuando fue a la cocina por bebidas.

A pesar del calor reinante, la ventana estaba cerrada; un suave aroma de flores en la sala indicaba que había estado abierta. Con una rápida mirada, constaté que la ventana sólo estaba un poco a la izquierda de la terraza en la que Barbara Grosseck y yo habíamos estado sentados hasta hacía un momento.

Regresó de la cocina. Con la mano derecha, sostenía en esforzado equilibrio una bandeja con dos copas, una cubitera con hielo, una botella de agua mineral y una de zumo de frutas. Me puse en pie de un salto para ayudarle; sin querer, por supuesto, toqué un momento su hombro izquierdo. Gimió ligeramente.

— Lo siento — dije. — ¿Le he hecho daño?

Hizo un gesto negativo y miró cómo dejaba la bandeja en la mesa.

— No es nada importante — dijo. Luego, a modo de explicación—: Hace un tiempo me caí torpemente por las escaleras, y me rompí la clavícula.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Oh, lo siento mucho. Sé lo que es eso, es espantoso. A mí también me pasó una vez. Pasó un tiempo antes de que pudiera volver a moverme bien. ¿Hace mucho que le ocurrió?

— Un par de semanas — dijo. — Luego se sentó. ¡Bueno, dispárese!

Durante los minutos siguientes me enteré de que tenía 34 años, así como de detalles acerca de su formación, sus estudios de Derecho, su enrolamiento para el sublime servicio a la patria en el Ministerio de Exteriores, su estancia en un país andino y unas cuantas cosas más.

Respondió las preguntas de manera rápida y fluida; sin embargo, de vez en cuando parecía disperso y falto de concentración. Cuando llegamos a la parte del dictado, de pronto oímos una llave en su cerradura. Vi que apretaba los labios. Luego se oyeron pasitos, un alegre “Hola, cariño”, y la señora Kleinsiepe entró en la habitación.

Naturalmente, nos levantamos; los caballeros saben lo que corresponde hacer ante una dama. Ella pareció ligeramente sorprendida.

— Ah, el amable señor encuestador — dijo entonces. — Seguro que molesto. Volveré luego. Chaaaoo.

Flush, ya no estaba. Volvimos a sentarnos. Burger evitó mirarme y se limitó a decir:

— ¿Dónde nos habíamos quedado?

A las cinco y media llamé a la casa de en medio, habitada por el político municipal y miembro del Ayuntamiento de Bonn Werner Treysa y su familia. Para mi espanto, otro ser rubio abrió el portal. Dije mi frasecita y me pidieron que pasara al salón.

— Estoy sola en casa — dijo ella. Se trataba de la hija, Ulrike, rubia, esbelta, con ropa de tenis y descalza, 19 años. Naturalmente, en estos momentos mi padre está de campaña electoral; está de viaje con un par de capitostes del partido a nivel federal, estrechando patas. Mi madre le ayuda en eso, y mi hermana se fue la semana pasada al Mar del Norte con una amiga.

— Bueno — dije —, naturalmente, es una pena. Tengo que rellenar todo el cuestionario...

Ella miró los papeles, que yo ya había dejado en la mesita junto al sofá.

— Hum — dijo —, bueno, a mí puede encuestarme tranquilamente. Con los otros va a ser difícil.

— ¿Cuándo estarán de vuelta? Ella reflexionó.

— Inge regresa, creo, a finales de la semana que viene. ¿Mis padres? Aparecen de noche periódicamente para desaparecer por la mañana temprano... ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Pedí café, y desapareció en la cocina. Como los otros chalets, también este modesto domicilio era enorme; la decoración interior era comparativamente de clase media, aunque ni con mucho tan parca como la de casa del profesor. Sólido lujo sin extravagancias, en las paredes grabados de maestros antiguos, de buen gusto, pero sin duda al alcance de todos los bolsillos. El sillón en el que yo estaba medio tirado era muy cómodo, pero tampoco ni especialmente nuevo ni especialmente caro. En conjunto, el salón ofrecía una impresión más bien cómoda y razonable.

También la entrevista resultó cómoda y razonable. Ulrike Treysa acababa de terminar el bachillerato, y en otoño iba a empezar estudios de Teología Evangélica en Bonn.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— ¿Es usted religiosa?

— Noo, pero todo lo que me interesa está saturado, Numerus clausus. Ya sabe; quizá al final hasta me guste, o lo haga hasta que quede libre una plaza en otro sitio.

Por lo demás, fue sincera, natural y un tanto confiada. (Quizá sea por mí, ¿quién sabe? Baltasar afirma que mis ojos de perrillo faldero hacen imposible a cualquier abuela disfrazada no entregarme un perrillo faldero, o su confianza). Al preguntar por la infracción de las buenas costumbres, por ejemplo por un mirón, rió entre dientes.

— Es curioso que pregunte precisamente por eso.

— ¿Por qué?

Se reclinó y miró hacia el jardín por la ventana:

— Bueno, hace unas semanas hubo uno de esos mirones rondando por aquí durante la noche. Creo que ya era mayorcito.

Me esforcé porque no se me notara nada, y sonreí:

— Apenas hay un rincón donde merezca más la pena que aquí.

Ella me miró sin comprender.

— Quiero decir que en todas las casas hay jóvenes guapas y rubias; seguro que eso es más divertido que la ventana de una residencia de ancianos.

— Creo que en principio tiene razón, pero parece ser que ese hombre tenía otras preferencias.

— ¿Ah, sí? Quiero decir, ¿qué preferencias, y cómo puede estar tan segura?

Volvió a reír entre dientes:

— Oh, sabe — dijo, ruborizándose un poco —, si no se lo cuenta a nadie...

Le prometí por lo más sagrado callar como una tumba. Estaba claro que había visto algo y se daba importancia, pero según las normas de la casa no podía contarle. Por lo menos, así me sonó la introducción.

– Mi hermana – dijo – tiene un amigo. No sé de dónde lo ha sacado. A veces a Inge le dan esos ataques. Sea como fuere, el tipo es uno de esos asquerosos culturistas, ya sabe, músculos increíbles, siempre la misma sonrisa estúpida, enormemente amable y absolutamente subnormal. Pero Inge dice que está muy bueno. Bueno, pues esa noche no había nadie aquí, y entonces aparece el musculitos. Inge quiso darme una entrada para el cine, yo la acepté e hice como si me fuera. Di un pequeño paseo por los alrededores, y... ¿Está seguro de que no voy a impresionarle? Quiero decir, nosotras somos chicas modernas y hablamos de todo, pero no sé, usted ya es un poco mayor...

La ingenuidad y el dudoso cumplido hicieron que me atragantara con el café. Después de unas cuántas toses, dije:

– Bueno, no se preocupe, tampoco soy tan viejo.

Ella asintió con seriedad y siguió contando:

– Bueno, en cualquier caso di la vuelta a la casa y me escurrí al jardín, en silencio y siempre detrás de los arbustos, por si acaso. Quería ver hasta qué punto estaba bueno... las ventanas de Inge estaban cerradas, pero tenía la luz encendida. Así que trepé hasta ese prado de ahí detrás, con unos prismáticos. Fui muy silenciosa, por si acaso. Casualmente, en ese momento pasaron dos helicópteros haciendo mucho ruido. Bueno, así que eché un vistazo. Y entonces ocurrió. De pronto oí crujir algo, me di la vuelta

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
muy cuidadosamente, y vi a ese tipo subido a un roble. Es decir, ya estaba bastante oscuro, naturalmente sólo vi la silueta. Era como si estuviera mirando en otra dirección. Observé con cuidado todas las ventanas iluminadas. Le aseguro que nunca me había dado cuenta de lo que ocurre aquí cuando cae la noche. Una de las Morken —no sé si era Inés o Iris, estaba demasiado lejos— tenía a un hombre en casa. Los Kleinsiepe también estaban allí, y los Pallenberg, y todos con la luz encendida. Pero el tipo miraba claramente a otro sitio, a casa de los Ahrenborn. El profesor estaba de pie, su mujer sentada, llorando, y al parecer él estaba echándole una bronca terrible, yo sólo podía ver que su boca se abría y se cerraba sin parar, y unos movimientos de la mano cortantes, duros, gesticulación, y de vez en cuando se llevaba a la mano a la oreja, que es algo que hace cuando está nervioso o excitado. Donde miraras era un *show* en vivo, y ese tipo subido en el árbol mirando discutir a los Ahrenborn.

Hizo una pausa y movió la cabeza, como si aún no pudiera entenderlo.

— Bueno, tosí bajito. Entonces él dio un respingo terrible, se volvió, me vio, probablemente tampoco viera más que la silueta, y zas, se bajó del árbol, cruzó el jardín y desapareció detrás de casa de los Kleinsiepe, entre los arbustos — volvió a reír.

Yo moví la cabeza, sonriendo, y dije con voz cargada de reproche:

— ¡Bueno, si hay un *voyeur* aquí es usted!

Ella arrugó la nariz y me miró a los ojos:

— Tch, tch — chistó — ¿cómo que *voyeur*?

Yo sólo quería ver cómo le iba a mi hermana. Y como es mi propia hermana puedo hacerlo, ¿no?

No quise objetar nada a esa lógica. Así que me limité a decir:

— ¿Y cómo sabe que el hombre era viejo?

— Naturalmente le miré mientras se iba, con los prismáticos, y tuvo que pasar bajo un par de ventanas iluminada.

Pensé en la misión informativa de Baltasar y seguí preguntando:

— ¿Gordo o flaco?

— Flaco, ¿por qué lo pregunta?

— Bueno, me ha interesado. Conozco a uno que hace esas cosas, pero es gordo.

Ella rió:

— No, bueno, gordo no era.... De todos modos, alguien tiene que haberlo visto en la calle, arriba. Porque unos días después estuvo aquí un tipo de la prensa. Contó que alguien, naturalmente no podía dar nombres, había puesto una denuncia, él se había enterado y quería saber si nos habían molestado mucho. Pero en ese momento estaban en casa mis padres e Inge, y como es lógico no pude contar nada.

— Bueno —dije—, está claro que vive usted en una vecindad alegre y activa.

— Puede decirse así. La mayoría son muy buena onda, salvo un par de ellos.

Tuve la sensación de haber topado con una fuente utilizable, así que arriesgué con más preguntas:

— Me lo imagino —dije, como pensativo. Fue muy desagradable entrevistar al profesor de ahí enfrente. Ni

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
siquiera pude hablar con su mujer, ni tampoco con la doncella.

Ella sacudió la cabeza, pero puso un rostro comprensivo.

—Le creo. La señora Ahrenborn es una pobre mujer. Apenas se atreve a salir al jardín, nunca va a la ciudad. Y tampoco es posible decirle más que buenos días. Enseguida desaparece. Pobre mujer. Además, creo que está bastante enferma.

Me pidió un cigarrillo.

—La doncella es muy simpática, al contrario que su hermana. Ésta es más cachonda que un conejo. Y el señor Kleinsiepe es bastante celoso. Algún día la matará, creo yo, o a uno de sus muchos sementales. Hace poco, unas dos semanas, se oyó un tiro, por la tarde. Yo pensé: ya se la ha cargado, pero sólo era que la ventana grande de los Kleinsiepe se había roto. Por lo demás, todos son llevaderos. Los Morken, por ejemplo, salvo el padre. Mi padre no se lleva bien con él, está claro, es del otro partido. Además, es bastante asqueroso. Los Grossek son tranquilos y amables, y los Pallenberg aquí al lado, él y su compañera, bueno, él es un viejo amigo de mis viejos. Si no fuera por Morken y Ahrenborn, y la chulapa esa de Kleinsiepe, esto sería muy agradable. El viejo Pistorius es estupendo. No lo conoce usted, ¿verdad? Está de viaje. Un anciano amable, tranquilo, y un verdadero abuelo cariñoso. Hace un par de semanas estuvo a punto de echar a los Kleinsiepe, porque están todo el tiempo haciendo teatro a causa de ella. Entonces pasó algo con Morken y Ahrenborn, sea como fuere los dos mantuvieron una especie de conferencia con la señora Kleinsiepe y

Pistorius. Poco después él se fue de vacaciones. Habrá que ver qué pasa cuando vuelva.

Tenía ante mí la encarnación de las revistas de cotilleos. Hablaba y hablaba; me enteré de mil cosas acerca de gente a la que no conocía y de la que nunca había oído hablar. Entretanto, traté cautelosamente de volver con un par de preguntas a aquellos seis chalets, pero no le saqué nada más.

Cuando por fin hubimos completado el cuestionario y me despedí dándole las gracias eran ya poco más de las siete. Tras echar un vistazo a mi reloj, le pedí permiso para hacer una llamada local. Me coloqué, sabiamente, ante el teléfono, de forma que la pequeña cotilla no pudiera ver qué número marcaba. Además, evité mencionar mi nombre o el de Ariane Binder, a la que me limité a comunicar brevemente que llegaría un poco más tarde.

Hacia las siete y cuarto, llamé a la puerta de los Pallenberg. Allí todo fue muy deprisa. Karl Pallenberg, 49 años, empresario de la construcción, era un hombre macizo, cuyas manos mostraban que aún intervenía directamente en el trabajo, aunque entretanto daba empleo a más de cien personas. Había construido esas seis casas hacía unos veinte años. Por desgracia, las preguntas sobre las viejas relaciones con los vecinos no formaban parte del catálogo. Se había casado dos veces, y en ambas ocasiones se había divorciado con éxito; las dos mujeres habían vuelto a casarse, sólo había habido hijos en el primer matrimonio, y entretanto eran lo bastante mayores como para no tener que seguir pasándoles la pensión alimentaria. Sano desde el punto de vista financiero, físico e intelectual, fue mi impresión, y, sobre todo, completamente normal.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Convivía desde hacía algún tiempo con su antigua colaboradora Gudrun Lorenz. Una mujer robusta, exuberante y rubia, alegre, de dientes blancos como la nieve, 34 años de edad; había llevado durante un breve periodo la contabilidad de la empresa de Pallenberg, y seguía revisando todas las liquidaciones importantes; tres veces por semana pasaba la mañana en el despacho de él. También ella estaba divorciada. Comparados con alguno de los retorcidos universitarios con los que había tenido que ver durante los dos días anteriores, los dos me parecieron extraordinariamente simpáticos, normales, activos, ni quejicas ni extravagantes. Rellenaron muy rápido los cuestionarios, y entretanto me pusieron un plato con lonchitas de embutido, y cuando me fui, hacia las ocho y media, les di las gracias de todo corazón, y además con sinceridad.

Cuando volví a encontrarme ante la puerta de la casa de los Grosseck, esperando encontrar a los padres en casa, hallé una nota prendida en el picaporte. La caligrafía me resultó conocida, hasta que de repente me llamé a mí mismo necio en silencio: era la letra de Barbara Grosseck, la que había tomado al dictado esa tarde. La nota era breve y lacónica: Nos hemos ido todos, abono en el teatro. Hasta el viernes. B.G.

Subí a mi coche con un suspiro, y me pregunté seriamente si debía sacrificar una tercera tarde para rellenar los malditos pliegos de Baltasar.

Poco antes de las nueve, encontré en Plittersdorf un aparcamiento casi exactamente delante de la casa en la que

vivía Ariane Binder. Tenía un piso de alquiler muy bien distribuido, pero no demasiado grande, en la planta baja de la casa, que había sido construida en torno al cambio de siglo y tenía altos techos de los que, hacía años, algún criminal había arrancado el estuco porque seguramente le había parecido poco moderno.

Su rubio estaba ya entreverado de algunos hilos de plata que consideraba superfluo teñir. Dirigía la oficina de prensa en Bonn de una importante confederación económica, algo inusual para una mujer en esos círculos controlados por los hombres, e hice una observación consiguientemente respetuosa al respecto.

—Sólo los peces muertos nadan con la corriente —sonrió.

—Mao Zedong —dije.

La sonrisa le sentaba bien, y las arruguitas de su rostro me parecieron bellas. Me pareció que su rostro tenía casi un corte clásico y era muy expresivo: cejas ligeramente curvas, frente alta, ojos verdes, nariz recta, labios llenos y de pronunciado dibujo y una mandíbula fuerte, pero no agresiva... me decidí a lanzar un piropo.

—Estoy algo indeciso, *Madame* —dije.

—¿En qué sentido? —encendió un fino cigarrillo negro. Iba bien con sus dedos esbeltos y sin adornos.

—Bueno, veo con sorpresa, perdón, que Baltasar tiene un gusto exquisito. Sin embargo, como es una criatura repugnante, el cumplido se vuelve contra usted.

Ella rió y probó si el té estaba lo bastante fuerte:

—Deduzco de su manifestación que Baltasar y usted son buenos amigos. Antes de desaparecer, dijo que un tipo en-

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
clenque con el ombligo hinchado vendría y babearía in-
vectivas en contra suya. Podría reconocerle a usted en ese
retrato.

Me di unas palmaditas en mi modesta barriga.

— ¿Ombligo hinchado? Bueno... Disculpe mi curiosidad,
pero me gustaría preguntarle cómo llegó Baltasar a
dar con usted y qué tiene que ver con su investigación
criminal. Le entendí que usted estaba informada y que
debía mantenerla al corriente.

Ella asintió y se apartó mecánicamente de la frente un
mechón de pelo.

— En principio, es muy sencillo. Cuando su común
amigo Moritz hizo su supuesta investigación sobre ese
voyeur, mi hija estaba visitando a los Morken. Es amiga
de Iris, la menor de sus dos hijas. Están en la misma clase.
Al parecer, su amigo estuvo primero en casa de todos los
demás y al final en la de los Morken, a la hora en que
Evelyn, mi hija, iba a irse a casa. Le preguntó si podía
traerla, y así lo hizo.

Sirvió el té en dos tacitas finísimas y me ofreció azúcar
y crema.

— Por el camino, mi hija — que no es tonta —, averiguó
mediante hábiles preguntas que no se trataba de un
artículo. Y me trajo al señor Von Morungen.

— No le llame señor Von Morungen — pedí —, no le
reconozco. Ella pasó por alto el comentario.

— Me lo trajo por varias razones. Evelyn tuvo hace unas
semanas la impresión de que en la casa de los Morken
algo no iba como debía ir. Como conozco desde hace
mucho tiempo a la señora Morken, le conté a mi hija unas

cuántas cosas sobre la familia que yo sé y que no hay que contar cuando la hija interesada aún es pequeña. Evelyn es una entusiasta lectora de novelas policiacas, y cuando el señor Von Morungen se explayó enseguida ideó una terrible historia que podía haber ocurrido.

— Ah — dije yo. — ¡Moritz, ese crótalo croador! Por eso no me contó nada; seguro que se avergonzaba.

— Bien puede ser. En cualquier caso, Evelyn se lo trajo a casa, y ya que de todos modos había cometido un error, me contó toda la historia del cepillo de dientes y el hombrecillo gris.

Se reclinó en su asiento y sonrió, traviesa:

— La historia me pareció irresistible; creo que me reí muchísimo. Entonces, el señor Von Morungen quiso que le prometiera, por así decirlo entre colegas de la prensa, que no diría nada. Se sintió muy aliviado cuando le dije que estaba dispuesta, pero sólo con una condición.

— ¿Qué condición?

— Oh, sabe, estos tiempos son tan grises y mecánicos que alguien con imaginación es alguien realmente refrescante. Le dije que guardaría silencio si me presentaba al inventor del complot de los cepillos de dientes. Entonces llamó a Baltasar y le dijo que tenía informaciones muy importantes que darle, y que tenía que acudir enseguida. Al cabo de media hora el señor Matzbach se presentó aquí, y Moritz se largó a toda prisa. Estuvimos aquí, con Evelyn, comiendo y charlando hasta la madrugada. Y quedamos para la noche del viernes pasado — lanzó una larga bocanada de humo al alto techo. Un hombre notable — dijo. ¿Le conoce desde hace mucho?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Alrededor de siete años.

— Realmente notable. Siempre pensé que su especie se había extinguido. Quizá me equivoque, pero eso ya lo veremos. Sea como fuere, ahora, pasado este corto período de tiempo, tengo la sensación de que encarna mucho de lo que a esta época le falta.

— Sí — dije —, tiene todos los vicios que fueron prohibidos a más tardar en la Baja Edad Media.

— Sea serio. Sabe tanto, no piensa en clichés, no encaja dentro de ningún esquema. Además es un hombre tierno, y quiere a sus amigos.

De pronto, miró por la ventana. Comprendí que la sinceridad la incomodaba, y que algo la había desbordado. A media voz, dije:

— Sé que respecto a sus amigos... ¿cómo dijo usted? Al menos a mí me pega a menudo.

Ella sonrió y volvió a mirarme.

— Tiene usted tacto — dije, a medias sorprendida. Gracias. Sea como fuere, cuando entra llena enseguida el espacio.

— No es sorprendente, con tanta grasa.

— Tonterías. Quiero decir, también... cómo decirlo... ¿interiormente? Sólo se puede hacer una cosa: aceptarlo; yo lo estoy intentando. O defenderse con sarcasmos, como usted.

Me levanté, rodeé la mesa, le cogí la mano, le besé las puntas de los dedos, retrocedí y volví a sentarme.

Ella me miró sorprendida.

Abrí los brazos:

— *Madame* — dije —, ¿cómo no voy a querer a una hermosa mujer que habla bien de mi amigo Baltasar?

Ella iba a decir algo, pero se lo tragó y se inclinó hacia delante:

— Bueno — dijo, dando una palmada en la mesa. — Dejémonos de tonterías y vayamos al grano.

Luego escuché una historia que ella ya había contado a Baltasar. Había ido al colegio con Eva Morken, que entonces aún se apellidaba Ahrenborn. Las dos chicas se habían hecho amigas. Había estado de vez en cuando en casa de los Ahrenborn.

— Pero a disgusto. Entonces aún vivían en Bonn. La casa de Godesberg la construyeron hacia mil novecientos sesenta, ya no lo sé con exactitud. Nunca me sentí a gusto con ellos. En su casa, Eva era totalmente distinta que en la mía o cuando habíamos hecho algo juntas. Había como una sombra gigantesca y tenebrosa.

La sombra era el padre, el profesor Arno Ahrenborn. Consideraba a la madre de Eva como una propiedad, que no podía tener ideas propias ni sentimientos propios.

— No sé cómo empezó aquello. Creo que la señora Ahrenborn es seis años más joven que él. Así que hoy tendrá unos cincuenta y siete. Es decir, que nació alrededor del veintitrés. Hasta donde yo sé, los Ahrenborn se casaron en la primavera del cuarenta y uno, y Eva vino al mundo en julio. Usted mismo puede hacer la cuenta. La señora Ahrenborn tenía diecisiete años, él veintitrés, cuando aquello ocurrió, y eso en mil novecientos cuarenta, en un pueblucho cerca de Eger. Creo que él era una especie de pequeño genio, hizo la reválida a los diecisiete — saltándose un curso —, y en mil novecientos

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
cuarenta, con veintitrés recién cumplidos hizo el examen de fin de carrera en Medicina. Puede que entonces fuera a parar a aquel pequeño hospital provincial, cerca de Eger.

Lo que sabía lo sabía por Eva, que a su vez no sabía más que lo que su madre le había contado a escondidas. Del padre no se podía sacar nada. Era duro y frío.

—Más tarde, la señora Ahrenborn prácticamente dejó de hablar y se retiró por completo dentro de sí misma. Creo que hace muchos años que ésta en un estado que sólo puede calificarse como de seria enfermedad. Naturalmente, nadie puede hacer nada porque, como todas las buenas gentes de esta clase, el señor profesor cuenta con sus valoradísimos colegas, que en todo momento suscribirán a ciegas que a su esposa no le pasa nada y que, incluso si la hija se atreve a presentar una denuncia o algo parecido, dirán que sin duda sufre de alucinaciones. Además, Eva no puede hacer nada.

Entonces llegó la segunda fase del terror. Eva se acordaba oscuramente de sus primeros años; de alguna manera, como suele pasar entre los niños, los primeros recuerdos se difuminaban. Podía decir con exactitud que había una gran casa en un bosque, y en la casa trabajaba su padre, y en algún momento todo ardió y huyeron, pero no podía explicar con exactitud a qué intervalos ocurrió todo eso. La fuga tiene que haber tenido lugar a principios de 1945, hacía frío y todo estaba nevado. En las cercanías siempre había habido un joven, Emil, al que Eva encontraba repulsivo.

—No sabe exactamente cuándo se enteró de que el padre de Emil era celador de aquel hospital. Al parecer, Emil no era especialmente sensible. Parece ser que de vez en cuando salía de caza con su padre y Ahrenborn, al que llamaba tío Arno. Él mismo se lo contó más adelante, y también que desde pequeño le dejaban disparar y tenía permiso para manejar un arma. Sea como fuere, el primer recuerdo que Eva tiene de él es que asó vivo a un gusano delante de ella y que hinchaba ranas con una pajita hasta que reventaban. Obligó a Eva a comerse el gusano; Emil le tapó la nariz hasta que ella abrió la boca para coger aire. Nunca supo qué relación guardaba todo aquello, pero de pronto, durante la fuga, Emil estaba con ellos; al parecer, sus padres habían muerto. Más tarde los Ahrenborn adoptaron oficialmente a Emil. Eva siempre odió a su hermano adoptivo; tiene que haberla maltratado a menudo, porque era un pequeño sádico. Más tarde, estudió Derecho. Cuando yo hice amistad con Eva, raras veces estaba en la casa. Sin duda no tenía un sitio propio en Bonn y vivía en casa, pero siempre llegaba muy tarde y se iba muy temprano, porque no quería tener mucho trato con su padre adoptivo.

Hizo una pequeña pausa y volvió a servir té.

—Eva y yo hicimos juntas la reválida en mil novecientos cincuenta y nueve, en Bonn. Aún recuerdo lo contenta que estaba. Al fin voy a salir de la cárcel, dijo, no sé cuántas veces. El día siguiente a la reválida íbamos a hacer una excursión juntas, pero no acudió. No conseguí localizarla. Además, yo misma tenía bastantes problemas. En mi casa las cosas iban sólo un poco mejor. Después de la reválida,

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
recogí mis cosas y me fui. Entonces aún era más difícil que unos pocos años después, pero quizá más fácil que hoy, al menos en lo que al trabajo se refiere. Yo había aprendido mecanografía y estenografía e, incluso antes de la reválida, había intentado encontrar un puesto de secretaria. Quería trabajar dos o tres años y ahorrar para poder estudiar más tarde —calló, pensativa, y yo traté de imaginarme el esfuerzo y la angustia que aquello tenía que haber sido para una mujer de diecinueve años en 1959.

—No quería volver a saber nada de mi gente, y de hecho nunca volví a verlos. Ya antes —me habían ayudado unas cuántas amigas con sus ahorros, entre ellas Eva— había alquilado un diminuto cuarto amueblado. Eva sabía dónde podía encontrarme. Más o menos una semana después se presentó allí. Estaba totalmente destrozada. Pasó un tiempo antes de que pudiera hablar. Entonces me contó su terrible historia.

Al día siguiente de la reválida, su padre la había llamado a su despacho. En presencia de su madre, silenciosa, bañada en lágrimas le explicó que tenía que casarse, de manera inmediata, con su desagradable hermano adoptivo Emil. Al principio, ella se había quedado como aturdida. Luego se negó, dijo que quería estudiar, que para eso había hecho la reválida, y que además era demasiado joven y Emil le resultaba repugnante. Ahrenborn la dejó hablar tranquilamente, sin perder su frialdad. Era cosa hecha, dijo, y ella aún no había cumplido los 21 de manera que era menor de edad. Naturalmente, podía irse enseguida de la casa... sin un céntimo. Era un hombre influyente, con muchos contactos y sabría impedir

cualquier cosa que ella intentase. Además, le amenazó con que la vida de su madre —a la que ella amaba— sería un infierno.

—Por desgracia, Eva no era —no es— tan fuerte como yo. No quiero ensalzarme con eso, no me malinterprete. Quizá en su situación yo no habría sabido hacer otra cosa. Sea como fuere, no sólo se trataba de la total e irrevocable expulsión sin un céntimo. Estaba la amenaza contra su desvalida madre, y sobre todo, Eva siempre había estado a la sombra de su padre. Desde pequeña, se le había hecho sistemáticamente imposible desarrollar una voluntad contraria a la suya. Y, naturalmente, él era astuto. Un año después, después de que ella se hubiera asomado a la Universidad, quizá a la vida, y hubiera conocido a otras personas, probablemente ya no habría podido... sí, aplastarla de ese modo. Por la noche, tuvo lugar la conversación con Emil.

A Emil le faltaba medio un año para su examen de fin de carrera en Derecho. Eva sólo sabía que también a él se le había amenazado con privarle de forma inmediata de todo recurso. Y tenía que haber algo más con lo que presionarle, pero ella nunca supo con exactitud el qué. En cualquier caso, Emil estaba al mismo tiempo gélido y furioso. Ella sabía que él la soportaba tan poco como ella a él; a eso se añadía que a lo largo de sus estudios Emil había tenido muchos asuntos de faldas y, en el momento en cuestión, mantenía una íntima amistad con una compañera.

—Esta conversación, por llamarla de alguna manera, tuvo lugar en el cuarto de ella, y Emil le dejó claro que

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Ahrenborn tenía en sus manos un medio de presión abrumador contra él. El dinero no le importaba tanto — sin duda tendría que interrumpir sus estudios y trabajar un tiempo antes de poder intentar examinarse por segunda vez, pero era capaz de asumirlo. Se trataba de otra cosa. Eva trató de preguntarle al respecto, pero él no dijo nada. Jamás lo averiguó en todos estos años, hasta donde yo sé. Emil insistió en que no había alternativa. Luego dijo que, ya que tenía que ser, el compromiso podía consumarse ya mismo. Entonces la violó, en su propia habitación, bajo el techo de sus padres. No sé cuánta violencia fue necesaria; probablemente Eva estaba demasiado confusa y asqueada como para poderse defender. Luego pasó días en cama con fiebre, y después se largó y vino a verme. Pasó algunas semanas en mi cuartito. Durante el día, yo siempre tenía miedo de que al llegar a casa por la noche ella pudiera haberse ido, pero se quedó.

Encendí otro cigarrillo. Sentía mucho frío. Ariane estaba sentada tranquilamente, pero sus ojos estaban velados. Bebió un sorbo de té y carraspeó.

—Intenté todo lo imaginable, pero no hubo forma de convencerla. Ya sabe: policía, denuncia contra su padre y su hermano adoptivo, al menos por violación... nada. Luego, dejó de venirle el período; Emil había hecho diana. Cuando estuvo segura, se fue de mi casa una mañana. Estaba muy tranquila. Se despidió de mí; sobraban las palabras — cogió un nuevo cigarrillo y estuvo fumando un rato, en silencio.

—Unas semanas después, llegó a mi casa una invitación de boda. Le escribí una carta en la que le decía que mi corazón y mi techo estaban siempre a su disposición, pero no podía esperar de mí que pusiera jamás un pie en su casa; no antes de su divorcio. Inés vino al mundo menos de ocho meses después.

Apagué el cigarrillo y respiré hondo:

—Dios mío —dije—, es una historia espantosa. ¡No es que dude de sus palabras, pero estamos en pleno siglo XX! Esto es como una de esos folletines de Karl May.

Ella asintió; en torno a su boca se había dibujado un rasgo muy amargo:

—¿Dónde empieza para usted el siglo XX? ¿En Auschwitz? ¿En Vietnam? ¿En Camboya? ¿En el Archipiélago Gulag? ¿O en el alunizaje y las hambrunas?

Alcé las manos, desvalido:

—¿Qué puedo decir? Naturalmente que tiene razón, pero aun así... Tras largo silencio, dijo:

—El limpio Emil es hoy un respetado miembro del Bundestag. De alguna manera, parecen haber llegado a un arreglo tolerable. Desconozco las circunstancias del segundo embarazo; antes de que Iris viniera al mundo, había pasado un tiempo sin que nos viéramos. Fue por mí; por aquel entonces, yo había cometido en una celebración de empresa un error que hoy se llama Evelyn... Mi superior de entonces; fue muy decente, y ha pagado sin reparos durante todo este tiempo. Incluso quería casarse conmigo —miró, concentrada, el cenicero. —Bueno, en los últimos años fui contando poco a poco a Evelyn parte del asunto. En algún momento, naturalmente, quiso

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
saber por qué no tenía padre. Entretanto le ha conocido, y prefiere no tener ninguno. La noche con Baltasar conté toda la historia, por vez primera en todos estos años. Puede imaginarse que mi hija estaba horrorizada. Ayudó mucho que Baltasar estuviera presente. Sabe tranquilizar y conciliar con mucha habilidad.

—Oh, sí —dije. Y tuve la sensación de que era hora de llevar la conversación a otro nivel. —Tranquilizar y conciliar, muy interesante. A mí, la mayor parte de las veces, me irrita terriblemente.

Entonces le conté lo que había averiguado en esos dos días. Por supuesto, salvo un sentimiento general de repugnancia hacia determinadas personas y algunos oscuros momentos de sospecha, no teníamos nada. Decidimos volver a encontrarnos el fin de semana.

—Para entonces —dije— espero haber sabido algo más por la doncella o por Barbara Grossek.

—O por Evelyn —dijo ella. Ahora está empeñada en sacar de la circulación al padre de su amiga. Trata de averiguar algo en casa de los Morken.

—Debe tener cuidado —dije.

—Creo que todos debemos tenerlo... Bueno, quizá para el fin de semana Baltasar haya vuelto.

—¿Dónde se ha metido?

—Oh —dijo. ¿No le ha dicho nada?

—Destiló misteriosas alusiones y afirmó que si me decía algo querría ir con él, y que eso sería demasiado para su paciencia.

—Está investigando la historia de la familia Ahrenborn.

—Tenía que habérmelo imaginado, después de todo lo que ha contado usted. Me encantaría saber qué medio de presión es ése con el que el profesor obligó a casarse a su hijo adoptivo. O con el que se supone que le obligó.

—Exacto. Hace mucho que yo ya no sé si Eva puede creérselo todo. Quizá en aquel momento cayó en la trampa de una hábil mentira. Por otra parte, realmente no me puedo imaginar al señor diputado fingiendo en aquellos tiempos.

—Lo que a mí me parece curioso —dije— es el hecho de que después todos se hayan mudado a esas casas de ahí arriba.

—Se supone que de nuevo bajo presión. Probablemente Ahrenborn compró o hizo construir las dos casas y luego obligó a Emil a trasladarse a la segunda de ellas. Nunca volvió a llevarse bien con Eva; para él, el problema quedó resuelto con la boda, y como persona ella nunca existió para él. Si es que ha habido alguna persona que haya existido para él.

—Es extraño que alguien así sea precisamente médico.

—Quizá por sadismo. Es microbiólogo y toxicólogo. Su interés, creo yo, se dirige más hacia los venenos y sus efectos que hacia las personas que los sufren. Sus clases prácticas en la Universidad, hasta donde yo sé, consisten básicamente en envenenar carne picada y hacérsela comer a sus estudiantes para averiguar cómo reaccionan los estómagos a los distintos venenos. El resto del tiempo investiga.

Asentí.

Encaja a la perfección. ¿Cómo sabe usted eso?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Me lo contó Eva, con el paso del tiempo. Además, hace años tuve una breve relación con un médico que había estudiado con él.

—¿Sigue teniendo amistad con Eva?

—No, propiamente no. La veo cada dos o tres meses, en el teatro o en la ciudad; a veces viene a visitarme, quizá una vez al año. Realmente jamás he estado en su casa, aunque me ha invitado a menudo. Ella dice que la relación con su marido es inexistente; que simplemente viven en la casa Morken, y que a veces cada cual atiende sus necesidades fuera de casa, con discreción, y nadie sabe nada con exactitud del otro. Una solución bastante sucia, creo yo. En cualquier caso, no se hacen nada malo el uno al otro, a diferencia de los Ahrenborn.

Cuando me fui, hacia media noche, Evelyn no había vuelto.

—No hay razón para preocuparse — dijo la madre.

Ya es mayorcita.

—No me malinterprete — dije —, no se trata de eso. Tan sólo le recomendaría que tenga cuidado, mientras insista en investigar la historia Morken/Ahrenborn.

8

Decir que el jueves no pasó nada sería exagerado; por otra parte, no pasó nada que hiciera avanzar el asunto.

Por la tarde, me reuní en el café con Susanne Weber, tal como habíamos quedado. Apenas se sentó, parecía nerviosa y acosada, miraba todo el tiempo en derredor y decía que no podía quedarse. Me pidió el número de

teléfono y me dijo, sin aliento, que se había despedido de casa de los Ahrenborn. Iba a darse de baja por enfermedad y desaparecer unos días; podía llamarme el fin de semana.

Rápidamente, la cogí del brazo —casi tuve que obligarla—, la llevé hasta mi coche en el *parking* subterráneo y salí de Bonn con ella. Miraba todo el tiempo por la ventanilla y no decía una palabra. En descampado, entre los campos al norte de Bonn, paré en un pequeño camino y apagué el motor. Nadie nos había seguido.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—Ahora, hable tranquilamente —dije en voz baja—, No le haré daño, y nadie nos ha seguido. Antes de que empiece, quiero decirle que no tengo nada que ver con encuestas.

Ella miró fijamente por el parabrisas, hacia ningún lugar. Tenía los puños apretados.

—¿Es usted de la policía?

Negué con la cabeza, cosa que ella no pudo ver.

—No —dije—, soy algo parecido a un detective privado.

Por supuesto, eso era algo bastante exagerado, pero al fin y al cabo no del todo falso. Volvió de golpe el rostro hacia mí, y abrió la boca para decir algo; entonces, perdió el control y estalló en sollozos incontrolados. Me guardé de hacer o decir nada; la dejé llorar. Poco a poco se fue tranquilizando.

—Gracias —dijo al fin, cuando saqué de mi chaqueta un gran pañuelo y se lo alcancé.

Se limpió la nariz, se secó las lágrimas y me devolvió el pañuelo. Entonces rió, nerviosa, y extendió la mano:

—Démelo, lo lavaré.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Me guardé el pañuelo e hice un gesto de desdén:

—No importa. Ahora, cuente.

—Bueno —empezó, titubeante—, tendré que confiar en usted, después de haberme derrumbado de este modo.

Alcé la mano:

—Escuche, sin duda me gustaría saber qué está pasando, pero no tiene que decírmelo si no quiere. Quizá le resulte más fácil si yo le cuento primero algo.

Le informé, brevemente y omitiendo algunas cosas, de que nosotros —algunas personas— echábamos de menos a un hombre, y que su rastro terminaba en algún punto de la Cuesta de los Millonarios. Eso no era del todo cierto, pero daba igual.

—No hemos averiguado mucho, pero hay un par de cosas que son bien extrañas. Lo que hasta ahora tenemos no basta para ir con ello a la policía. Naturalmente, en cuanto sepamos soltaremos el asunto, pero por el momento tan sólo se reirían de nosotros.

Ella asintió.

—Está bien —dijo.

Luego, empezó a hablar:

—Cuando, ayer por la tarde, salí a la calle con usted, el profesor tiene que haber estado escuchándonos. Naturalmente yo no lo sabía, de lo contrario habría hablado más bajo. Ayer todo fue completamente normal. La señora Ahrenborn estaba sentada en su cuarto, y repartía su tiempo entre leer y mirar por la ventana; entre una cosa y otra hizo unos cuántos solitarios. Yo limpié la casa, hice la comida, puse la mesa; luego, después de comer, la señora Ahrenborn se acostó. El profesor estuvo toda la mañana

en su despacho, o en el pequeño laboratorio; usted lo vio. Durante la comida, le gritó a su mujer. Pude oírlo bien.

— ¿No come usted con los Ahrenborn?

— No, como en la cocina. Y lo prefiero... Bueno, pues después de comer él volvió a su despacho. Supongo que estaba preparando las clases del primer cuatrimestre. Yo estuve por la tarde en la ciudad, haciendo compras. Por la noche, después de cenar, sonó el teléfono. Lo cogí. Era alguien con la voz distorsionada. Su voz me sonaba familiar, pero no sé quién era. Sea como fuere, dijo que llamase al profesor, que era importante. El profesor se puso. Quité la mesa y oí a medias que decía un par de veces: “Sí” y “¿Es preciso?” y “Desde luego es un feo asunto”. Luego volvió a desaparecer en su despacho. Yo aún preparé un té para la señora Ahrenborn, y me fui a mi cuarto a leer o ver la tele un poco. En algún momento, oigo que se abre su despacho. Ya sabe que da al jardín. Oí algo parecido a un susurro, pero tenía puesto el televisor. Mucho después, en torno a las once, poco después de haber apagado la tele, volví a oír algo. Aún tenía la luz encendida, la apagué y me acerqué con mucho cuidado a la ventana. Alguien salió del despacho del profesor y desapareció cruzando el jardín. Naturalmente, estaba oscuro y no pude ver gran cosa, por eso no podría jurar nada, pero se fue hacia la izquierda, y por el aspecto podría ser el señor Kleinsiepe, mi no especialmente querido cuñado Ewald.

— Una pregunta, si me lo permite. ¿Ocurrían a menudo cosas parecidas, visitas nocturnas por el jardín?

— Sí... no... no sé. A veces había tenido la impresión de que por la noche alguien hablaba de algo con el profesor o se movía debajo de la ventana, pero nunca estuve segura.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Para insuflarle valor, y porque era verdad, dije:

— Pero lo describe usted todo con mucha exactitud.

Ella sonrió:

— Tengo buena memoria... Bueno, sigamos. Esta mañana iba a salir de casa después del desayuno, hoy es mi día libre. Habíamos acordado que en mis jueves libres sólo saldría de casa por las mañanas, por si ocurría algún imprevisto, de forma que en caso necesario pudiera resolverse con rapidez. El profesor me invitó a ir a su despacho. Cuando estuve allí y hubo cerrado la puerta a mis espaldas, me dijo que era imposible que me fuera, que me necesitaba. Le dije que no me venía bien, porque tenía una cita. Entonces puso una cara grotesca y dijo: “ Ah, sí, con el encuestador ”. Naturalmente me llevé un pequeño susto, y él me miró con severidad. “ Le he dicho expresamente que no deseo que dé información alguna a nadie ”. Tal como lo decía, sonaba como un perro pastor, que gruñe un momento antes de morder. Entonces se puso delante de la vitrina, contempló sus esqueletos y dijo a media voz, como si hablara con los huesos, pero dirigiéndose a mí: “ Hay personas que meten demasiado las narices en cosas que no les conciernen ”. Le pregunté si se estaba refiriendo a mí, y que qué quería decir con eso. De pronto señaló hacia la ventana. Yo sólo había visto un breve movimiento fuera, y había alguien, pero el profesor estaba situado de tal modo que hubiera tenido que ver a su través para distinguir algo. Sea quien fuere quien se encontraba fuera, desapareció enseguida. El profesor se vuelve, me mira con sus gélidos ojos y dice: “ Me gustaría charlar largamente con usted, para que comprenda mis motivos. ¿ Puede ir a

su cuarto y esperar diez minutos allí? Enseguida iré o le llamaré, en cuanto haya terminado. Tengo que liquidar un asunto.”

Me fui a mi habitación. Por supuesto miré por la ventana, pero abajo no se veía nada. Si había alguien allí ya se había ido, o el profesor le había hecho pasar mientras yo subía. Naturalmente, yo me preguntaba a qué venía todo aquello. Al cabo de más o menos un cuarto de hora oigo pasos en la escalera, y el profesor mete la cabeza en mi cuarto. “Por desgracia, tengo que pedirle un poco más de paciencia”, dice, y saca la llave de la cerradura. Antes de que comprenda lo que pretende, ha cerrado mi puerta por fuera y quitado la llave: “Volveré dentro de media hora. Puede gritar todo lo que quiera, nadie la oirá. Ya sabe que a esta hora no hay nadie por aquí. Le ruego que tenga paciencia”. Y allí me quedé.

— ¿De verdad no hay nadie por allí a esa hora?

Ella frunció el ceño.

— No. El señor Morken está fuera. Había visto irse a la ciudad a la señora Morken. Las dos chicas salieron temprano, también las había visto irse. Pistorius está de viaje, mi hermana y mi cuñado trabajan, y por el otro lado tampoco hay nadie. Los Grossek están en su negocio, los Treysa de campaña electoral, Inge Treysa está de viaje, Ulrike Treysa juega al tenis los jueves a esa hora. Lo sé porque la he acompañado a veces. Pallenberg no está nunca durante el día, y los jueves por la mañana la Lorenz está con él atendiendo la contabilidad.

— Es decir, la hora perfecta para hacer una cosa así. Un momento... ¿qué pasa con Burger?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— También pensé en él, por el momento siempre está en casa. Me acerqué a la ventana para ver si tenía la ventana abierta y me oiría si gritara. En ese momento el profesor sale de su despacho y se queda en pie en el jardín, y a su lado está Burger. El profesor señala mi ventana, Burger asiente, y ambos se marchan hacia el otro lado.

— Bonito asunto — dije. ¿Qué pensó usted?

Ella respiró hondo.

— ¿Qué iba a pensar? Tenía un miedo espantoso. Seguramente usted no podrá entenderlo y me tomará por una histérica, pero pensé que cuando volviera iba a matarme.

Meneó la cabeza.

— Por supuesto, ahora sé que no son más que tonterías. No se mata a nadie a plena luz del día, en mitad de Bonn, pero aún así tenía un miedo infernal. El profesor me resulta absolutamente terrible.

La miré a los ojos enrojecidos por el llanto:

— No creo — dije lentamente — que todo esto sean historias tuyas. Cuénteme, ¿cómo logró salir?

Ella sonrió:

— Ni yo misma lo sé muy bien. Es decir, lo sé, pero sigo sorprendida de la suerte que tuve.

— ¿Por qué no simplemente bajó trepando desde la ventana? Sin duda está un poquito alta para saltar, pero seguro que ha visto alguna vez una película en la que alguien hace una cuerda con las sábanas...

— Claro. Pero no se puede. En la casa hay un sistema de aire acondicionado conectado con una alarma antirrobo. Cuando el aire está puesto sólo se puede abrir las venta-

nas con una llave determinada, y la tiene el profesor. Lo intenté todo, pero no hubo forma de abrir la ventana. Y ese triple cristal no se rompe con un zapato.

Lancé un silbido:

— Rayos, chica, es una jaula infernal. Ella asintió:

— Me concentré todo lo que pude, y se me ocurrió una idea. Metí en un bolso todo lo que tenía alguna importancia — dinero, libreta de ahorros, documentos, esas cosas —, y luego cogí mi viejo despertador. Ha visto alguna vez esos viejos huevos de chapa, ¿no? Me fui con él al lavabo, lo llené de agua y lo tiré con todas mis fuerzas contra el televisor encendido. Hubo una fuerte explosión, y todo empezó a apestar. La luz ya no iba. Cortocircuito. Naturalmente, si no hay luz no hay alarma. Abrí la ventana, tiré el bolso y salí tras él. Me agarré al alféizar y me dejé colgar, para que la altura no fuera tan grande. Luego traté de columpiarme un poco, y no sé cómo pero conseguí aterrizar abajo en un pequeño matorral, junto a la ventana del despacho.

Yo estaba impresionado.

— Mis respetos. Un poco complicado, pero bien hecho. Ella sonrió, algo avergonzada.

Sí, ¿verdad? Tenía un miedo espantoso a que alguien me pillara. Pero nadie me vio. Corrí como una loca hasta la cabina de teléfono más próxima y pedí un taxi. Luego me fui a Bonn.

Dígame, ¿no habría podido ayudarla la señora Ahrenborn?

— Seguro que también la encerró a ella. Además, de todos modos no puede hacer nada. Ha acabado con ella en todos estos años, no es más que un vegetal.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Yo pensaba a toda prisa.

— ¿Denuncia por privación de libertad? No merece la pena, puede excusarse diciendo que lo de la llave fue un descuido. Y no tenemos nada más en las manos. Si está usted convencida de que quiere matarla... por supuesto yo la creo, pero, ¿y la policía?

Ella hizo un gesto de desdén con la mano:

— Ni yo misma estoy segura de si no estaba simplemente confusa.

— ¿Me dijo en el café que se había despedido?

— Sí. Dejé una carta en la mesita de noche.

— Tengo que decir que, para estar confusa, tuvo usted ocasión de pensar en muchas cosas.

Ella pareció de alguna manera satisfecha cuando dijo:

— Todo tiene que tener su orden, ¿verdad? No puede una largarse sin más... Por eso ahora quiero darme de baja.

Volví a poner el coche en marcha.

— Bien. Voy a llevarla a casa de un amigo. Luego veremos... no, espere. Si usted tiene razón, alguien podría estar esperando en algún sitio. Sin duda es improbable, pero la seguridad es la seguridad.

Fuimos a un pequeño local de excursiones en la falda de la montaña. Desde allí, llamé a Römertopf a su hospital. Como medida de precaución, metí a Susanne conmigo en la cabina.

— ¿Qué quieres ahora?

— Escucha, Doc, ¿puedes irte de ahí urgentemente?

Él lanzó una maldición.

— Claro que no, saco de jugos. ¿Qué es lo que pasa?

— Algo bastante importante, relacionado con el susodicho asunto. Probablemente esté en juego una vida, como

médico eso tendría que interesarte. Además es una dama, así que es un caso claro para un ginecólogo.

Lo bueno de los buenos amigos es que en caso necesario funcionan.

— ¿De verdad es importante?

— Edgar, ¿por qué quieres que te lo jure?

Le oí murmurar al fondo. Luego volvió a ponerse al teléfono.

— Vale, mi compañero se encarga. ¿Dónde estás?

Fui especialmente cauteloso:

— No creo que nadie esté escuchando, pero por si acaso. ¿Sabes dónde nos sentábamos a tomar un vino al atardecer y nos poníamos morados a comer en nuestra dorada juventud, cuando hacía buen tiempo?

— Dios mío, qué dramático te pones. Claro que lo sé. Llegaré dentro de media hora.

Nos sentamos en un rincón desde el que podíamos ver bien y pedimos algo de comer. Comprensiblemente, Susanne Weber no tenía apetito, pero insistí en que se alimentara.

Cuando Edgar vino al fin, se sentó con nosotros, moviendo la cabeza. Los presenté a ambos.

— Te pasas un buen día comiendo caramelos, y yo lo dejo todo plantado para venir a verte.

Le ofrecí un resumen del estado de las “averiguaciones” y de lo que le había ocurrido a Susanne Weber. Él chasqueó con la lengua y miró fijamente su café.

— Bonito asunto, como de Bogart o Eastwood, ¿eh? Bien, ¿y qué hacemos?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Me volví a Susanne Weber:

— ¿Está de acuerdo con que la llevemos a un lugar donde nadie la encuentre? Tendría que quedarse allí unos días, y no podría establecer contacto con el mundo exterior.

Ella asintió con lentitud.

— Probablemente eso no me venga mal.

Me volví nuevamente a Edgar:

— ¿Llevas un talonario de recetas encima?

— ¿Para qué?

— Si todo esto es un error, no deberíamos perjudicar la posterior carrera profesional de esta señora con despidos incondicionales sin preaviso...

Suspiró y sacó del bolsillo un papel con un sello de la clínica.

— ¿Qué quieres que escriba? ¿Alguna cosa en particular?

Agité un puño amenazador debajo de sus narices:

— Vamos. Tiene que ser algo creíble, que pegue con un ginecólogo. Por mí puedes poner: “Baja laboral de al menos tres semanas por cuajado de la yema de los óvulos”, o cualquier otra cosa.

Al menos esto conllevó el éxito de que Susanne Weber riera de verdad por primera vez.

Edgar escribió algo y me dio la nota.

— La enviaré a la consabida dirección — le dije a ella.

— ¿Ahora qué?

— Pagar — dijo, razonable, Edgar.

Hice una seña al camarero.

Cuando estuvimos en el aparcamiento, Edgar se rascó la cabeza.

—¿Piensas —preguntó cauteloso, mirando a su alrededor— lo que yo pienso?

—Pienso que sí.

Corrió del brazo a Susanne Weber.

—Usted vendrá conmigo —dijo. Volviéndose hacia mí, añadió—: Tú vendrás detrás, hasta que yo haga un falso giro a la derecha. Y esperarás hasta que vuelva.

Yo asentí, saqué su bolso de mi coche y me despedí de Susanne Weber. Ella me besó en la mejilla a modo de despedida.

—Gracias —dijo. —Ojalá que todo salga bien, y pueda tomarme la revancha.

Luego, recorrimos la región del Voreifel entre salvajes bamboleos. De vez en cuando había algún coche detrás de nosotros. Probablemente no eran más que inofensivos viajeros, pero la seguridad es la seguridad. En algún momento, Edgar giró abruptamente a la derecha, en un lugar con prohibición de giro, hacia un camino rural. Yo paré a mi vez y corté el acceso. Al cabo de un rato pasó rápidamente un coche en el que iban dos hombres. No me vieron, porque yo estaba con mi coche semioculto por unos matorrales, en la primera curva del camino rural. Edgar, yo lo sabía, recorrería el bosque, seguiría luego el camino trazando un amplio arco hacia la derecha, atravesaría la carretera por la que habíamos venido y dejaría a Susanne Weber mucho más allá, al lado izquierdo de la carretera en una granja comprada hacía años por unos conocidos que querían dejar la ciudad.

No pude reconocer a los dos hombres que iban en el coche que pasó corriendo, igual que ellos no pudieron

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
reconocerme a mi, pero tuve la oscura sensación de que uno de ellos era el profesor. Si era cierto para mi era un misterio cómo nos había encontrado. Dos horas después reapareció Römertopf solo; pitó y salió corriendo hacia Bonn. Le seguí a cómodo ritmo.

Cuando llegué a su casa, ya había hecho café. Entretanto, yo había vivido un momento de pánico: De pronto, el coche con los dos hombres había aparecido detrás de mí. Se fue acercando cada vez más, y sólo en el último momento me adelantó en lugar de embestirme. No conocía a ninguno de sus dos ocupantes, como comprobé cuando pasaron junto a mí.

Se lo conté a Edgar.

Dio un sorbo al café y me miró con aire de reproche.

—Creo — dijo — que es hora de que Baltasar vuelva y se encargue en persona de este asunto. Tú haces que todo sea un poco melodramático ¿De verdad crees que el profesor quería matar a esa pequeña?

Asentí.

—Quizá te resulte grotesco, pero estoy convencido de ello. No me preguntes la razón. Si realmente tuviera una razón, hace mucho que habría acudido a la policía.

Edgar me contempló con una especie de sombría satisfacción:

—Te alegrará saber que Moritz llegará enseguida.

Me sorprendí:

—¿Por qué iba a alegrarme?

—Porque tiene siniestras noticias. Acaba de llamarme, poco antes de que aterrizaras aquí.

No quiso decir más. De todos modos no tuve que esperar demasiado. Moritz fue, excepcionalmente, puntual.

— ¡Saludos, amables cafeteros!

Moritz se precipitó en la casa; Edgar había dejado la puerta abierta. Ansioso, engulló casi todavía de pie una cafetera completa y emitió un sonido que por su causa hubiera podido ser un eructo, pero por su potencia fue un rugido.

— Hay algo en marcha — anunció entonces. ¿Se lo has dicho?

Edgar negó con un gesto.

Moritz me miró resplandeciente:

— La pequeña Grosseck, Barbara, ha desaparecido.

Yo no estaba tan contento como, al parecer, él había esperado.

— Lo siento — dije. — Es muy amable, y habíamos quedado mañana. Iba a contarme el argumento de una novela policiaca que sucedía en la Cuesta de los Millonarios.

Moritz dijo ajá al menos cinco veces. Luego dijo.

— ¿Acaso has encendido un fuego, vieja rata?

— No, tres veces no, te lo juro. Es, como te he dicho, muy amable, y prometió contarme terribles historias. Pero cuando la gente amable desaparece es mucho peor que cuando no os veo durante un tiempo... ¿Qué ha pasado?

— Bueno, hace un par de horas llamaron a la redacción. Yo estaba allí, así que acudí. Llevo intentando pescaros desde entonces, gitanos. Bueno, da igual. Era papá Grosseck, totalmente desecho. Naturalmente, al principio hice como si no conociera el nombre y luego, lentamente, hice como que me acordaba de haberle entrevistado hacía unos días a causa de un mirón. Se alegraba de tenerme al teléfono. Dijo mil burradas, y que la policía no quiere

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
saber nada, y que si alguien no aparece por un día o algo así no es motivo para alarmarse. Algunas personas están años desaparecidas, incluso sin aparecer más.

—Moritz —exhortó Edgar—, ¡la lógica!

—Borde. Bueno: el caso es que los señores y su hija estuvieron ayer por la noche en el teatro. El famoso abono para los festivales de Godesberg. Ella salió de allí junto con sus padres y, de pronto, desapareció en el tumulto de la salida. Desde entonces ha volado, sin una palabra, sin una llamada. Con el tiempo que hace que se inventó el teléfono.

Suspiré.

—Fantástico. ¿Y qué? La gente desaparece. Quizá se encontró a un amigo que no quería enseñar a sus padres, o quiso darse una escapada y cayó bajo las ruedas de un impulso libidinoso...

Esta vez Edgar me interrumpió a mí:

—¡Tú y tus imágenes! Además, eso entra dentro de mi campo, y te digo solemnemente que ni en mi actividad ginecológica ni en la teoría y práctica de las distintas formas de comportamiento aparecen ruedas relevantes desde el punto de vista de la libido. Salvo, naturalmente, en fetichistas de los Cadillac.

De pronto pensé en Burger.

—Cerrad el pico —dije—, tengo que pensar.

Edgar y Moritz se miraron.

—Nosotros, pobres necios, no debemos molestar —dijeron al unísono. ¿Tiempos de irnos?

—No, escuchad. Imaginad lo siguiente. Estoy sentado en la terraza con Barbara Grossek. Me cuenta que algo

huele a podrido en el vecindario y que quiere contarme más cosas. Si alguien que tiene algo podrido en casa hubiera escuchado, ¿qué haría?

— Bueno — dijo Edgar —, si realmente hay algo podrido y él ha oído que se habla de eso, probablemente se preguntará si ella sabe alguna cosa. Si no, no pasa nada, a no ser que sea presa del pánico. Si llega a la conclusión de que ella podría saber algo que él quiere ocultar, intentará impedirle que lo liga. O incluso que lo sepa. ¿Está claro?

— Claro — dijo Moritz. Te admiro.

— Mis más sentidas gracias — dijo Edgar. Pero, ¿cómo llegas a la conclusión de que alguien podría haber oído algo?

— La ventana del salón de Burger da a la terraza. Él vive en el primer piso. Cuando fui a verle la ventana estaba cerrada, pero la habitación olía a flores.

Quizá tenga un viejo jarrón debajo del sofá.

— Moritz, sé serio por una vez. Seguro que debajo de tu sofá no huele a flores... Bueno, pues pudo haber escuchado. Estaba nervioso.

— También yo lo estaría si tú fueras a entrevistarme.

Moritz tenía su día de falta de seriedad, como suele ocurrirle de domingo a sábado.

— ¿Por qué estaba nervioso? Naturalmente puede haber mil motivos, pero la verdad es que tendría que estar bien descansado y tener una piel de elefante sobre los nervios, hace mucho que no trabaja. Entonces llegó esa chica, la Kleinsiepe.

Moritz volvió a interrumpirme; realmente estaba en plena forma:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Es un horno encendido, esa tía — dijo.

Edgar lanzó un gemido y se puso en pie.

— Voy a por una bayeta usada — dijo —, y voy a amordazarte con ella, miserable saco de babas.

Moritz alzó las manos, sonriente:

— Paz. Callaré como la razón humana ante una inútil oferta especial.

Yo seguí como si no hubiera pasado nada:

— Tiene llave del piso de Burger. Su marido está celoso. Hace algún tiempo allí hubo una explosión, sonó como un tiro, pero no era más que la ventana del salón de Kleinsiepe. Eso me dijo la hija menor de Treysa, la perfecta cotilla.

Edgar frunció el ceño:

— Y Burger aparece con una herida de pistola. ¿Has visto algo de eso?

— No, llevaba una camisa de franela.

— ¿En pleno verano? Caluroso asunto.

Sí, pero naturalmente nadie ve la venda al través.

Le toqué el hombro izquierdo, por descuido, se entiende; le hizo daño, y entonces me contó algo de una caída y de la clavícula.

— ¿Nada de un accidente al limpiar una escopeta de caza?

— No. No podía saber que yo conocía esa variante.

Edgar reflexionó.

— ¿Sabía la hija de Treysa cuándo había sonado la explosión?

— No con exactitud.

— Lástima; hubiera sido de mucha ayuda. Removí con energía mi taza de café.

– Tengo algo completamente distinto. Creo que todos los chalets de allá arriba tienen cristales dobles o triples. ¿Puede una ventana reventar tan fácilmente?

Moritz gruñó:

– Voluntariamente, no. ¿Hubo quizá un terremoto, o se desplomó de un satélite? ¿No, verdad?

– Si reconstruimos – dije – lo siguiente... es un poco extravagante: Kleinsiepe está celoso. Sabe que su mujer resbala en todos los lugares resbaladizos imaginables; lo sabe toda la vecindad. También hay algunas personas que saben que en casa de los Kleinsiepe hay bronca continuamente. Pero ella no hace las cosas de forma tan abierta como para que nadie pueda decir nada, excepto que hace algo. Si tiene la llave de Burger, eso tiene que llamar la atención, antes o después. Pero nadie dice una palabra al respecto. Sin duda hay alusiones acerca de que tiene algo con Burger o él con ella, pero ni siquiera Barbara Grosseck lo dijo con tanta claridad. Y si anda a menudo con una llave propia por su casa, los Grosseck, a quienes pertenece la casa y que viven en ella, tienen que haber sido los primeros en advertirlo. ¿No? Así que no hace mucho que tiene la llave.

– Ahora, la reconstrucción. Kleinsiepe llega a casa antes de lo previsto. Encuentra en su salón a Burger y a la chica, metidos en faena. Dice algo, y quizá se ríen de él. Sea como fuere, saca su pistola y dispara. Es un poco más alto que Burger. Tú, Edgar, dijiste que según tu compañero el orificio de entrada de la bala es más bajo que el probable, aunque ya no producido, de salida. Así que no podían estar de pie. Posiblemente Kleinsiepe disparó sobre Burger

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
mientras éste yacía en el suelo. Entonces se asustó y disparó contra la ventana, para tener un argumento que explicara la detonación.

Edgar torció el gesto.

— No muy bueno. Quizá disparó sobre Burger mientras éste estaba de pie, pero falló y le dio a la ventana. Burger se tira al suelo, y allí es donde le alcanza el segundo disparo.

— Y ambos son tan seguidos que Ulrike Treysa, que oye la primera detonación y ve romperse la ventana, habla de un disparo — dije. Luego, Kleinsiepe se asusta. Él y su esposa vendan como pueden a Burger y se preguntan qué hacer. Pronto constatan que la pérdida de sangre no es muy grande; quizá Burger puso el grito en el cielo, pero no lo llevaron enseguida al médico. Quizá llegaron a un acuerdo entre caballeros, si se puede decir así. La chica obtiene una llave y puede irse con Burger cuando quiera; a cambio, ninguno de los dos cuenta que Kleinsiepe anda pegando tiros por los alrededores.

Edgar asintió con lentitud.

— La verdad es que es una hipótesis satisfactoria — dije. Sexo y crimen, todo lo que el ser humano necesita. Tan sólo tiene un punto oscuro.

Yo sacudí la cabeza:

— Seguro que tiene varios puntos oscuros, pero éste es el más importante: ¿Tiene Kleinsiepe una pistola?

Moritz gruñó de nuevo:

— ¿Puedo decir algo?

— Sólo si no es otra tontería. Se irguió:

— El necio y charlatán Moritz ha estado investigando, y ha averiguado algo de unas cuantas personas. Entre otras de

Kleinsiepe. Tiene permiso de armas y una pistola –sonrisa triunfante, luego nuevo silencio.

– ¿Qué más has averiguado? – dijo Edgar.

Moritz hizo un gesto de desdén:

– Todo a su tiempo. Primero, sigamos. Me gusta oírlos pensar, o lo que sea eso que hacéis.

– Muy bien – dije. Sigamos. Supongamos que fue así. No explica otras cosas. ¿Por qué iban a quitar de en medio a Barbara Grossek? Y no olvidemos al profesor encerrando a la Weber.

Seguimos hablando un rato, a veces uno, a veces dos, a veces todos en confusión. Por fin llegamos, aunque con sentimiento de disgusto, a la conclusión de que en el asunto de Barbara Grossek prácticamente no podíamos hacer nada, y que por lo demás no podíamos poner los restantes detalles en relación sensata unos con otros.

– ¿Conoces a alguien razonable en la policía? – pregunté al fin a Moritz.

– Sí, bueno, relativamente razonable. ¿Por qué?

– ¿Cómo crees que reaccionará si le cuentas la historia tal como la tenemos en este momento?

– Eso sí puedo decírtelo. Se reiría a gusto.

– Probablemente. Aun así, inténtalo. Moritz hizo una mueca.

– Está bien, jefe. Lo intentaré. Pero no te prometas nada

– Me esforzaré. Oye, antes has dicho que habías averiguado algo.

– Bueno, averiguado es mucho decir. Hace años, hubo rumores acerca de Treysa. Dicen que intentó colocarle a Pallenberg una obra municipal. Resultó que la oferta

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
de Pallenberg en la licitación fue la mejor, y por eso le dieron la obra. En aquel momento, la competencia pensó que le habían llegado noticias de sus ofertas, porque él fue el último en presentar la suya. Pero la cosa quedó completamente enterrada.

—Qué bonito —dijo Edgar. Creo que todos preferimos no añadir uno más a los problemas insolubles a los que nos enfrentamos. Ojalá Baltasar vuelva pronto. No me apetece demasiado seguir poniendo en escena este circo en representación suya. Esta locura se le ocurrió a él, así que él verá cómo le pone fin.

A última hora de la noche, Moritz me llamó:

—Escucha, culo de mono —dijo en tono desabrido.
—¿Quién es Ziegler?

—Ludwig Ziegler, Brigada Criminal.

No se rió muy alto, pero se rió.

—Te llamaré el lunes, para que le cuentes la historia en persona. Ya ves que tiene prisa. Piensa que tiene suficientes cosas que hacer que no parecen inventadas por tarados.

—Bueno, no está mal. Gracias, por el momento.

—Oh, por favor, no ha sido un placer. Que te vaya mal.

El viernes se arrastraba trabajosamente. Yo no me atrevía a salir de casa, porque contaba con que posiblemente Barbara Grosseck apareciera o llamara.

Por la tarde, me encontraba lo bastante bajo control como para empezar, con ayuda de lápiz y papel, a ordenar las piececitas del *puzzle*. No me sirvió de mucho. Ni siquiera pude contarlas, porque no estaba seguro de si una u otra

pieza formaba parte del puzzle o yacía casualmente al borde del tablero.

Por la noche, fui al restaurante en el que me había citado con Barbara Grosseck. Naturalmente, llegué demasiado pronto. Me bebí una jarra de vino y esperé, poniéndome cada vez más nervioso.

De repente, se me ocurrió otra idea. Desde el teléfono de monedas que había a la entrada del restaurante podía ver a todos los que iban y venían, así que no tenía que temer que se me escapara nada. Llamé a Hussein; para mi alivio, estaba en casa.

— Oye — dije —, tienes que hacerme un favor.

— ¿Qué es lo que pasa?

— Sigues en uno de esos sitios de Import-Export, ¿no?

— Sí, allí sigo.

Le pedí que pegara la oreja, sin llamar la atención, pero lo más rápida y ampliamente posible, y en particular en los círculos de seda cruda, a ver si alguien sabía algo del comerciante de peletería Albert Grosseck. Si todos los demás estaban siendo investigados, ¿por qué no él? Una de las ventajas de tener un amplio círculo de conocidos en Bonn es que se puede averiguar casi todo de alguien o sobre alguien.

Hussein gruñó:

— ¿Cómo se llama el pellejero?

Lo deletreé, y lo escribí.

— Lo intentaré. ¿Qué es seda cruda?

— Poco limpios, bajos fondos. Gente que envuelve un kilo de marihuana en una alfombra que no tiene permiso para importar y se lleva las dos cosas a Bonn.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Se echó a reír:

— Ah, te refieres a mis amigos. Te llamaré.

— Gracias, querido. Pero, como muy tarde, que sea pronto.

— A más tardar el lunes.

Barbara Grossek no llegó. Hacia la medianoche, dejó el restaurante. Estaba preocupado. Luego, me costó trabajo dormirme. Cuando acababa de conseguirlo, hacia las cuatro de la mañana, me despertó el teléfono.

¿Quién era? Naturalmente, Baltasar.

— Hola, pequeño, ya estoy aquí.

— Me alegro. ¿No podrías decírmelo mañana?

Él rió:

— Ya es mañana temprano. ¿O quieres decir: después?

— Oh, bah. ¿Cuándo nos vemos?

— ¿Para comer en casa de Binder?

— Encantado. Hasta entonces.

— Que duermas bien.

Y, mira por dónde: me habían quitado el peso de la responsabilidad. Dormí como un angelito. Casi.

9

Estaba sentado en el sofá como en un trono, en bata, gordo e indulgente.

— Hola, Buda — dije cuando Evelyn, a la que conocía en ese momento, me dejó entrar en la casa. — Os habéis arreglado muy bien — dije a los presentes.

Ariane Binder estaba sentada encima de la mesa, vestida con un sari, columpiaba las piernas y soplabla el humo de

su cigarrillo más o menos en dirección a Matzbach. En el rincón, junto a la ventana, Moritz, vestido con unos vaqueros deshilachados, estaba medio tirado en una vieja silla que crujía de forma amenazadora. Por fin vi a Edgar, feo y aseado como siempre: Estaba, con las manos enlazadas a la espalda, delante de un cuadro bastante abstracto, cuyos puntos de color parecían volver tosco el papel de la pared.

— Me siento como un intruso que rompe el hechizo — dije, todavía de pie en el umbral.

Evelyn me dio un pequeño empujón, para poder entrar también ella en la estancia.

— Eh, ¿os habéis vuelto todos de escayola?

Por fin, alguien se animó a darme una respuesta. Ariane Binder señaló un sillón libre y dijo:

— ¡Siéntese!

Me quedé de pie.

— ¿Qué pasa?

Baltasar sorbió ruidosamente el contenido de su nariz.

— Acabamos de enterarnos — entonó, moviendo arrítmicamente el torso hacia delante y hacia atrás — de tus infamias de ayer, y estamos horrorizados.

Me senté.

— Hola a todos — dije, alta y alegremente —, chivatos y calumniadores. Para ti es fácil hablar, gordo. Primero inventas un cepillo de dientes con el que nadie quiere tener nada que ver, luego nos obligas a todos a rascar con él las grietas por las que el tiempo podría espigarse, mientras arrastras tu cadáver por ajenos campos, y finalmente vuelves cuando hemos hecho todo el trabajo, y en vez de

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
darnos de corazón las gracias viertes el maloliente contenido de tu boca de cloaca sobre mi pobre cabeza. ¡Ay!

La señora Binder rió a carcajadas, se bajó de la mesa, vino hacia mí y acarició mi pelo pecador.

—Pobrecillo —dijo—, qué horrible es todo —luego nos reunió con una mirada a Baltasar, a Edgar, a Moritz y a mí en los brazos de su espíritu y dijo—: Me gustáis todos mucho. Estáis, sin excepción, completamente locos.

—Sobre todo cada uno por separado —dijo Edgar.

Baltasar seguía sentado, totalmente impertérrito y sin cambiar en lo más mínimo de postura en el sofá.

—¡Contadme! —dijo.

Yo tosí:

—Nada de eso, bicho. Primero cuenta tú. ¿Dónde has estado metido?

—He estado trabajando —afirmó.

Para mi sorpresa, no insistió en que ni yo ni nosotros le diéramos primero los detalles. Eso también puede haberse debido a que Ariane, Edgar y Moritz seguramente ya le habían informado de sus hallazgos y, superficialmente, de los míos. Respiró hondo y se lanzó a un monólogo cuyo original duró alrededor de media hora. Me es imposible reproducirlo, así que haré aquí un relato abreviado. Me permito excluir algunos exabruptos contra mí, así como elocuentes pretextos y distorsiones tan característicos de Baltasar como el huevo de la gallina, pero que no vienen al caso.

Mientras yo aún me entregaba a la ilusión (y maldecía por ello a Baltasar) de llevar el peso de las “investigaciones”, Edgar había pasado unos cuantos días colgado del

teléfono. A Baltasar se le había metido en la cabeza que a Ratón Brockmann se lo habían cargado, y que quizá la razón se remontaba a mucho tiempo atrás; por tanto, era necesario investigar la historia de los personajes. En algunos casos, las líneas generales no eran demasiado difíciles de averiguar... Kleinsiepe, Pallenberg, Treysa y Grossek habían pasado la mayor parte de su vida en Bonn o en sus alrededores. Así que tenía que haber suficientes posibilidades de averiguar algo acerca de ellos. Baltasar designó para eso a Moritz, cuyos innumerables contactos tenían que alcanzar, antes o después, para delimitar al menos los contornos de todo lo que mereciera la pena saber.

Más difícil resultó el caso de Ahrenborn, y por tanto también el de Morken. Naturalmente, Baltasar tenía la idea fija de que un respetable catedrático de Medicina y un miembro del Bundestag podían haber acumulado manchas negras en su pasado, pero estaba de humor viajero, así que decidió visitar los escenarios de sus vidas. Ya había tomado esa decisión (y empezado a llevarla a cabo) antes de que Ariane le contara la terrible historia del matrimonio forzado de su amiga Eva.

Algunos datos —nacimiento, formación, primeras actividades, etc.— fueron fáciles de conseguir; se podían obtener de publicaciones y anuarios.

Ahí empezó la telefonitis de Edgar. Los médicos forman una especie de mafia, más aún que todos los demás grupos profesionales. Con la repetida frase: “Römertopf, de Bonn; buenos días, colega”, cuando descolgaban el auricular al otro lado, se abrían canales de información que en caso de duda habrían estado cerrados para una

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
investigación policial. De médico en médico, Edgar localizó a dos antiguos compañeros del estudiante de medicina Ahrenborn. Naturalmente, había muchos más antiguos compañeros, pero estos dos estaban con él en una hermandad de estudiantes que practica la esgrima, y habían vuelto a verle algunas veces una vez terminada la carrera.

Ambos estaban aún en activo; uno en Frankfurt, el otro en Bayreuth. Edgar les comunicó por teléfono que algunos antiguos colaboradores y discípulos del respetable profesor Ahrenborn habían empezado a preparar un libro homenaje para su 65° aniversario, en 1982; con ese fin, era imprescindible disponer de un breve esbozo biográfico, quería saber si sus apreciados colegas estarían dispuestos, ya que conocían al homenajeado desde su época común de estudio, a poner sus recuerdos a su disposición. Naturalmente los caballeros estaban dispuestos, sobre todo desde el momento en que Edgar les aseguró la mención en su nombre. En los próximos días, probablemente hacia el fin de semana, si a ellos les iba bien, pasaría a visitarles un colaborador llamado Matzbach; no era médico, pero, en tanto que periodista y autor, estaba dispuesto a encargarse de la parte técnica y estilística del volumen...

Al llegar a ese punto no pude evitar dos interrupciones en el monólogo:

—Dime, corporación de esgrima ... no puedo recordar haber visto un chirlo en su cara, como son habituales entre esos tíos... ¿A quién se le ocurrió la idea del libro homenaje?

Edgar respondió a la segunda pregunta.

— A Baltasar, por supuesto. Es decir, pensamos juntos en cómo hacer que sus antiguos compañeros se manifestaran acerca de él del modo más sincero posible sin decirle a él nada. Ambos prometieron solemnemente no ponerse en contacto con él, para que la sorpresa del homenaje fuera tanto más bella.

— En lo que al chirlo se refiere — dijo Baltasar en tono de reproche —, tiene uno, pero tú estás ciego. El chirlo está exactamente en una arruga, un poquito a la izquierda de la boca, oh, minucioso investigador.

Muy bien; sigamos adelante (por lo demás, para evitar malentendidos: el chirlo lo había descubierto Moritz).

La segunda parte de la campaña telefónica entre colegas se refirió a Ratón Brockmann. Edgar exploró la clase médica de Dortmund y Hannover. “Buenos días, colega. Tengo aquí un paciente llamado Brockmann, que presenta algunos extraños síntomas que apuntan a (aquí sigue una palabra grecolatina de quince sílabas). Sin embargo, no avanzo gran cosa en la anamnesis, porque el paciente tan sólo la recuerda vagamente. Sea como fuere, dice haber ido a visitarle hace años cuando estaba en la empresa tal y tal. No está seguro, pero dice que el médico recomendado por la empresa se llamaba como usted. Ah, ¿no es usted? Sí, ya me he dirigido a la empresa, pero hoy tiene otro médico de confianza, y sobre todo otro departamento de recursos humanos, y los viejos documentos quedaron destruidos hace unos años en una combustión espontánea...”

En Hannover no había nadie, pero en Dortmund sí había un dentista que había tratado a Brockmann hacía

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
tres años. Cuando Baltasar me hizo este relato, ya había tomado los datos y le había enviado un breve informe a Edgar. Hasta ahí habían llegado Edgar y su teléfono. Poco después de empezar su búsqueda, al escamotear el pasaporte caducado, Baltasar había tomado otra decisión que tenía que ver con su gusto por los viajes. Sin decirme nada, consiguió un visado para Checoslovaquia, rápidamente y sin problemas, contra toda expectativa. Fue a Eger —pasando por Frankfurt y Bayreuth, donde asaltó a los dos médicos—, y de allí a distintos pequeños pueblos que representaban un papel en la historia de algunas personas. Sin duda contaba con no encontrar en ellos a nadie que se acordase de nadie, porque la parte germanoparlante de la población que vivía allí antaño había huido, había sido expulsada o había muerto; sin embargo, confiaba como siempre en la diosa del azar, aliada suya.

— Antes de irme escribí una docena de cartas, referidas a un asunto de herencia de mi tío Brockmann, a la Cruz Roja y otras instituciones que se ocupan de buscar desaparecidos de guerra. Espero que haya respuestas esperando en mi casa. Además, naturalmente, porque soy un hombre consciente de mi deber, he terminado las columnas de los dos próximos números de mi consultorio sentimental. Probablemente vuelve a haber montañas de problemillas rondando por ahí.

Al parecer, ese extremo era nuevo para Evelyn:

— ¿Qué consultorio es ese, Baltasar?

La miró sonriente.

— Soy la señora Griseldis —dijo, con aire de abuelo

bondadoso. Ella rió entre dientes y mencionó el nombre de la revista.

—Exacto —dije yo—, allí Baltasar Griseldenbach da semana tras semana consejos no cualificados. No ha inventado todas las cartas, sólo la mayoría.

—¿Es eso cierto?

Baltasar sacudió el mentón en gesto de rechazo.

—No. En promedio, llegan hasta cuatro mil cartas por semana. Un equipo de la redacción las clasifica, trabaja sobre ellas y responde una parte. La mayoría son preguntas estándar, necedades, o falsos problemas, y para la mayoría hay respuestas estándar. Así que a mí me llegan unas cincuenta que, o bien han llamado especialmente la atención, o son de una importancia especialmente general. Escojo cuatro o cinco, que son reproducidas junto con mi sutil respuesta psicológica; para las otras dicto en cinta las respuestas, que pasan a limpio en la redacción y envían en forma de carta. ¿Satisfecha?

Por supuesto Evelyn quería saber más, pero intervine:

—Disculpa —dije, lanzando una mirada a la hija de la casa—, pero creo que primero deberías contarnos un poquito más de tu viaje.

Baltasar tosió:

—¿Llevo ya media hora hablando, y mi luz aún no es suficiente para ti?

—Y un cuerno, luz. Has estado parloteando un poco sobre preparativos. Me gustaría saber qué resultados ha dado tu gira.

Evelyn torció el gesto, defraudada:

—Muy bien —dijo, haciendo un mohín—, entonces me marchó a hacer la comida.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Baltasar me miró con aire sombrío.

—¿Crees —dijo, condescendiente— que si de verdad hubiera descubierto algo importante no lo hubiera gritado hace mucho a los cuatro vientos?

Moritz gimió y acudió en mi ayuda:

—Quizá —dijo— tu cerebro atiborrado de productos de aluvi3n, lecturas y otras sustancias nocivas no esté en condiciones de sacar conclusiones importantes de cosas sin importancia. Informa pues, oh benévolo Matzbulbo, para que sepamos.

Matzbach resopló y miró con aire lacrimoso a Ariane:

—¿Ves cómo me tratan mis queridos amigos, que he criado a mis pechos y alimentado con la sangre de mi corazón? ¿No es repugnante? Ah, el mundo es cruel.

La señora Binder agitó una punta de su sari ante su carnosa nariz:

—Creo —dijo, burlona— que tus queridos amigos tienen toda la razón. También a mí me gustaría saber qué has encontrado.

—Ajá, una conspiración. Muy bien, veréis como no conseguís nada... Bueno, empecemos por los dos médicos. Me han contado como un solo hombre que Ahrenborn era listo y frío, pero un médico con futuro. De su época de estudios no había mucho que contar... las habituales orgías, gamberradas, duelos de esgrima, visitas al burdel y todo eso. El primer trabajo serio, aparte de hacer de fámulo de otros médicos, lo tuvo Ahrenborn en su casa, ese pueblecito junto a Eger. Allí había un hospital rural, en mitad del bosque, con un director viejo, ya un poco senil. Ahrenborn era el único ayudante, aparte de un enfermero

muy capaz llamado Morken, que casi hubiera podido ser médico, pero al que faltaban un par de papeles. Los dos compañeros visitaron a Ahrenborn, por separado, varias veces. Luego, los mandaron a la guerra. Uno fue como médico de batallón al frente Oriental, el otro a Italia con un destacamento sanitario. El de Bayreuth dice que en su última visita se sorprendió un poco. Cuando la cosa empezó a naufragar en Italia, sufrió una pequeña herida y pasó un tiempo en casa. A principios del cuarenta y cuatro se pasó a ver a Ahrenborn, que seguía en su hospital. Entretanto, el director estaba completamente idiotizado, de manera que Ahrenborn estaba en la práctica solo y podía hacer y dejar de hacer cuanto quisiera. Además, Ahrenborn tenía un hermano en la Gestapo; quizá fue él el que se cuidó de que pudiera quedarse en el hospital, sin cambiar ni tener que ir al frente. Pero bueno, eso da igual. Sea como fuere, su compañero se sorprendió. Ahrenborn no tenía mucho que hacer, y cuando su colega fue a visitarle a principios del cuarenta y cuatro, una parte del hospital estaba ocupada con prisioneros de guerra rusos. Había un campo en las cercanías.

Matzbach hizo una pausa cargada de significado. Yo iba a decir algo, pero Moritz fue más rápido:

—Es curioso —dijo. ¿Prisioneros de guerra rusos? Creo que nuestros antepasados los dejaban morir por millones, o los mataban en el sitio. Aparte de eso, si acaso, había enfermerías en los campos...

Baltasar asintió:

—Chico listo. El colega dice que se sorprendió, entre otras cosas, porque no consideraba precisamente a

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
Ahrenborn ningún apóstol de la Humanidad. De su mujer apenas se acuerda: era un ser huidizo, una de esas personas a las que se olvida en cuanto ha servido en silencio el té. Por lo demás, las manifestaciones del otro son parecidas. El enfermero les impresionó a ambos. Era mayor que Ahrenborn, y se habían hecho buenos amigos, se tuteaban. Los dos colegas tuvieron la impresión de que Morken era el más fuerte de ellos, y Ahrenborn tenía en mucho sus consejos. Apenas se acuerdan de la hija, pero sí del hijo de Morken. Al parecer, en sus distintas estancias salieron a cazar con Morken y Ahrenborn por los extensos bosques de los alrededores. Siempre, ya no recuerdan en total cuántas veces, pero el chico siempre iba con ellos. Lo describen como un muchacho despierto, robusto, con la suficiente sangre fría como para abatir a corta distancia a un jabalí después de que uno de los huéspedes errara el tiro y el animal se lanzara sobre... creo que era el de Frankfurt, se lanzara sobre el de Frankfurt.

“Después de la guerra se perdieron de vista, al menos por un tiempo, y no retomaron las viejas relaciones. Se veían a veces en congresos, o leían publicaciones de Ahrenborn, pero ninguno de los dos tenía muchas ganas de volver a verle.

En ese punto, Evelyn regresó y anunció que la comida estaba lista. Fuimos al comedor, donde había una mesa servida para los seis, y tomamos un nutritivo menú de sopa de verduras, espaguetis con jamón y ciruelas asadas. Durante la comida Baltasar siguió contando, sólo que a menudo con la boca llena y muchos rodeos. Así que resumiré el resto.

De Bayreuth fue a Checoslovaquia. Todas las investigaciones sobre Brockmann carecieron de resultados, porque ya no había documentos accesibles de los alemanes del sur, y nadie en la región de la que provenía Brockmann se acordaba de algo, en la medida en que Baltasar encontró siquiera gente dispuesta a dar información.

La cosa salió mejor en la patria chica de Ahrenborn. Allí todavía vivían unos cuantos ancianos bohemios que, aunque a regañadientes, se acordaban de la época del docenato de los mil años y del protectorado. Le enseñaron el bosque en el que antaño había estado el hospital. Había ardidado hasta los cimientos en febrero de 1945, sin que se supiera el motivo. Sea como fuere, nadie había buscado los motivos. En las cercanías se encontraba un monumento, erigido a principios de los años 50, que recordaba a los 137 héroes del fraternal Ejército Rojo que entre 1943 y 1945 habían muerto allí de heridas y enfermedades incurables.

Edgar, que había guardado silencio todo el tiempo mientras Moritz y yo hacíamos de vez en cuando observaciones superfluas, dijo de pronto en ese instante:

— ¿Ciento treinta y siete en dos años? No está mal, para un hospital tan pequeño.

Baltasar no respondió. Éste fue el resto de su relato:

Había en ese hospital —como ya había mencionado el colega de Bayreuth— una sección herméticamente cerrada, en la que se encontraban los pacientes con enfermedades infecciosas. Ahrenborn se había referido a ella como argumento para la presencia misma de los

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios** prisioneros rusos; se había declarado dispuesto a tratar allí las enfermedades infecciosas para que no contagiaran con ellas a todo el campo, y posiblemente a toda la zona.

Uno de los viejos campesinos dijo que alrededor de 1943 Ahrenborn había hecho construir con fondos del Reich un crematorio, aunque pequeño, que se levantó directamente anexo al hospital. Allí también se podían incinerar fallecidos que habían vivido en el entorno próximo y habían dispuesto esa forma de entierro antes de su muerte.

—El resto —dijo Baltasar— os lo contaré después de comer.

Esa consideración, inusual en él, a los estómagos débiles me hizo temer lo peor. Cuando volvimos a sentarnos en el salón, junto al café y los cigarrillos, prosiguió:

—El resto es fácil de contar. En algún momento del verano del cuarenta y cuatro, en el bosque que había detrás del hospital, ocurrió una tragedia de la que nadie sabía nada preciso... era asunto de los alemanes. Sea como fuere, en ella se vieron involucrados soldados y el hermano de Ahrenborn, el hombre de la Gestapo. Hubo unos cuantos muertos, el hombre de la Gestapo entre ellos, y durante unos días reinó la confusión. Uno de los ancianos dice que en el periódico que se editaba en alemán se publicó una noticia entonces, pero la continuación, la explicación de la misma, nunca se supo. No sabía mucho más... como he dicho: asunto de los alemanes. Luego, todo siguió su curso normal. En el hospital, la gente se moría y era incinerada, y así hasta principios del cuarenta y cinco. En febrero se quemó todo. De todos modos, por

aquel entonces todo estaba ya manga por hombro. Más adelante, en las cercanías del hospital, encontraron al enfermero Morken, muerto a tiros; de los otros nunca más se supo. Cuando conté que Ahrenborn era catedrático, no sorprendió a nadie. Se supone que era un buen médico. Naturalmente nadie había acudido a su consulta: era alemán... El director del campo de prisioneros de guerra se pegó un tiro poco después, cuando llegaron los americanos. Y en mil novecientos cincuenta Ahrenborn presentó una tesis doctoral sobre series de pacientes que sufrían formas raras de una determinada y arriesgada infección vírica. Su habilitación, unos años después, fue sobre un tema similar.

Cruzó las manos sobre el vientre, pero su expresión era muy desapacible:

— Ahora, sumad dos y dos.

Naturalmente, ya habíamos hecho la suma y llegado a los mismos y desagradables resultados. Baltasar hizo un gesto de rechazo cuando la confusión se hizo demasiado ruidosa para él.

— Silicio — gritó. — Os comportáis como una horda de ratones — en tono un poco más tranquilo, añadió —: Por el momento todo es ocioso; hay demasiados frascos vacíos en el soporte.

A veces se expresa de forma extraña.

— Además, ¿quién va a demostrarlo? De acuerdo, quizá experimentó; en aquellos tiempos, nuestros antepasados eran muy activos en ese terreno. Pero habría que demostrarlo. De acuerdo, quizá contagió al hospital y mató a Morken. Pero, ¿por qué? Quizá fue algún

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
otro. Quizá convirtió sus viejos documentos, pasado el conveniente plazo de respeto, en títulos académicos. Pero, ¿por qué se largó en febrero? En aquel momento la región aún seguía firme en manos alemanas, y sólo después de la capitulación llegaron los americanos, no los rusos. ¿Y qué historia es ésta de los cadáveres en el bosque? Demasiadas preguntas.

Me miró:

—Luego hablaremos más de eso. Yo tengo el mando aquí. ¿Qué tienes tú que contar? ¿No te da vergüenza correr por la ciudad como en una policiaca americana, dejar a chicas en granjas y considerar pinchados todos los teléfonos?

Me sentí un poco ofendido, aunque naturalmente tuve que darle la razón. Pasamos charlando media tarde sin llegar a ningún resultado. Por fin, le tiré a Matzbach al regazo su cuestionario y me despedí. Estaba hartó; en vista del enigma, las medias respuestas y las preguntas pendientes, incluso olvidé durante breve tiempo mi preocupación por la desaparición de Barbara Grosseck. Por la noche me volví a acordar de ella, pero no había nada que pudiera hacer.

Pasé un domingo intranquilo. Nadie se dejó ver ni oír. Pero entretanto los azares con los que Matzbach está aliado habían empezado a entrar en juego; sólo que yo aún no lo sabía.

El lunes por la mañana, a las nueve, el teléfono resonó estridente. Lo descolgué sin haber descansado, porque me había quedado dormido leyendo alrededor de las cuatro y media.

— ¿Sí?

— Yo.

Inequívoco Matzbach. Calló un segundo, y oí voces al fondo. Luego, dijo sin alegría:

— Escucha, marmota, vas a levantarte enseguida, a vestirte y a presentarte en mi casa.

— Eso es lo que tú crees — dije. No haré nada parecido si no hay una razón urgente para ello. Y lo dudo. Seguro que tienes un cepillo de más a bordo, ¿no?

Resopló.

— Querido, iba a decírtelo más tarde, pero como no crees nada que provenga del pobre y viejo Baltasar te lo diré ahora, para que vengas. Esta mañana encontraron a Barbara Grossek.

Tragué saliva.

— ¿Muerta?

— Sí, y desde hace mucho. En este momento, tengo el placer de ver a mi alrededor a Moritz y al caballero responsable de la brigada criminal.

— Ah, sí — dije. Moritz ha hablado con él. Se limitó a reírse, ¿no?

Baltasar gruñó:

— Ahora ya no se ríe. Ahora quiere saber lo que sabemos. ¿Vienes, o tenemos que ir a buscarte con una lechera?

Me enteré de los detalles cuando llegué a casa de Matzbach. Junto al tramo del ferrocarril que va de Godesberg a Bonn o, más exactamente, de Friesdorf a los ramales orientales de Kessenich, hay huertos, raras veces interrumpidos por casas. No son propiamente huertos domésticos, pero sí algo parecido. En esa zona el tendido

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios** del ferrocarril es realmente bello, tiene una atmósfera que recuerda vagamente las canciones de F.J. Degenhardt. Algunos de los huertos están bastante salvajes; muchos parecen haber sido abandonados hace ya mucho tiempo. En verano proliferan y, cuando se pasa por allí o, si es posible, se juega al *boy scout* entre los huertos, no se sabe muy bien si sus formas de crecimiento están pensadas o son fruto del azar.

El propietario de uno de los huertos había vuelto a casa tras unas largas vacaciones de verano. Como aún le quedaban unos días hasta volver a empezar el trabajo, la mañana de aquel lunes había ido a su huerto, que realmente estaba lleno de maleza.

—Pura casualidad —dijo malhumorado el comisario jefe. En principio, el cadáver hubiera podido estar allí hasta que un arqueólogo empezara a remover dentro de trescientos años.

El propietario del huerto había percibido un olor desagradable. Venía de la zona entre el talud y el recipiente de su basura orgánica, que estaba pegado al límite de su finca. Fuera lo que fuese lo que ocurriera allí, sólo él podía comprobarlo, porque al otro lado del talud de la vía se extendía una zona de barbecho, una pradera silvestre; a este lado —visto desde el huerto—, una finca cuyo propietario había muerto hacía algunos meses y cuyos herederos no habían mostrado ningún interés hasta el momento.

—Si el asesino, los asesinos o la asesina lo hubieran sabido, habrían dejado a la mujer diez metros más al norte, al otro lado del talud, y jamás la hubiéramos encontrado.

La visión no fue muy agradable. El hombre había informado a la policía y luego se había ido a casa a duras penas. De todas formas, aún era en alguna medida reconocible que la mujer muerta presentaba ciertas similitudes con la fotografía de Barbara Grossek, a la que se echaba en falta desde hacía algunos días. Por desgracia, no fue posible ahorrar al padre la identificación.

—En estos momentos se está procediendo a la autopsia —dijo el comisario jefe. —Entonces sabremos con exactitud cuándo y cómo murió. Parece un disparo, pero las señales externas pueden haber sido modificadas por los perros o las cornejas.

Tenía el rostro un tanto grisáceo; sin duda Bonn abunda en criaturas que debido a la inactividad de su cerebro satisfacen la definición de muerte clínica y cobran percepciones de funcionario, pero los crímenes violentos son más infrecuentes que, por ejemplo, en Nueva York.

—Ahora que estamos todos reunidos —dijo, malhumorado—, me gustaría saber qué imaginan ustedes y qué ha pasado.

Se puso un cigarrillo en la comisura de la boca; cuando fui a ofrecerle fuego, se negó con un gesto:

—Gracias, sólo estoy engañando a mis pulmones.

Me sorprendió escuchar lo preciso que Baltasar podía ser informando cuando quería. Puede, cuando quiere, aunque dudo que jamás vuelva a verlo. Necesitó alrededor de un cuarto de hora para exponer clara y comprensiblemente, sin rodeos ni adornos, todo lo que él, Moritz, Edgar y yo habíamos averiguado en las últimas semanas.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Al cabo de unos dos minutos, el comisario jefe ocultó los ojos detrás de las manos y apoyó los codos en la mesa. Cuando Baltasar hubo terminado, nos miró uno por uno y movió la cabeza de un lado a otro.

— Una parte — dijo a media voz — ya me la había contado él — señaló a Moritz, sentado en un rincón, muerto de sueño. — ¿Tienen algo más que aportar, caballeros?

Dijimos que no.

Edgar miró su reloj.

— Señor Ziegler — dijo —, ¿me necesita, o puedo...?

El comisario jefe hizo un gesto cansado:

— Váyase al hospital y no mate demasiados pacientes — dijo. — La historia me mata.

Baltasar fingió compasión:

— ¿Cuál, señor Ziegler? ¿Ésta, la Historia Universal, o a cuál se refiere?

El comisario jefe no respondió. Esperó a que Edgar se fuera y dijo:

— Bueno, no vamos a hablar ahora de las pequeñeces, que juntas ya suponen unos añitos a costa del Estado. El pasaporte sustraído, la identificación oficial falsificada, abuso de cargo público, engaño, violación de la paz doméstica, etc. No, no me quiero excitar. Todo a su tiempo.

Baltasar le interrumpió con frialdad:

— Olvida usted que me prometió tomar nota de nuestro testimonio sin tener en cuenta las circunstancias en las que hemos accedido a los hechos.

El comisario jefe frunció el ceño, pero no dijo nada al respecto.

— Bueno, ¿qué es lo que tenemos? Nada. Un hombre gris desaparecido, un cepillo de dientes de más, conjeturas

sobre el pasado de un prestigioso profesor, más conjeturas sobre el pasado de un diputado al Bundestag, cotilleos acerca de diversos procedimientos conyugales... nada. Lo único tangible es ese disparo a, cómo se llama, Burger, aunque sus conclusiones son puramente hipotéticas e indemostrables. Además, en principio no puedo darme por enterado del disparo, porque su conocimiento se basa en la infracción del secreto médico profesional y, a su vez, usted me ha obligado a no saber nada –formó un hueco con las manos. –Nada entre dos platos –dijo, señalando el hueco con la mandíbula–, tan sólo acontecimientos no verificados y conjeturas indemostrables.

Señaló el teléfono y se volvió a Matzbach:

–¿Me permite?

Baltasar puso la mano sobre el aparato:

–Con una condición.

El comisario jefe torció el gesto.

–Me ataca los nervios, Matzbach –dijo.

Baltasar alzó las cejas. Pareció muy arrogante.

–Olvida sus modales, Ziegler.

El comisario jefe encendió el cigarrillo y lanzó una gran nube de humo.

–Escuche –dijo, con voz ronca. –Sabe que está legalmente obligado a...

Baltasar le interrumpió:

–Escuche usted –dijo. –Le expongo un montón de hipótesis indemostrables que sólo son indemostrables porque nosotros, pobres aficionados, no podemos llamar simplemente a la brigada criminal y pedir información. Si usted avanza en este asunto sólo será porque nosotros

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
le habremos dado material suficiente para trabajar. Así que guárdese eso que llama sus obligaciones legales. Ya hemos hecho más de lo que ninguna ley exige. O permite. Prácticamente le hemos quitado el trabajo. A cambio, podía ser al menos lo bastante educado como para llamarme “señor Matzbach” en mi propia casa. ¿O es que usted ha hecho algo positivo? ¿Quizá ha encontrado ya a Brockmann, cuya desaparición denunció su patraña hace dos semanas? Al contrario: se rió cuando Moritz le comunicó la semana pasada que una tal Barbara Grosseck había desaparecido.

Ziegler tragó saliva.

— ¿Puedo utilizar su teléfono, señor Matzbach? Me gustaría comprobar si se ha hecho algo en el caso Brockmann, y algunas cosas más.

Baltasar gruñó y empujó el aparato hacia él. El comisario jefe llamó a uno de sus colaboradores, y le dictó una lista de nombres — Ahrenborn, Morken, Kleinsiepe, Pistorius, Grosseck, Treysa, Pallenberg, Brockmann— con el ruego de que le consiguiera rápidamente informes. Luego hizo que le pasaran con otro funcionario, al que preguntó cómo se había tratado la denuncia por la desaparición de Brockmann. Finalmente, dio el número de teléfono de Baltasar, con el ruego de llamarle en cuanto hubiera novedades o estuvieran los resultados de la autopsia.

Baltasar hizo como si todo aquello no fuera con él. Sacó un libro de la estantería más próxima y empezó a leer con interés.

El comisario jefe miraba fijamente un punto en el aire. Tamborileó en la mesa con los dedos, luego carraspeó:

– Quisiera disculparme, señor Matzbach – logró decir.

Baltasar cerró el libro y sonrió amablemente.

– ¿Y ahora qué? – dijo.

Ziegler sonrió de pronto:

– ¡Es usted un bicho raro! – sacudió la cabeza.

Baltasar no movió un músculo.

– ¿Puedo entonces seguir contando con su leal colaboración? – dijo. Ziegler respiró hondo:

– ¡Oiga! Si...

En ese momento sonó el teléfono. Baltasar descolgó, sonriente.

Matzbach... Un momento.

Tendió el auricular a Ziegler. Éste gruñó unas cuantas palabras incomprensibles, dijo “gracias” y volvió a colgar. Miró pensativo por la ventana.

– Hum – dijo –; bueno, resumiendo: según el primer análisis, Barbara Grossek lleva unas cien horas muerta. Habrá más detalles cuando se proceda a nuevos exámenes. Eso podría significar que murió entre el miércoles por la noche y el jueves a mediodía. La causa de la muerte fue probablemente un proyectil de pequeño calibre, disparado a corta distancia al corazón.

Baltasar asintió.

– ¿Cómo que probablemente? – dijo.

– Además tiene una fractura de cráneo. Aún habrá que ver si tal vez murió de eso. Quizá quisieron golpearla hasta dejarla inconsciente para poder pegarle un tiro con tranquilidad.

Baltasar volvió a asentir con tranquilidad.

– ¿Sabe – dijo amablemente – que Kleinsiepe tiene una pistola?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Ziegler gruñó:

— Sé incluso de qué marca es. Y le diré además que ya está en marcha un análisis balístico del proyectil. Sólo para que no tenga que preguntar. Lo mismo les digo a ustedes.

Se levantó.

— Si quiere — dijo entonces, volviéndose a Baltasar —, venga conmigo. Baltasar se levantó a su vez.

— ¿Adónde?

— Voy a echar un vistazo a la Cuesta de los Millonarios, por ejemplo en casa de Kleinsiepe. Me gustaría examinar su pistola.

— Seguramente es una buena idea, señor comisario jefe — dijo sonriendo Matzbach —, y podría ser bueno para su carrera. Pero preferiría no acompañarle.

Ziegler ignoró la ofensa:

— ¿Por qué?

Baltasar cruzó los brazos delante del pecho:

— Porque creo que es mejor que no ande por ahí de manera visible. Podrían reconocerme cuando llegemos al fondo del asunto y tengamos que volver a hacerlo todo solos, porque la policía se duerme.

Entretanto, el comisario jefe estaba más allá de toda susceptibilidad:

— Como usted quiera — se encogió de hombros.

Moritz se incorporó bostezando.

— Supongo — dijo — que no tiene objeciones a que la prensa informe *in situ*.

Ziegler lo miró de arriba abajo:

— Con esa cara, no puedo negarle nada. Venga. ¡Caballeros...!

Se inclinó brevemente ante Baltasar y ante mí y se fue.

Moritz se detuvo un momento y miró a Baltasar con aire inquisitivo.

Baltasar frunció el ceño.

— Todo lo que puedas conseguir — dijo en voz baja. — Fotocopias, *dossiers*, lo que sea.

Moritz asintió y desapareció a su vez.

— Baltasar — dije —, tengo que elogiarte. Impavidez en presencia de un personaje oficial.

— Bah — dijo él.

— Aún así no te entiendo. ¿Por qué ahora no quieres ir con él?

— ¡Eres idiota!

— Eso llevas diciéndomelo siete años en tu amable tono de voz ¡Responde de una vez!

— Muy bien, pero sólo por ser tú.

Se sentó y cogió una caja de cerillas por el rascador. Mientras enumeraba, iba poniendo una cerilla a un lado.

— Primero: O Kleinsiepe la mató o no. Si fue él, segundo: O le detienen porque pueden probarlo, o no. Tercero: Si le detienen, o canta o se carga todo el paquete. Si se carga todo el paquete, para la policía el asunto está resuelto. ¿O crees de veras que van a seguir investigando el pasado de Ahrenborn y la desaparición de Brockmann?

— *Okay*, supongamos que le detienen porque la bala salió de su carraca. ¿Por qué no quieres estar presente? ¿Sigues creyendo que vas a encontrar el titular de tu cepillo de dientes?

— Hum. Fíjate. No puede haber sido Kleinsiepe.

— ¿Por qué no? Él — suponemos — disparó sobre Burger.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—Sí, claro. Quizá también mató a Grossek. Pero sólo como instrumento. No tiene ningún motivo.

— ¡Eso es lo que tú afirmas! Quizá tenga uno. Uno que te sorprenda y sea suficiente para la policía.

— Podría ser, pero eso no significaría que fuera el auténtico. Mira, aún me quedan muchas cerillas. Barbara Grossek quiere contarte algo, material para una novela policíaca; cree que algo huele a podrido en la quesería de Hamlet. Pero habéis hablado largo y tendido sobre la señora Kleinsiepe, o al menos en alguna medida largo y tendido. ¿No crees que te habría dicho más si el asunto podrido hubiera tenido que ver con Kleinsiepe? Sigamos. Burger, probablemente, os ha escuchado Se lo cuenta... ¿a quién? El propio Burger puede tener poco que ver directamente con el asunto. Okay, quizá podría disparar, pero no arrastrar el cadáver ni romperle el cráneo. Probablemente no tiene fuerzas para eso con el hombro herido. Así que supongamos que contó algo. ¿A quién? ¿A la señora Kleinsiepe? ¿O a Ahrenborn? Conferenció con Ahrenborn a la mañana siguiente, bajo la ventana de Susanne Weber. Ahrenborn señaló hacia la ventana, y Burger se acercó con tanta discreción que cabe suponer que no quería ser visto... ¿por testigos? Luego, se mostró abiertamente con Ahrenborn en el jardín. Ahrenborn sabía que en ese momento allí no había nadie de quien esconderse... salvo Susanne. Pero ella estaba encerrada y según todas las previsiones, no podía escapar. Así que no representaba riesgo alguno. Por eso le dijo a Burger que podía pasear tranquilamente con él por el césped, y señaló hacia la ventana. Quizá dijo: "La he encerrado, no se nos escapará, eso ya lo

resolveremos después". Y la noche antes, bastante tarde, Ahrenborn —o al menos eso dice Susanne Weber— conferenció con Kleinsiepe. Y habló por teléfono con alguien que al principio desfiguró su voz, pero al que ella creyó conocer de algún modo. ¿Habló quizá con Burger, que le dijo: Barbara Grosseck sabe algo? ¿O con Kleinsiepe, que le dijo: mi mujer dice, Burger dice, que Grosseck sabe algo? ¿Le dijo a Kleinsiepe: pásate luego por aquí, o a Burger: ven mañana temprano? No, trata de encajar todo eso. Yo no puedo. Pero estoy seguro de que Kleinsiepe, si realmente fue él quien disparó, sólo fue un instrumento.

Reflexioné, pero tampoco a mí se me ocurría una alternativa plausible:

—¿No crees —dije al fin— que quizá el propio Ahrenborn...? ¿O, por qué no, Morken?

Él se sacudió:

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? Bah, en lo que a Morken se refiere: ¿En qué Estado del mundo un diputado al Parlamento tiene que ejecutar en persona sus crímenes? Para eso están los guardaespaldas, los servicios de orden de los partidos, y esas cosas. Y seguro que ellos no dejarían un cadáver en un talud del ferrocarril, justamente enfrente del Bundestag. ¿Y Ahrenborn? Tiene otras posibilidades, hombre, muy distintas de una simple bala. Probablemente la habría envenenado con algún virus desconocido, la habría disuelto en ácido clorhídrico o algo así, pero en absoluto le hubiera pegado un tiro y la hubiera dejado en un talud. No, estoy bastante seguro de que eso lo hizo Kleinsiepe.

—Quizá también una de las diversas mujeres —pro-puse—.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Madame Kleinsiepe, por ejemplo.

—¿Cómo iba a llevar ella el cadáver al talud sin dejar grandes rastros? Sin duda podría haber disparado, pero luego alguien tiene que haberle ayudado a cargar, y con eso volvemos a Kleinsiepe.

Entonces se me ocurrió una idea estupenda:

—¿Y si —dije pérfidamente— sencillamente uno que pasaba la asaltó, la golpeó, la violó, le pegó un tiro y la arrastró hasta el talud?

Baltasar estaba allí sentado, tranquilo, infinitamente superior.

Imposible —dijo. —Del todo imposible. Eso sería un improbable azar.

—Improbable quizá, pero no imposible.

—Imposible, te digo. Por dos razones. En primer lugar, ella prácticamente desapareció al salir del teatro... dicen sus padres. Cuando uno sale de un teatro, sobre todo en Godesberg, no desaparece sin más. Allí está la Plaza del Teatro, y es bastante grande. Eso sólo se explica si de pronto aparece un conocido o un vecino y dice: “¿Tienes un momento? Es muy urgente, y nos llevará poco”.

Yo asentí titubeando:

—Podrías tener razón. ¿Y el segundo motivo?

—Ah —dijo él—, ése es el que de verdad importa. Sería, como te he dicho, un azar improbable. Y eso es imposible, porque como es sabido los azares improbables siempre trabajan a mi favor.

Me quedé allí sentado, aplastado. Por fin, logré decir:

—Está bien, está bien, *quod erat demonstrandum*. ¿Qué hacemos ahora?

Èl sonrió.

–No lo pongas tan difícil, muchacho... Ahora, esperaremos hasta que Moritz nos cuente más. Seguiré con mi cesto de penas, el correo es abundante, y tú cogerás un buen libro. No puede hacerte daño. Naturalmente, también puedes irte a casa y perderte la continuación.

Recogí unas migajas, volví a hacer café y me hundí con resignación en *El principio esperanza*, de Ernst Bloch. Baltasar leía su correo de penas y reía entre dientes de vez en cuando. Más tarde me leyó una carta especialmente bonita, después de haber esbozado una rápida respuesta.

Escucha. Una buena chica, podría estar emparentada con tu señora Kleinsiepe.

Yo protesté:

–¡Deja a un lado los pronombres posesivos, no es mi señora Kleinsiepe!

–Muy bien, paz. ¡Ahora escucha, atiende y asómbrate!... “Querida señora Griseldis. Tengo 19 años, soy bastante guapa y secretaria. Mi jefe, de 39, es muy atractivo, está casado con una mujer muy amable y tienen dos hijos encantadores. En enero tiene que irse a un congreso a Barcelona. Un amigo suyo tiene un *bungalow* en las cercanías, donde piensa pasar unos días después del congreso. Su esposa no quiere dejar solos a los niños. Me ha invitado a acompañarle y pasar el resto del tiempo con él en el *bungalow*. Mi problema es que hasta entonces faltan casi cinco meses. ¿Cómo he de comportarme ante mi jefe hasta entonces? No quiero causar un escándalo, y además su mujer me cae muy bien. Por otra parte,

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
me gustaría continuar las relaciones íntimas con él, que son muy satisfactorias, incluso preferiría que fueran más frecuentes que hasta ahora, una vez por semana. Y, naturalmente, me gustaría ir a España con él. ¿Qué debo hacer? Estoy tan desesperada. ¡Por favor, ayúdeme! Suya, X. Y.”

Yo solté una estruendosa carcajada:

— ¡Tiene problemas! Es maravilloso. Baltasar sonrió.

— Vivimos —dijo solemnemente— tiempos indignos, en los que lo más inferior ocupa el primer lugar y el orden del cielo ya no es respetado.

— Muy cierto —dije. — ¿Qué le has contestado? ¿Va a salir en la revista, o como carta?

— Esto —dijo con decisión— saldrá sin recortes en la revista, o dejaré la pluma. Mi respuesta: “Querida X.Y. Como interiormente su decisión ya está tomada, no quisiera embarcarme en discusiones morales con usted; sin duda sería superior a mí en ese terreno. Sólo le diré una cosa: si no va con su jefe a España, debería buscarse otro empleo. Pero como sin duda quiere ir a España, le recomiendo que tome la píldora o algo parecido. En primer lugar, eso relaja enormemente la relación profesional. En segundo lugar, los eventuales niños no serían tan encantadores, con una madre así. En tercer lugar, en ese caso en enero estaría usted en el cuarto mes, y eso puede echar a perder el más bello fin de semana y al jefe más potente. Lo mejor es que viaje sola a España. Puede llevarse la máquina de escribir como sucedáneo. Escríbame una postal. Lo mejor es que se trague su desesperación. No morirá de ella, no es venenosa”. ¿Qué tal?

—Muy acertadas observaciones, excelencia. Constató que nuestra democracia ofrece innumerables posibilidades de ganar dinero mediante cháchara no cualificada.

—Sí, ¿verdad? Sólo que nuestros ministros están mejor pagados que yo.

Siguió rebuscando, y yo seguí leyendo. Un buen rato después, su discurso acerca de los azares que le favorecían se enriqueció de forma inquietante. Lanzó un agudo silbido.

—¡Mira esto! Es increíble. Escucha: “Querida señora Griseldis: Quizá le sorprenda mi carta, pero soy una mujer mayor, sencilla, y no sé qué hacer o a quién dirigirme. Desde hace muchos años tengo amistad con un hombre muy amable, de mi misma edad. Se llama Pistorius y vive en Godesberg. A mediados de septiembre queremos viajar juntos al sur. Hace cuatro semanas me escribió que en su vecindario estaban pasando extrañas cosas. En los próximos días me mandaría un sobre cerrado dentro de otro sobre, que debía entregar a la policía si le ocurría algo. No he vuelto a saber nada de él. Al principio no me preocupé, porque nunca había escrito mucho, solía hacerlo dos veces al mes. Pero cuando la carta que me había anunciado no llegó sí que me preocupé. Llamé un par de veces a su casa. Por fin, hablé con una joven que vive en la misma casa que él, junto con su marido. Me dijo que estaba de viaje. No pude creerlo, porque me lo hubiera dicho. Le esperé unos días más, pensando que quizá realmente se había ido de viaje, y que seguro que me enviaría una postal para disculparse; pero hasta ahora no ha llegado nada. La verdad es que ahora no sé qué

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
hacer, estoy segura de que le ha ocurrido algo. ¿Puede usted aconsejarme? ¿Debo ir a la policía? ¿O cree que se van a reír de mí? ¡Por favor, respóndame pronto! que su desesperación. No morirá de ella, no es venenosa” ¿Qué dices a esto?

— Es para no creérselo — dije con voz débil. — Pistorius, el viejo y amable viudo. La cosa se está complicando.

Reflexionamos un rato. Baltasar encendió uno de sus puros.

— Bien, ella no recibió la carta que él iba a enviarle. Quizá se ha perdido, a veces ocurre. Pero quizá ya no pudo enviarla.

Se lanzó con fervor sobre el asunto. Traté de frenarle, aunque pensaba lo mismo que él.

— Quizá realmente se fue sin la vieja dama.

— Eres lamentable — dijo en tono de reproche Baltasar.
— Tus reparos siempre llegan en el momento equivocado.

Se dedicó a masticar un lápiz, luego volvió a dar una calada a su puro.

Finalmente, tras largo silencio, dijo:

— No hay caso. O vive y está de vacaciones, y entonces alguien tendría que haber tenido noticias tuyas, ¿no? Bueno, no necesariamente Pero partamos de la base de que se ha enterado de algo. Por el momento no importa de qué. Entonces, quizá lo hayan matado. Por el momento tampoco importa quién. Sin duda quienquiera que lo tenga sobre su conciencia se ha encargado de que la prevista carta ya no existe, si es que ha existido alguna vez. No vale la pena que la busquemos.

En eso Baltasar se equivoca terriblemente, pero lo supimos demasiado tarde.

—¿Qué hacer, qué hacer? —estaba claro que estaba indeciso. Por fin dobló la carta y se la guardó. Levantó el sobre y leyó la dirección.

—La señora vive en las cercanías de Wesel. Hum, eso está a dos horas, dos y media hasta que la encuentre... Bien. Tendrá que ser así. Ahora esperaremos a que Moritz llame e informe. Luego haremos planes y luego me iré a Wesel. Quiero interrogar en persona a la vieja dama.

Asentí.

—Será lo mejor —dije con voz cansada. —Confieso que este asunto empieza a agotarme.

Para mi sorpresa, en esta ocasión no hubo ningún mal chiste:

—A mí también, querido —dijo. —No creo que pueda trabajar razonablemente ahora. ¿Jugamos al ajedrez?

Dos horas después, Moritz llamó a la puerta impetuosamente. Baltasar abrió. Nuestro reportero jefe se precipitó en la habitación, un poco pálido.

—El siguiente cadáver —dijo sin aliento, y se dejó caer en un sillón.

—¿Quién? —dijimos al unísono Baltasar y yo.

—¡Adivínadlo!

A veces la inclinación por las bromas macabras es demasiado grande pero imparable.

Baltasar calló. Naturalmente, yo cometí el error de adivinar.

—¿Otro Grosseck?

Moritz negó con la cabeza.

Baltasar me miró con expresión despectiva y dijo:

—¡Aguza el ingenio, idiota!

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—¿Para qué? ¿Se borran los cadáveres del mapa pensando?

—No, pero se identifican.

—Demuéstramelo.

Se mostró defraudado:

—Pensaba que después del rato que estuvimos pensando juntos ya se te habría ocurrido hace mucho. Yo lo estaba esperando.

Me quedé sin habla, y al parecer Moritz también. Abrió y cerró la boca; finalmente, dijo:

—Me rindo. Suéltalo de una vez, gordo.

Baltasar se puso en jarras.

—¿Es que no aprendéis nada cuando se os enseñan las cosas? El cadáver podría llamarse Ewald Kleinsiepe. Moritz se hundió sobre sí mismo.

—Lo admito — dijo débilmente —, es cierto. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Lógica, lógica elemental, querido Watson. Con el supuesto de que no es el autor intelectual del asesinato de Barbara Grossek, su muerte se hace inevitable. Al mismo tiempo, apoya de manera definitiva la anterior hipótesis. ¿Todavía no lo veis?

Yo negué en silencio con la cabeza.

Baltasar se sentó y encendió su siguiente puro.

—Veamos — dijo —, algo está podrido. Tiene que estar bastante podrido para justificar un crimen o que un crimen sea una salida. Barbara Grossek sabe algo; muere. Kleinsiepe la mata de un tiro, supongo, y la lleva al talud del ferrocarril. El propio Kleinsiepe es demasiado simple como para hacer cosas tan perversas. Quizá pueda disparar

un tiro en medio de un ataque de ira, o por celos, pero no a sangre fría... a no ser que se le obligue a hacerlo. Quien quiera que le haya obligado es el verdadero criminal. Si se atrapa a Kleinsiepe, cosa segura en cuanto el cadáver sea encontrado, podría desembuchar. No puede salirse de rositas, porque si fue él pudo haber empleado su pistola, y eso se puede probar. Así que tiene que permanecer mudo. Sin duda no es el tipo de persona que soporta un largo interrogatorio, es demasiado impulsivo para eso. Ergo lo han liquidado.

Moritz sonrió:

— Error. Se ha pegado un tiro en la boca, después de escribir una carta de despedida.

Baltasar levantó las cejas:

— Interesante. Cuenta.

— Presta atención. Fuimos a la Cuesta. El coche de Kleinsiepe estaba allí, pero nadie abrió cuando llamamos. En su casa, quiero decir. Llamamos por teléfono desde casa de Morken, es decir, el comisario lo hizo.

Baltasar alzó la mano:

— Un momento. ¿Quién había en casa de Morken?

— Sólo la madre, la señora Morken... El comisario jefe llamó a Correos. Allí le dijeron que Kleinsiepe estaba enfermo desde el jueves. Entonces llamó a la señora Kleinsiepe, a su ministerio. Debía venir a casa enseguida. Llegó alrededor de veinte minutos después. Al principio nos miró con expresión idiota, pero luego abrió la puerta. Arriba, en el salón, yacía Kleinsiepe, muerto. Sobre la mesa había una carta.

Moritz sonrió triunfal y sacó un trozo de papel del bolsillo. Lo desplegó y se lo tendió a Baltasar:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— En un minuto frenético — dijo, orgulloso —, he sacado una copia en el despacho del comisario jefe.

Nos inclinamos sobre el papel. Leímos:

El miércoles, a la salida del teatro, esperé a Barbara Grossek. Llevaba mucho tiempo obsesionado con ella, siempre me ha excitado. Fuimos al bosque de Kotten; allí quise poseerla. No conseguí nada. Se burló de mí. Entonces la maté.

La caligrafía no era del todo segura, las tres últimas palabras estaban bastante garabateadas.

Baltasar asintió lentamente.

— Sigue — dijo.

Moritz carraspeó:

— Bueno, a la mujer de Kleinsiepe le dio un ataque de histeria, no del todo incomprensible, dado el espectáculo. Ziegler le enseñó la nota y preguntó si era la letra de su marido. Ella asintió; lo era. Entonces abieron el coche; había sangre en el maletero. Hasta aquí tu teoría, Matzbach.

Baltasar calló y reflexionó visiblemente, al menos se le movían las orejas. Luego echó mano al teléfono y llamó al comisario jefe.

De la conversación, es decir, de la parte audible para nosotros, desprendimos que el comisario jefe consideraba cerrado el caso. Un crimen, una confesión... ¿qué más quería? Baltasar dio las gracias y colgó.

— Idiota — dijo. — Vosotros también sois unos idiotas. Voy a daros dos huesos que roer, antes de irme a Wesel. Ah, antes otra pregunta, Moritz. ¿Dónde está la señora Kleinsiepe ahora?

— El médico de la policía le dio un tranquilizante; aho-

ra está en casa de Pallenberg. La Lorenz está en casa los lunes.

Baltasar arrugó la nariz.

—Estupendo —dijo. A ver, cabezas de chorlito: ¿Dónde trabaja la señora Kleinsiepe?

—Yo me hice cargo de la respuesta:

—En una de esas repugnantes cajas de la carretera B9, a la altura de Friesdorf. ¿Qué es eso, el Ministerio de Justicia? En cualquier caso, por ahí abajo.

—Muy bien. ¿Apostamos a que su escritorio mira hacia una ventana que da al Oeste, hacia la B9 y el ferrocarril? Segundo punto. Ayer pasé un domingo estupendo evaluando los cuestionarios. Quizá deberíais repasar el asunto.

Se levantó, nos contempló malhumorado y fue hacia la puerta:

—Ahora me voy, no soporto veros más. Cerrad todo cuando salgáis de este sagrado lugar. *Cheerio*.

Moritz me miró:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué se le ha perdido en Wesel?

Le enseñé la carta de la vieja dama; Moritz suspiró:

—Esto es cada vez más complicado. ¿A qué viene esta historia? ¿Habría otro cadáver por ahí?

Hice un gesto de desdén.

—Puede ser, ya lo encontrarán, o no. Lo que me interesa es lo que Matzbach ha descubierto.

Saqué del montón el cuestionario relleno por Kleinsiepe. Nos inclinamos sobre él y lo comparamos con la confesión.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Bueno — dijo Moritz —, su carta final es un poco temblona, pero hay que comprenderlo. Si uno va a pegarse un tiro, no es un buen momento para hacer una bella caligrafía. ¡Vaya frases se le ocurrieron a Baltasar!

Comparé. La caligrafía era, inequívocamente, la misma. Kleinsiepe había competido al dictado algunas faltas que no aparecían en la confesión, aunque las palabras eran similares. No pude descubrir nada más. Y las faltas, o la evitación de las faltas, podían deberse simplemente a que después del dictado se había sentado a ver cómo se escribían algunas palabras. Al menos esa era mi explicación.

De pronto Moritz se dio una palmada en la cabeza.

— Ah — dijo —, ya sé adonde quiere ir a parar con lo del escritorio.

Yo también lo sabía, pero no me servía de nada.

— Eso está claro — dije. Si su escritorio está dispuesto de tal modo que por la ventana se mira hacia el Oeste, quizá pueda verse el talud del ferrocarril. Seguro que de lejos no puede ver detalles, pero si partimos de la base de que sabe dónde estaba el cadáver, podía en cualquier caso comprobar si en la zona ocurría algo, movimientos policiales, por ejemplo.

— Eso significa — dijo pensativo Moritz — que por ejemplo podía llamar por teléfono y decirle a alguien que Barbara Grosseck había sido encontrada.

— Si — dije yo. A su esposo, por ejemplo. El juego ha terminado, muchacho, se acabó. O al misterioso personaje de Baltasar, el que tira de los hilos. Le dice que habían encontrado el cadáver, y él va a ver a Kleinsiepe, le obliga a escribir la carta y le pega un tiro en la boca.

Moritz asintió:

— Así pudo ser. La confesión es inverosímil. ¿O crees?

— Nooo. No puede ser. Kleinsiepe era muy celoso. Incluso si quería vengarse de las muchas escapadas de su mujer, no por eso iba a coger a la hija del vecino y menos a pegarle un tiro sólo porque no se le levantaba. Y seguro que ella no habría ido precisamente con él al bosque de Kotten.

— O sea — dijo sombrío Moritz — que Baltasar vuelve a tener razón. Sólo que nadie puede demostrarlo, y la policía esta contenta con la historia tal como está. No como parece. Pero ¿cómo ha visto Matzbach todo eso en la confesión?

Nos rompimos la cabeza, pero no llegamos a ningún resultado. Por fin, lo dejamos para la mañana siguiente.

10

Pasé una velada agradable en casa de las Binder, en compañía de la madre y la hija. Evelyn estaba un poco decepcionada, porque hasta el momento no había logrado sacar con cautelosas preguntas nada de su amiga Iris Morken. Tratamos de consolarla indicándole que probablemente Iris no sabía nada; en cualquier caso, para Evelyn no era muy agradable tener que sospechar que su amiga estuviera en posesión de un sombrío secreto y menos agradable aún ir en pos de él.

Mis esperanzas de que quizá a lo largo de la velada Baltasar aparecería y contaría novedades no se hicieron realidad. Hacia medianoche nos fuimos a casa.

A la mañana siguiente, Moritz no apareció; se limitó a llamar brevemente.

—Nada nuevo —dijo—, estoy de viaje. Quizá llame esta tarde.

Tengo que confesar que el asunto se me estaba volviendo cada vez mas inquietante.

Leer novelas policiacas en las que matan gente que sólo existe sobre el papel, y por las que circulan criminales cuya realidad se limita a palabras es una cosa, y que de repente suenen disparos alrededor de uno incluso si no los oye, es otra muy distinta. Además, también es importante si uno es un curtido detective o tan sólo un civil que tropieza casualmente con tales asuntos. Por otra parte, el caso me ocupaba tanto que apenas podía pensar en otra cosa o hacer otra cosa. Y tenía muchas cosas que hacer, porque mi reserva de tiempo libre no es ilimitada, a veces tengo que ganar dinero para poder invitar a Baltasar a tomar café.

En verdad, no podía sospechar que esa misma jornada, ese martes que probablemente recordaré hasta el fin de mis días, todas las cuestiones pendientes quedarían aclaradas y algunas personas, incluyéndome a mí se verían asaltadas por un escalofrío nada inexplicable.

Por la tarde, apareció Matzbach. Estaba alegre y de buen humor, y traía consigo una resma de papeles.

—Bueno —dijo, después de haber sorbido el primer trago de café. —He tenido correo.

—Vaya, vaya —dije—. ¿Y quién te escribe?

Él no prestó atención.

— Además — gruñó —, he leído unas cuantas cosas.

— No me digas. Últimamente te entregas a placeres escogidamente refinados.

Él hinchó las mejillas un momento:

— Cierra el pico.

Luego sacó del montón de papeles la fotocopia de un viejo artículo de prensa y lo empujó hacia mí.

— ¡Lee esto!

Leí. Era la copia de un recorte de periódico de la franja fronteriza germanoparlante del antiguo Protectorado de Bohemia y Moravia. En él se podía leer que en el bosque de Z., en las cercanías del pequeño hospital, había tenido lugar una sangrienta tragedia. Dos antiguos soldados del frente oriental, ambos gravemente heridos y que iban curando poco a poco, ambos nacidos en las cercanías, se habían encontrado durante un paseo prescrito por el médico. Uno de ellos, Klaus B., no tenía los sentidos completamente en orden, después de una grave herida en la cabeza; estaba confuso, enteramente ausente, era incapaz de las acciones más sencillas, incapaz también de hablar, pero inofensivo. El otro había curado de varias graves operaciones abdominales y se ocupaba un poco de su camarada. Franz R. lo hacía — lo había hecho — porque los médicos consideraban posible que con el movimiento y la realización de actividades normales el estado mental de Klaus B. mejorase.

El relato estaba construido con auténtico dramatismo. Tras el pobre lisiado y el camarada sacrificado venía una bucólica descripción del bosque y del tierno Emil M., hijo del honrado celador del hospital, cuyo tierno

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
muchacho no pudo dejar de pasear por el bosque en el día en cuestión. Al ver al chiquillo, en Franz R. se quebró todo lo que normalmente forja al soldado alemán, y se inflamó en él, oh víctima de su pobre destino, oprimido por la carga de las privaciones por la patria y por una bala rusa, se inflamó en él un vehemente deseo por aquel muchachito. Dejó allí, desvalido, a su camarada Klaus B. y se lanzó sobre el tierno Emil M. con intención de hacerle daño. El ruido de la disputa y la pelea resonó en las profundidades del bosque, y cerca de ese lugar de triste memoria Alfred A., el hermano casualmente presente del médico Amo A., se aprestó a asistir al sufriente hijo del celador del hospital de su hermano. Pero escuchad, porque ahora viene lo peor. Al acercarse Alfred A., acrecentando su fuerte paso con fuertes gritos, el desencadenado soldado sacó del pecho una tercerola (probablemente una 08/15) y disparó contra el valeroso salvador. Luego volvió a lanzarse sobre el chico. El disparo alarmó al padre del muchacho y al médico, que, con ayuda de una escopeta de caza, acudieron al escenario de los hechos y atisbaron allí una terrible estampa. Cuando el soldado volvió a echar mano a la pistola, el padre abatió al libertino que se refocilaba en su hijo.

Se llevaron al pobre combatiente perturbado al hospital, donde lo atendieron hasta que la policía vino a llevárselos a él y a los dos cadáveres.

—Muchacho —dije, admirativo—, ¡eso sí que es una epístola! ¿De dónde la has sacado?

Baltasar se encogió de hombros:

—Bah, todas las asociaciones de compatriotas refugiados del Este tienen su archivo, y además hay toda una serie de archivos y bibliotecas... Esto pone de manifiesto el ocasional valor de esas asociaciones, ¿verdad?

Le expresé mi profunda admiración.

—Pero, ¿qué piensas hacer con eso?

Alzó la mano:

—Esto aún no es todo.

Una de las instituciones a las que había escrito le había respondido. Según el documento, su desaparecido tío Klaus Brockmann no podía considerarse desaparecido, porque no estaba desaparecido. (Ajá”, dije yo, “el estilo del viejo diario me gusta más que éste”). En 1944 había sufrido una herida en la cabeza en el frente oriental, había sido tratado primero en el hospital de campaña A, luego en el hospital B, donde se le había implantado una pequeña placa de plata en el cráneo, y después lo habían enviado a casa, en cualquier caso bajo observación, porque no había desaparecido del todo un cierto trastorno. Sin embargo, no cabía excluir que hubiera perecido en los disturbios que acompañaron el final de la guerra; pero también era posible que hubiera logrado huir a Occidente. Esa cuestión podía plantearse a otro departamento, concretamente... Con nuestros respetos y respetuosos saludos.

—Oye —dije, entusiasmado—, eso es fabuloso. Pero típico. Al final no tenían nada que comer ni municiones, pero conservaban los expedientes médicos. ¡Qué locura!

—¿Qué sacas en limpio del asunto? —dijo.

Yo suspiré.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Baltasar, vuelves a tener ese nauseabundo tono socrático. ¿Qué saco en limpio de esa historia? Bueno, es una historia tremenda.

— ¿Eso es todo?

— Una vez más, no sé adonde quieres ir a parar.

— Ah, tontito — Baltasar me miró compasivo.

Yo me revolví:

— ¿Qué es lo que te molesta? ¿Que un soldado licenciado asalte a un muchacho en el bosque? De acuerdo, suena un poco tremendo; es probable que no hubiera debido ir al bosque... pero no es imposible. También el tiroteo subsiguiente es bastante tremendo, pero no imposible.

Baltasar gimió.

— Ya veo — dijo con tristeza — que la colaboración de mis amigos se agota. Me proporcionan datos que son demasiado bobos para evaluar, y cuando yo les traigo datos, mis queridos muchachos llenan de niebla el cosmos con su charlatanería. ¡Idiota! — bramó. — ¿Qué pasa con la psicología, cochinito pensante?

Yo me defendí:

— Me considero tu corrector. Tu cabeza es impresionantemente capaz de inventar teorías infinitamente complicadas; lo admito gustoso. Mi trabajo, si quieres verlo así, es la objeción. Soy el que pone de manifiesto las objeciones razonables.

— Ja, ja, ja — hizo Baltasar. — ¡Objeciones razonables! Me rompes el diafragma de risa — me miró, dubitativo.

— Admito — dije, prosiguiendo como si no hubiera oído su estallido — que a veces tengo la sensación de que sumas dos y dos y te sale seis. Eso puede deberse a

que ves en alguna parte un tercer dos que a mí me está vedado. Pero yo parto sencillamente de la base de que te has metido en la cabeza ser un importante criminalista. Y, según te conozco, diletante universal, lo lograrás antes o después. Entonces, me quitaré el sombrero ante ti y guardaré embargado silencio. Hasta entonces, amigo mío, permite que te haga las preguntas más necias, o que te dé las respuestas que quizá nuestro estimado comisario jefe Ziegler te daría si le montaras este circo.

Baltasar sonrió:

—Lo sé —dijo—, pero aun así, prosigue.

Yo no pude por menos de sonreír a mi vez:

—Muy bien. Entonces, veo cierto problema. Si alguien se lanza sobre los chicos de una manera tan descontrolada, me resulta improbable que sólo lo descubra a edad avanzada durante un paseo por el bosque.

Baltasar asintió, y por el momento alzó en silencio los pulgares.

—En segundo lugar —dije—, no soy médico, pero me parece inusual que alguien que ha superado una o varias graves operaciones abdominales emplee la violencia en un incómodo bosque contra un muchacho, según hemos oído, robusto. Morken no era tan tierno como la gacetilla le hace. En tercer lugar: incluso si los dos primeros puntos no fueran como los veo ahora, se mantiene el problema del compañero trastornado. Es probable que los médicos dijeran al soldado: vaya usted a pasear con él, por el momento es estúpido pero inofensivo, y quizá en el entorno familiar de su infancia vuelva en sí. Entonces, no me puedo imaginar que alguien viole muchachitos

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
desconocidos a la vista de un compañero que quizá un día cuando vuelva a ser normal, lo recuerde. Cuarto: Incluso si así fuera si se lanzó sobre el chico en las mencionadas circunstancias, no puedo imaginar que le pegara un tiro a Alfred Ahrenborn, que pasaba por allí y luego volviera sin más a lo suyo. Tenía que saber que iban a oír el tiro así que habría puesto pies en polvorosa.

Baltasar me miraba con radiante sonrisa.

—Lo ves —dijo—, va saliendo. ¿Y quinto? —alzó provocador al cielo el dedo meñique de la mano derecha.

—Bueno —dije—, quinto, los dos soldados tienen que haber estado alojados en algún lugar cercano, ya que iban a pie por el bosque. Si llevaban allí mucho tiempo, el interfecto debía saber que había un hospital en las cercanías, que le iban a oír, y que probablemente el chico era del hospital.

Baltasar asintió y guardó silencio.

—¿Quieres decir —dije— que ese perturbado Klaus B. es tu ratón cepillo de dientes Brockmann?

—Así parece —dijo él. Brockmann tenía una herida en la cabeza estaba trastornado y fue enviado a casa “bajo observación”, o como se diga. Procede de un pueblo de mala muerte que quizá esté a veinte kilómetros del hospital. Considero escasa la probabilidad de que muchos Klaus B anduvieran sueltos al mismo tiempo con heridas en la cabeza y trastorno psíquico.

Se levantó y empezó a caminar arriba y abajo.

—Tengo otra hipótesis —dijo.

—¡Dispara!

—Escucha: no sabemos mucho acerca del hermano de Ahrenborn excepto que era miembro de la Gestapo. Y no

tenemos ninguna posibilidad de establecer si los tiros de pistola que se dispararon en el bosque podían ser oídos desde el hospital quemado. Desde dentro de él esto es importante. Casi no me lo puedo creer. Supongamos que ellos –Ahrenborn y Morken- estuvieran fuera. Por ejemplo –dijo, relajado– en el crematorio. No importa lo que estaban haciendo allí, todo esto no son más que conjeturas. Supongamos que de pronto los dos antiguos soldados aparecen y ven algo que no debían ver. Nuestro profesor, lo sabemos es un hombre frío como un témpano. En el cuarenta y cuatro, hace mucho que sabe que el Reich no seguirá existiendo mucho tiempo, y que sólo podrá vivir razonablemente en el Estado que le suceda si se reviste de blanco. Quizá incluso Morken ideó todo el asunto, porque se supone que de los dos, él era la personalidad dominante. Ahrenborn nunca estuvo en el partido; probablemente bastaba con un hermano en la Gestapo. Así que supongamos lo siguiente.

Hizo una pausa, sacudió la cabeza y dijo:

–Suena todo bastante traído por los pelos, y probablemente no sea cierto, pero supongámoslo... Ahrenborn y Morken calculan: antes o después todo esto se va a venir abajo, y quizá ya no estemos en la Bohemia alemana, sino en Chequia o como vaya a llamarse este Estado. Así que no podemos quedarnos aquí. ¿Adónde ir? Por un lado vienen los rusos, por el otro los americanos e ingleses. Lógicamente, mejor largarse al Oeste; conocemos demasiados ex prisioneros de guerra rusos... Mi hermano Alfred es un cargo intermedio de la Gestapo, y probablemente “convencido”. Si sobrevive, en algún

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
momento podría abrir la boca, y sabe muy bien lo que hemos hecho aquí este último año. La época parda podría en cualquier caso tener alguna clase de epílogo judicial, ya sea por parte de los vencedores, ya por parte de un Estado sucesor. Así que... el hermano Alfred tiene que desaparecer.

— ¿Crees que Ahrenborn sería lo bastante frío como para cometer un fratricidio?

Baltasar me miró con ojos de reproche.

— Cuando veo lo que ha hecho con su mujer y su hija, con su hijo adoptivo y, probablemente, con Morken y algún otro más, le creo capaz de todo. ¡Y no te olvides de los prisioneros rusos!... Sigamos. Bueno, el hermano Alfred tiene que desaparecer. Quizá, como he dicho, la idea sea de Morken, que está metido en esta historia hasta más arriba de las narices. Quizá ambos lleven tiempo pensándolo, y tan sólo estén esperando una oportunidad favorable. Así que, de repente, ahora aparecen los dos soldados. Quizá han visto algo, pero quizá no; en cualquier caso, Ahrenborn y Morken deciden que es su oportunidad. Abaten a Alfred y a uno de los dos soldados e idean la historia adecuada. Quizá su hijito Emil podía sostener un fusil, para que también él participara, o — torció el gesto —, incluso podría ser él quien disparase.

— Deberías escribir historias de terror — dije —, pero has olvidado algo. ¿Por qué no abaten al segundo soldado?

— Ah — dijo Baltasar —, eso es evidente. Ahrenborn es médico, por bueno o malo que sea. Es bastante seguro que vio rápidamente que el otro era un idiota inofensivo, al menos en ese momento, y que no se le podía integrar

como personaje activo en ninguna historia sangrienta. Y una bala perdida que alcanza casualmente al perturbado espectador sobrecargaría el relato. Sería un elemento de duda, creo yo. Por el contrario, tal como pudo ser, el pobre herido es, naturalmente, un fantástico argumento y un regalo del cielo. Hace creíble la historia.

Me eché a reír.

—Quizá para ti. Hubieras debido hacerte peluquero, o fabricante de pelucas. No conozco a nadie que sepa sacar del aire tantos pelos carentes de raíz y trenzar con ellos una red tan absurda. ¿A quién vas a contarle eso? ¿Y no digamos a demostrarlo?

Baltasar volvió a sentarse.

—Sí — dijo —, eso es cierto. Pero — se incorporó e hinchó el pecho —, hay que poner coto a la creciente despoblación de la Cuesta de los millonarios.

—¿Por qué? Todos estamos de acuerdo en que el globo terráqueo está superpoblado.

Baltasar tosió:

—Bien, bien. Pero yo prefiero la contención a la hora de engendrar... Burger, herido de bala; Barbara Grosseck, muerta de un tiro; Kleinsiepe muerto de un tiro; sin duda alguna Brockmann también perdió la vida allá arriba. Y Pistorius está muerto.

Me quedé de una pieza enterado de algo nuevo.

—¿Cómo lo sabes, o pretendes saberlo? Te has enterado de algo nuevo en Wesel?

Baltasar negó con la cabeza.

—No. No me he enterado de nada nuevo pero he reflexionado muy intensamente. Es decir, sí he sabido algo

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
nuevo, por una de las cartas que Pistorius escribió a la
vieja dama.

Hurgó en su montón de papeles y me puso una carta en
la nariz, y luego otra, conocio a un hombre.

—Aquí —dijo—, Pistorius escribe que ha conocido a
un hombre interesante: “El antiguo contable de mi vecino
Pallenberg, ya sabes, el constructor”. El contable tiene se-
senta y un años y ya no trabaja. A veces va a Bad Neue-
nahr, al casino. Está claro que aún no cobra pensión de
jubilación. “Me gustaría saber de qué vive”. La carta es de
hace más o menos dos meses. En la siguiente, hace unas
siete semanas, dice: “He al contable del que te escribí hace
poco. Tiene una conversación muy divertida. Después de
media botella de coñac, empezó a contarme historias muy
interesantes. Ya te contaré”.

Baltasar hizo una pausa.

—Estuve en casa de Moritz ayer noche. Se le ha
ocurrido una idea, o se ha acordado oscuramente algo.
Luego hemos ido a la redacción de su revista, por la
noche, y hemos hojeado los ejemplares de los últimos
meses —empujó hacia mí unas fotocopias.

Se trataba de una esquila y dos noticias. En la primera se
decía que, hacia la una de la madrugada, obviamente bajo
los efectos del alcohol, un hombre de 61 años había tratado
de cruzar la carretera en el puente Honrad Adenauer, a
la altura de la Rheinaue, había arrollado y había muerto
en el acto. Se rogaba a los posibles testigos, etcétera. La
esquila era de un tal Albert Westphal, que había perdido
la vida en un trágico accidente de tráfico, a los 61 años.

Alcé la vista:

— ¿Es el contable?

Baltasar asintió.

— Sigue leyendo — dijo.

La segunda noticia se refería a una forma específica de alteración de la paz nocturna en la carretera, en la salida de Röttgen; allí, un coche que viajaba en dirección a Meckenheim se había salido de la carretera y había chocado frontalmente con un árbol, después de haber rozado una farola. El conductor había declarado a la policía que había querido esquivar un ciervo. Prueba de alcoholemia, daños materiales, etcétera.

— Moritz — dijo Baltasar — ha estado haciendo preguntas. Un habitante de la zona oyó un choque y llamó a la policía. Luego salió y estuvo charlando con el conductor hasta que llegaron los chicos de la poli. Se trataba de un tal señor Pallenberg, en un, cita Moritz, “Mercedes reluciente”.

Yo asentí, pensativo.

— Cierto. Pallenberg me contó algo acerca de su coche nuevo y de un accidente. ¿Me estás diciendo que sume dos y dos?

Baltasar asintió una vez más y alzó el dedo índice:

— Y — dijo con solemnidad —, no olvides una cosa: ¡los azares inverosímiles siempre juegan a mi favor, nunca en mi contra!

Yo pensé en voz alta:

— ¿De qué vive ese contable, si no trabaja y no cobra pensión, pero va de vez en cuando al casino a Neuenahr? ¿Tiene algún sistema para ganar? ¿Qué clase de historias interesantes le contó a Pistorius? ¿Quizá había escuchado

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
a alguien? Los Kleinsiepe viven en la misma casa... Supongamos que Pallenberg ha hecho algo malo alguna vez. El contable se ha enterado. Extorsiona a Pallenberg. Pallenberg paga; con eso, el contable va pasando el tiempo hasta que le llegue la jubilación. Quizá se ha jugado demasiado y quiere más. Pallenberg está harto. Además, de alguna manera se entera de que su viejo y querido colaborador ha empezado a chismorrear. Así que le invita a tomar una copa, lo lleva al puente Adenauer, le obliga a bajar del coche y lo atropella. ¿Algo así?

Baltasar dio una palmada en la mesa:

— ¡Algo así! Bueno, ¿qué opinas?

— Estás loco. No estamos en el Chicago de la prohibición. Además: ¿Cómo ha llegado Pallenberg tan deprisa a Rottgen?

Baltasar me contempló con disgusto.

— Estamos en Bonn, en mil novecientos ochenta, lo que es mucho peor. Y el viaje a Rottgen no importa. Aquí dice que el cadáver fue encontrado hacia la una. Si hubiera llevado muerto mucho tiempo, lo habrían mencionado en la noticia. Así que aún tenía que estar caliente. El accidente en Röttgen tuvo lugar a la una y veinte. De noche, en veinte minutos, me da tiempo a ir tres veces del puente Adenauer a Röttgen.

— Baltasar — dije, retorciéndome las manos —, ¿a quién vas a contar esta locura? La policía quiere pruebas, y tú, ciudadano de inmensa lealtad, no puedes pretender defender en persona las leyes, ¿no?

— No — dijo —, en absoluto.

De alguna manera, parecía enormemente satisfecho de sí mismo.

—¿Entonces qué quieres? —pregunté. ¿Demostrarnos a ti y a mí que la República es tan siniestra como siempre afirmas, o qué?

—No —dijo él—, en absoluto.

—No, en absoluto, no, en absoluto dije yo, indignado.

—¿Entonces, qué? ¿A qué viene este circo?

Él rió entre dientes.

—Sabes acalorarte, muchacho. ¡Fantástico! Dime: Cuando tú atropellas a alguien...

—Sólo lo hago a veces; no soy como tú.

—Ssssch. Bueno, si atropellaras a alguien y comprobaras que en tu coche hay arañazos, bollos, rastros de sangre... ¿qué harías?

—Lavarlo.

—Con eso no eliminas los arañazos y los bollos.

—Me lavaría —dije, elevando la voz— e iría a la policía.

—Oh, vamos. No puedes ir a la policía. ¿Qué haces?

Yo estaba bloqueado:

—Emigrar a Rusia y pasar a disidentes.

Baltasar suspiró. Luego dijo:

—Si has planeado ese atropello, también has pensado de antemano que tendrás que eliminar las huellas. ¿Tu coche te importa necesariamente? Pensé en mi nido de óxido.

—Siempre.

—Muy bien. ¿Qué te parece un accidente intencionado, con una excusa plausible? ¿En un lugar en el que esos accidentes suceden a menudo, lo bastante lejos del lugar en el que has arrollado a tu compadre?

Le di doblemente la razón:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— En primer lugar, es posible. En segundo lugar, lo haré exactamente así si me sigues tocando las narices de este modo. Él rió:

— A propósito de narices — dijo —, tuve mis motivos al confeccionar esa encuesta, con esas bonitas frases sobre extender los extremos y cosas parecidas.

— Ajá — dije. — Me estimula saber que mi tarea no era completamente absurda. ¿Qué pensaste al hacerlo?

— Oh, varias cosas. No sólo quería poner a prueba los conocimientos de ortografía de nuestros congéneres, aunque también eso habría tenido un resultado cruento. Algunas cosas eran pura distracción, algunas otras no. Las impresiones que reseñaste de la reacción a la palabra clave “voyeur” fueron bastante pobres, pero vaya. Mucho más interesante resulta la palabra “extorsionador” en la frase de los extremos.

— Vaya, vaya — yo seguía estando desatado —, ¿Qué conocimientos lingüísticos dignos de un Premio Nobel has extraído de eso?

Él sonrió.

— ¿Estás de mal humor? Se te pasará... mira esto.

Buscó un cuestionario entre su montaña de papeles y señaló determinados pasajes en cada caso:

— Aquí — dijo. — Ésta es la señora Morken: “...para tasarlos para un extorsionador del Parnaso”.

Me puse instantáneamente de buen humor:

— Puedes darme las gracias — dije con amabilidad.

— Naturalmente, pensé que perseguías algo con lo de “extorsionador”. Por eso en todos los casos dicté con habilidad, para que tuviera efecto.

– Eso – dijo él – es lo que yo esperaba. ¿Cómo dictaste?

– Bueno, fue muy fácil: “...para tasarlos para un”. Pausa. Luego, los candidatos habían escrito “un”, seguía: “... extorsionador del Parnaso”.

– Brillante, Watson – dijo. Mi reflexión fue, como entretanto habrás deducido, que ahí había en marcha algo relacionado con pasta y presiones. Así que, en mi astuta cabeza, pensé: construye un juego de palabras lo bastante creíble como para que de verdad lo tomen por un juego de palabras. Luego, pon una mina en un sitio en el que seguro que nadie la espera, porque todos están divirtiéndose con la frase o contando si han escrito bastantes “equis”. Aquí tienes el texto de la señora Morken: la distancia entre las palabras “un” y “extorsionador” es notablemente mayor que entre el resto de las palabras. La *e* está garabateada, la *x* totalmente fallida. En el resto del texto tiene una letra limpia y bien escrita.

Siguió pasando hojas.

– El señor Kleinsiepe. Dios lo tenga en su gloria. Una fea letra infantil. Es curioso que muchos adultos nunca lleguen a tener una caligrafía definida.

– Mejor – dije yo – una caligrafía infantil que tu forma de retorcer los caracteres.

– ¿Cómo? – dijo, fingiendo indignación. ¡Yo tengo una hermosa letra!

– Sí – dije –, tiene el mismo aspecto que si se pusiera tinta en las patas a un canguro cojo.

– Lo pasó por alto.

– Kleinsiepe tenía problemas con sus “equis”, como puede verse... aquí en “tasar”, por ejemplo. Escribió bien

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
“extorsionador”. Pero en todo el dictado, que es toda esta hoja en DIN A4, es la única vez en que tachó algo, y con fuerza.

De hecho, el primer rasgo después de “ext” estaba interrumpido; había tachado con trazo grueso las tres letras y vuelto a empezar.

—Sigamos. Burger. Típica escritura funcionarial empinada. Se mantiene enteramente bajo control. ¿Ves algo?

Repasé atentamente la frase. Ni un garabato, ni un tachón pero...

—Aquí —dije, excitado; el asunto empezaba a apoderarse de mí comparando “extiende” con “extremos” y “extorsionador”. En las dos primeras palabras, “e” y “x” están unidas; en “extorsionador”, la “x” está un poco separada, como si hubiera empezado de nuevo.

Baltasar me dio una palmada en el hombro.

—Y aquí tenemos a Pallenberg. Está claro que se sobresaltó de verdad. Sin duda su letra no es bonita, pero sí recta y legible. Sólo el extorsionador cae bajo la línea de lo escrito después de la “e”. Es la única palabra en toda esta gran hoja.

Se reclinó, triunfante:

—¿Ves?

—Muy bonito, Baltasar —dije. —Pero, ¿qué prueba?

Él gruñó:

—Tú siempre con tus objeciones burocráticas.

Sonreí:

—¿Has podido deducir algo más del cuestionario?

Pescó otras dos hojas del montón:

—Oh, sí, muchas cosas. En lo que al “extorsionador” se refiere los otros, sobre todo las hijas, no parecen saber

nada. ¡Pero la ortografía! Me gustaría saber qué aprenden hoy en día en el colegio — pasó las hojas meneando la cabeza. — Aquí. Hay tres caligrafías interesantes en todo el montón.

Me sorprendí, no sé por qué vez.

—¿También has ingresado recientemente en el gremio de grafólogos?

—Eso —dijo él con modestia— forma parte de mi formación enciclopédica... Aquí, el señor diputado Morken. La escritura es limpia en principio, pero tiene algunos puntos de fractura.

Señaló tres o cuatro palabras. Luego, me explicó misteriosas relaciones entre los trazos, subidas y bajadas y no sé qué más cosas.

—Pueblos bohemios —dije yo. —¿Qué significa todo esto?

Se echó a reír:

—Pueblos bohemios está bien, dado el lugar de nacimiento de nuestros héroes en pocas palabras, nuestro hombre es, por una parte, alguien muy controlado y bastante insensible, y por otra inseguro, como si estuviera sometido a presión.

Reflexionó.

—Puede ser —dijo entonces con lentitud— que sea algo pasajero. En estos momentos, está inmerso en una campaña electoral. Su lugar en la lista es seguro, pero naturalmente se trata de un asunto agotador. Habría que comparar esto con muestras de escritura más antiguas. Da igual.

Cogió la siguiente hoja:

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

—El profesor. Raras veces, no, tengo que corregirme, nunca he visto una letra tan enteramente vacía. Hay mucha gente que escribe con “letra de imprenta”, pero todos tienen algún rasgo característico, por ejemplo una “e” o una “i” con más fuerza. Aquí no hay nada. Sin duda algunas letras no son de imprenta, incluso vienen unidas entre sí, pero no expresan absolutamente nada. Lo único que puede desprenderse de la caligrafía es que este hombre es alguien absolutamente controlado, que no pone nada en marcha sin pensar y siempre se mantiene frío como un témpano. Casi se podría obtener la impresión de que incluso ha elaborado su letra para que nadie pueda deducir nada de ella.

Meneó la cabeza y dejó la hoja a un lado. Luego cogió la tercera y me contempló con atención.

Naturalmente, reconocí la letra; al fin y al cabo, había visto quién la había escrito.

—Bueno —dije, sorprendido—, ¿precisamente la nena? ¿Qué tiene su letra de especial? ¿Una abismal idiotez?

Baltasar gimió.

—Sólo tu necedad —dijo— aparta montañas para luego caer en un agujero. La señora Kleinsiepe tiene una caligrafía claramente vibrante, y una impecable ortografía. Es muy superior a su marido. Aquí, y aquí, están los rasgos más interesantes. Sensualidad y capacidad de salirse con la suya —se reclinó.

Yo me quedé mirando fijamente el pliego.

—Bueno —dije, titubeando. —La sensualidad no es muy sorprendente, creo yo. ¿Y lo de salirse con la suya? ¿Qué significa eso? ¿Que se lleva a la cama a todos los hombres que quiere, o qué?

Baltasar contempló una mosca que se arrastraba por la ventana.

—No —dijo—, es lista, y no le importa que la tomen por una niña boba. Probablemente saca beneficio de eso. No estoy seguro de si...

No terminó la frase. Se incorporó de un golpe y miró el reloj.

—Hum —dijo—, van a ser las doce. ¿Puedo telefonar?

Marcó un número relativamente corto, para mí desconocido, y pidió que le pusieran con el comisario jefe Ziegler.

—¿Señor Ziegler? —dijo. Matzbach. ¿Tiene unos minutos?... Sí, es importante. Tengo los dos próximos cadáveres para usted... ¿Cómo? No, no deliro más de lo que pueda hacerlo usted... ¿Qué? Oh, eso es muy interesante. Naturalmente podría ser, pero hasta ahora Grossek no tiene nada que ver con mis cadáveres... Sí, naturalmente, la Cuesta de los Millonarios. *Okay*. Hasta pronto. Adiós.

Me miró radiante.

—Bueno —dijo alegremente. —Podemos poner en marcha la gran final.

—¿Qué pasa con Grossek? —dije.

—Ja, ja —rió Baltasar—, te gustaría saberlo, ¿eh? Bueno, después de todo Ziegler no es tan tonto. Ayer estuvo pidiendo *dossiers*, lo oíste, ¿no? Pidió que en ellos figurase todo lo imaginable, y lo consiguió bastante deprisa, incluyendo cuestiones fiscales y aduaneras. Todos esos documentos no tienen sentido por separado, pero juntos se saca un hilo de ellos. Acaban de detenerlo.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— ¿A Grossek?

— Sí — meneó la cabeza. — ¡Y eso unos días, no, un día después de enterarse de la muerte de su hija! Pobre mujer... Al parecer, en primer lugar Grossek recibía pieles robadas, las trataba y vendía, y en segundo lugar obtenía de fuentes oscuras y trataba pieles raras de animales cuya importación y tratamiento está prohibida, porque son animales protegidos para salvarlos de su erradicación.

Hizo una pausa.

— Qué bonito — dijo entonces —, y todo en medio del pacífico Bonn... Puedo volver a llamar, ¿verdad?

Esta vez llamó a Ariane. Me sorprendió que un martes no estuviera en la oficina; luego supe por qué.

— ¿Ariane? Tiende tus hilos, y saluda de mi parte a Evelyn. ¡Pero tened cuidado! Nos vemos como hemos quedado. *Bye-bye*.

— ¿De qué se trata ahora? — pregunté. — Entiendo muy poco de lo que está pasando.

— Eso — dijo condescendiente Baltasar — es un estado metafísico general.

Volvió a llamar, sin más observaciones. Esta vez llamó a nuestros amigos de la granja, y preguntó por Susanne Weber. Habló un momento con ella y le pidió que se preparase, que yo iba a ir buscarla.

— ¿Para qué — dije, desesperado — voy a ir a buscar a la Weber?

Baltasar se plantó los puños en las obesas caderas.

— Porque no voy a esperar a que caiga el próximo cadáver.

— Ajá. Ahora sé mucho más. ¿Quién es el próximo cadáver?

— Ah, la señora Morken, la señora Ahrenborn o la señora Kleinsiepe.

Este último es sin duda un cadáver improbable, pero nunca se puede saber.

— Ésa es una frase tan sabia que me aporta una gran iluminación. ¿Puedes quizá decirme de qué va esto?

Baltasar recogió sus papeles.

— Apresúrate — dijo. — Hay dos posibilidades. O el comisario jefe funciona, y entonces esta noche todo el asunto habrá concluido, y esta noche organizamos un banquete, o no encuentra el rastro, y entonces nosotros tomamos definitivamente las riendas del caso. Voy a contarle algo sobre Pistorius, el contable, el señor Pallenberg y un accidente en Bohemia — me dio un amistoso puñetazo en el vientre. — No te preocupes. Ya hay en marcha un plan alternativo. Si te das prisa, puedes estar aquí con la Weber hacia las dos y media. O en Bonn. Nos encontraremos, digamos que a las tres, en la esquina de la avenida Poppelsdorf con la Meckenheim. Si no estoy allí, da vueltas a la manzana hasta que llegue.

Me dio algunas instrucciones más, que yo acepté en silencio. Por fin, dije, ahora realmente desesperado:

— Muy bien. No entiendo nada, que sea como vos ordenáis, señor. Pero, ¿qué haré si entretanto te detienen, o casualmente te atropellan, o cualquier otra cosa?

Fue hacia la puerta y se volvió apenas para decir:

— No te preocupes; ¡ya sabes que el azar está de mi parte!

Rechinando los dientes, me puse en marcha hacia el Eifel.

Eran poco antes de las tres cuando llegamos a la esquina acordada. Baltasar no estaba.

Empecé a dar vueltas a la avenida Poppelsdorf con el coche, siempre describiendo cuadrados.

Susanne Weber, sentada en el asiento trasero, iba poniéndose cada vez más nerviosa. Se levantó el velito negro que colgaba delante de su rostro desde su anticuado sombrero.

—Ojalá no le haya ocurrido nada —dijo, mirando a todas partes.

—No se preocupe —dije yo, más alegremente de lo que me sentía. —Ojalá que nadie se haya topado con él.

Ella se forzó a sonreír.

Por fin, al cabo de diez vueltas por lo menos, Baltasar apareció bajo los árboles de la Meckenheimer Allee. Se dejó caer en el asiento junto a mí y saludó a Susanne.

De manera abrupta, me guió hasta un aparcamiento situado a media altura de la Venusberg.

—Bajen —dijo. —Ahora seguiremos en mi coche.

Su pesado y viejo tiburón estaba, amenazante, en una esquina.

—¿Por qué?

Me aniquiló con una mirada.

—Tu coche —dijo rechinando los dientes— ya ha sido visto en la Cuesta de los Millonarios. Sin duda es improbable, pero hay que ir sobre seguro.

Por suerte no condujo él; eso siempre es una empresa llena de terrores. Mientras esperaba que el coche se rebelara, le miré de reojo. No movió un músculo.

— ¡Cuenta! — dije, imitando su tono de mando.

— Bah — dijo, disgustado —, todo una porquería. El comisario jefe es un necio.

Su rostro se iluminó, y nos miró jovialmente primero a Susanne, luego a mí:

— Eso significa, mis queridos niños — dijo —, que podemos hacerlo todo nosotros.

Suspiré.

— Primero: ¿Adonde voy? Segundo: ¿Qué pasa?

Baltasar dio instrucciones; cuando me hube sumergido en el tráfico de la Trierer Strasse, cruzó los brazos delante de la barriga y nos contó:

— Bueno, en primer lugar, lo que hay sobre la empresa Grosseck. Empiezo por ahí, porque en realidad no nos interesa. Por razones para mí desconocidas, ayer por la noche, no, hoy es martes, el domingo por la tarde, a un aduanero, que el Señor sea con él, se le ocurrió una curiosa idea. Está en un diminuto puesto fronterizo en la frontera belga, en algún sitio ahí abajo, cerca de Monschau, un poco más al sur, he olvidado el nombre. Sea como fuere, un paso en el que nunca se ha hecho un control en el último siglo; normalmente lo dejan pasar todo, y más un domingo por la noche; era casi medianoche, o más. A veces ni siquiera hay nadie allí, incluso de los nuestros, que casi siempre son conciencizados. Es un principio funcional: incluso cuando no se hace nada, hay que estar ahí... Bien. En los peores tiempos del terrorismo, paraban un par de coches de vez en cuando y los inspeccionaban, hace años. La aduana y la guardia de fronteras son en eso de una inteligencia microscópica. Cuando ocurre

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
algo, un atentado, o algo por el estilo, inspeccionan preferentemente pelotillas, escarabajos y otros coches que no tienen el aspecto que debe tener un buen coche burgués. En la mayor parte de los casos, sus ocupantes llevan barba y pelos largos, por Dios. Como sabemos, los terroristas suelen ir bien vestidos, bien afeitados y conducen, para no llamar la atención, Mercedes o Beemeuves. Por eso han cogido tantos en la frontera de la República Federal. ¡Típica estupidez burocrática!

Para dar énfasis a sus palabras, bajó la ventanilla y escupió a la calle inocente, es decir, hasta donde algo puede ser inocente en Bonn.

—Bueno, pues el domingo un aduanero o guardia de fronteras, no lo sé con exactitud, rompió todas las normas al respecto. En primer lugar, hizo su trabajo de control. En segundo lugar, en domingo. En tercer lugar, de noche. Y en cuarto lugar, a un hombre bien vestido que conducía un Mercedes —rió entre dientes. —Seguro que van a degradarlo y castigarlo penalmente.

Encendió un puro; yo bajé la ventanilla.

—Sigamos. En el coche viajaba un amable libanés. Tenía los documentos en regla. El funcionario quiso ver el maletero; entonces, el hombre intentó seguir su camino. Naturalmente, eso no puede ser. Lo pescaron un par de kilómetros más allá... en esa zona no se puede ir muy deprisa, y sobre todo, sólo se puede ir en unas pocas direcciones. Tardaron un rato en descubrir el doble fondo del maletero. En él había pieles muy bonitas, y algunos paquetitos de heroína. Casualmente, el conductor de ese vehículo, que por supuesto no sabía nada, había estado

cobrando de forma regular en los últimos años unas ayuditas por trabajos de almacén a cuenta del señor Grosseck, y nada malas. Movi6 la cabeza.

—Grosseck quiso hacerlo demasiado bien, disfrazar de legal una ilegalidad para que no llamara la atenci6n. Y probablemente no la habr6a llamado, si el guardia de fronteras no hubiera cometido ese terrible error. Y si el liban6s no hubiera perdido los nervios. En la oscuridad, en la frontera, probablemente el guardia no habr6a visto nada en el maletero. Y si Ziegler no hubiera relacionado las diferentes informaciones, todas interesantes en s6 mismas, pero sin importancia.

Solt6 una nube de humo y me orden6 dirigirme a un aparcamiento que acababa de aparecer a nuestra izquierda.

—¿Qu6 hacemos aqu6? —pregunt6.

—Esperar... pero sigamos. Naturalmente, felicite de forma vehemente al comisario jefe. l me dio las gracias, como corresponde, y dijo que de alguna manera lo hab6amos empujado en esa direcci6n, pero que por supuesto él tambi6n habr6a llegado hasta all6 solo. Bah. Luego le enseñe las cartas de Pistorius y los recortes de prensa sobre los accidentes y le pregunt6 si sab6a sumar dos y dos. l lanz6 una tremenda carcajada y dijo que sin duda era otra de mis fantas6as, como la del cepillo de dientes. Pod6a hacer algo m6s por m6? Le ped6 que comprobase lo que hab6a ocurrido con el accidente de coche de Pallenberg. “Muy bien”, dijo, “al fin y al cabo le debo algo, aunque sea una idiotez”. Naturalmente, los funcionarios de tr6fico que hab6an levantado acta del

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
accidente no sabían nada. Los policías del turno siguiente habían pasado al día siguiente por el lugar del accidente y habían visto a una grúa recoger el coche y llevárselo de allí. Todavía se acordaban del nombre de la empresa de grúas, así que Ziegler llamó y le dijeron que habían llevado al coche al desguace de Buschdorf. De manera que Ziegler se dirigió, suspirando, conmigo y con otro funcionario de huellas, al desguace en cuestión.

Gruñó.

—Pero primero se rió. Bah. Sea como fuere, Pallenberg conducía un Diesel blanco, un trescientos, creo. Lo encontramos bastante rápido; un par de operarios estaban desmontando todo lo que quedaba por desmontar. Por supuesto el vehículo tenía la delantera machacada, pero ningún bollo es completo. El tipo de huellas le echó un vistazo, al principio por encima, y luego, de pronto, con más atención, y entonces encontró algo, en algún sitio de la cara interior de un gran doblez de la chapa. “Jefe”, le dijo a Ziegler, “creo que aquí tenemos algo”. Entonces Ziegler hizo venir a un segundo coche, cortaron el trozo correspondiente del vehículo y volvimos a toda prisa. El funcionario raspó un poco de su hallazgo. Ziegler esperó hasta que el otro lo pusiera debajo del microscopio y dijera que ahí había sangre que le daría detalles después; entonces salió corriendo a detener a Pallenberg. Me dio otra vez las gracias de corazón y farfulló algo parecido a: “A menudo los éxitos de las investigaciones policiales sólo se logran con la cooperación de la población”. Yo me reí de él, le pregunté de que investigación estaba hablando y que si estaba dispuesto a ocuparse conmigo

del verdadero criminal. Entonces volvió a reírse, me dio una palmada condescendiente y dijo que había tenido dos veces suerte disparando al aire, pero que ahora debía dejarle en paz y dejar de sospechar por pura maldad de profesores y diputados. Le pregunte si estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de los próximos cadáveres. Y que qué iba a hacer en cuanto a Pistorius. Dijo que el viejo señor Pistorius aparecería al volver de su viaje; que los próximos cadáveres podría verlos por la noche en la tele, y que por lo demás yo tenía que irme, porque iba a proceder a una detención. Hasta ahí. Ahora estoy aquí, y resolveremos el asunto a mi manera.

Respiré hondo. Susanne Weber seguía sentada detrás, y guardaba silencio. Durante el viaje le había contado el resto de los acontecimientos, de forma que al principio del monólogo de Matzbach sabía más o menos tanto como yo. Probablemente había aceptado su destino.

— ¿Y cuál es tu manera? — dije.

Baltasar miró hacia atrás, a Susanne.

— ¿Tiene usted la llave?

Ella asintió. Naturalmente que tenía una llave de Villa Ahrenborn.

Baltasar miró el reloj. Eran casi las cuatro menos cuarto.

— Tiene que estar a punto de llegar — dijo a media voz.

— ¿Quién? — dije yo.

Estábamos delante de uno de los innumerables institutos médicos de la universidad.

— Idiota — dijo Baltasar. Ahrenborn, naturalmente.

— ¿Cómo que naturalmente?

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— Los martes a las cuatro tiene reunión general con sus doctorandos, incluso durante las vacaciones. Aquí.

Entrecerré los ojos.

— ¿Y qué? ¿Piensas asaltarlo?

Baltasar volvió a suspirar.

— Oh eres un... No, no lo diré en presencia de una dama. Tan sólo quiero ver si realmente viene, luego podremos irnos. De lo contrario, tendríamos que poner en marcha una alternativa un poco más arriesgada.

Le amenacé con el puño cerrado:

— Si no me cuentas pronto lo que te propones voy a hacerte papilla.

Entonces desembuchó su plan. La exposición llevó unos pocos minutos; cuando Baltasar hubo concluido, silbé ligeramente entre dientes.

— Muy interesante, la verdad. Allanamiento, escalo, robo, violación de la intimidad, coacción, privación de libertad... no soy jurista, pero si pienso un poco más se me ocurrirán otro par de conceptos. ¿Has reservado ya la *suite* real de la cárcel?

Baltasar sonrió.

— Olvidas que el azar siempre está de mi lado. Como tendremos éxito, el comisario jefe Ziegler se dejará elogiar y no nos acusará de nada.

— Como en la guerra — dije, irritado. Al menos en la paz te preguntan si quieres ser voluntario. Me siento completamente enfermo.

Susanne no dijo nada.

Le pregunté:

— ¿Qué opina usted?

Ella rió de pronto por lo bajo.

– A mí todo me parece bien; lo importante es que ocurra algo.

– Creo que es usted tan infantil como Baltasar. Gordo, si te conozco bien, seguro que has apostado hordas enteras de tropas auxiliares, ¿no?

– Por supuesto. Los verás a todos... Ah, ahí está Ahrenborn. Eso está bien. Entonces podemos ejecutar el plan seguro.

Miré sin llamar la atención hacia donde Ahrenborn aparcaba su coche y bajaba. Estábamos lo bastante lejos, y además no estábamos en el aparcamiento de la facultad.

– ¿Qué plan seguro?

– Te lo acabo de contar.

– Ajá – dije, entusiasmado. – ¿Ése es el plan seguro? Fantástico. Hazme un favor, guárdate el arriesgado para ti, ¿vale? Con este me basta. ¿Qué incluye el otro? ¿Bombas? ¿Baltasar a la cabeza de los GEO? ¿Yo de kamikaze? ¿O qué?

– Cierra tu necia boca... Ahora está entrando. Muy bien. Esperaremos otro par de minutos.

Esperamos en silencio. Ahrenborn no volvió a salir. Baltasar se dio una palmada en el muslo con su gruesa pataza.

– Ve lentamente hacia el *parking* de la facultad, de forma que te sitúes entre la entrada y el coche de Ahrenborn, y deja el motor en marcha.

Obedecí sin decir palabra. Describí hábilmente una curva entre la pared del edificio y el coche del profesor y paré. Baltasar abrió con cautela la puerta y se escurrió

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
fuera del coche. Yo estaba asombrado de que tanta masa
pudiera pasar sin crujir por una rendija tan estrecha.

Se arrodillo un momento entre los dos coches. Tal como
estábamos, nadie podía verlo. Luego volvió a meterse por
la puerta entreabierta y dijo:

— ¡Vamos!

— ¿Qué has hecho?

Describí un pequeño arco por el estacionamiento y me
dirigí hacia la salida; al hacerlo, miré un momento hacia
atrás. Las dos ruedas delanteras del coche del profesor
estaban en el suelo.

— Eh — dije. Daños a la propiedad ajena. ¿O se trata de
sabotaje, ya que estamos en guerra?

Baltasar no hizo observación alguna.

— A Godesberg — gruñó.

— Qué bonito es poder confiar en los amigos — dije,
sarcástico. Él asintió.

— Por tontos que sean — completó.

Baltasar me hizo dar un pequeño rodeo.

— Ajá — dijo, cuando entramos en una calle lateral que
terminaba en medio de la nada, al pie de la Cuesta de los
Millonarios. — El aire es puro. De lo contrario, Moritz es-
taría aquí.

Claro — dije yo. — ¿Quién si no? Moritz. ¿Quizá con un
pequeño antiaéreo?

— Escucha — dijo irritado Baltasar —, si todo esto es tu
forma especial de humor, que para mí es humor negro,
estupendo. De lo contrario, puedes bajar del coche y haré
sin ti el resto del asunto.

Me hurgué la nariz, como si no tuviera nada que ver con el resto del mundo. Le disparé al regazo el resultado de mi sondeo.

— De bajarme nada — dije. — Ahora que estoy metido en tu estiércol hasta las dos quijadas, al menos quiero ver cómo sucumbes. Aunque me cueste mis derechos de ciudadano.

En la calle sin salida que conducía a los seis chalets había dos coches que me resultaban bien conocidos.

— ¿Dónde están esos canallas?

Baltasar bajó del coche y nos hizo señas. Susanne Weber y yo le seguimos.

Nos dirigimos a casa de Morken. Evelyn Binder abrió y nos dejó pasar. El gran ventanal del salón tenía corridos los visillos, no se podía ver ni hacia dentro ni hacia fuera. En el salón estaban Ariane Binder, la señora Morken, sus dos hijas, Ulrike Treysa, Edgar y Moritz, y un hombre para mí desconocido, de mediana estatura, insignificante, de pelo oscuro.

— Fantástico dijo Baltasar. — Todo listo. ¿Quién más hay en el barrio?

Ariane se levantó. Señaló vagamente hacia la ventana:

— La señora Grosseck está prestando declaración a la policía. Los Treysa están en campaña, igual que el señor Morken. La policía vino hace cosa de una hora y se llevó a la Lorenz de casa de Pallenberg. La Kleinsiepe salió con ellos. Estamos solos... exceptuando a la señora Ahrenborn.

Baltasar se frotó las manos.

— ¿Y bien? — dijo, mirando a la señora Morken.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Sólo entonces me di cuenta de que estaba muy pálida. Sus manos se abrían y se cerraban. Ariane Binder se arrodilló en la alfombra delante de ella.

— ¡Eva! — dijo en tono de súplica. La señora Morken se puso en pie.

Bien — dijo en voz baja. Mejor un fin con terror que este terror sin fin

Evelyn había hecho el trabajo preliminar más importante. Había puesto de su parte a Inés y a Iris. Admiré el valor y las artes de persuasión o convicción de la rubia y lánguida muchacha. Al parecer, tenía la misma energía que su madre. Las dos hijas habían convencido a la señora Morken de que colaborase, una vez convencidas ellas mismas.

— Muy bien — dijo Baltasar. — Moritz, tú llevarás a las chicas a casa de Ariane. Te quedarás allí hasta que Edgar llegue con los demás. Luego te unirás a Ziegler.

Le alcanzó un pequeño objeto; parecía un diminuto *walkie-talkie*.

— Sabes lo que tienes que decir, ¿no?

Moritz asintió. Todo rastro de afectación en él había desaparecido. Creo que por primera vez desde que le conocía no habría estado en condiciones de decir estupideces, ni aunque hubiera querido hacerlo.

Baltasar se volvió a la señora Morken:

— Tengo otra pregunta, muy rápida — dijo a media voz. ¿Se acuerda de su tío Alfred?

Eva Morken titubeó:

— Sí, pero de manera borrosa. Creo que no podía soportarle.

— ¿Habló de él con sus padres o su esposo?

— No. En alguna ocasión lo intenté. Quiero decir, en algún rincón de mi cabeza tengo el oscuro recuerdo de que... ¿cómo decirlo? Creo que Alfred y Emil hicieron muchas cosas juntos, pero Emil nunca quiso hablar de eso, tampoco después de que... nos arregláramos.

Baltasar apuntó una escueta reverencia, la señora Morken forzó una sonrisa.

Todo a mi alrededor ocurría como en un sueño febril. Al parecer todo el mundo sabía los pasos que tenía que dar en aquel extraño escenario. Me uní a ellos, aturdido y hambriento al mismo tiempo.

Salimos de la casa en apretado grupo. Moritz cogió a Evelyn de la mano y pasó el brazo en torno a la cintura de Inés Morken; Ulrike Treysa e Iris Morken les siguieron.

Se detuvieron todos ante la puerta de Ahrenborn, como si hubieran recibido una orden. Baltasar cogió a Susanne del brazo y dijo en voz baja.

— ¡Adelante!

Susanne Weber sacó la llave del bolso y abrió la puerta. Lentamente como si tuviera que obligarse a cruzar ese umbral una vez más, entró.

Baltasar le siguió, y después Ariane y Eva Morken, Edgar, el hombre moreno, y finalmente yo. Susanne recorrió en silencio el pasillo hasta detenerse ante una puerta. Llamó.

— ¿Señora Ahrenborn?

Dentro se agitó algo, pero muy débilmente.

— ¿Señora Ahrenborn? Soy yo, Susanne. Eva está conmigo. ¿Podemos pasar?

Aplicó el oído a la puerta. Luego hizo bajar el picaporte... nada.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Miró a Baltasar.

— Cerrado, pero la señora Ahrenborn está dentro.

— ¿Dónde podría estar la llave? — dijo Matzbach.

Ella se encogió de hombros.

— Probablemente el profesor la lleve encima.

Ahrenborn era un hombre cauteloso; incluso las puertas de las habitaciones tenían cerraduras de seguridad.

Baltasar carraspeó:

— Bueno — dijo sordamente. — ¿Hay otra posibilidad?

El hombre moreno se adelantó:

— ¿Me permite?

Examinó brevemente la cerradura, luego se incorporó.

— Se puede — dijo —, pero tardará un poquito.

Baltasar retrocedió hasta la pared de enfrente.

— ¡Apartaos! — dijo, y me hizo una señal.

Cogimos impulso y nos lanzamos a un tiempo contra la puerta. Al tercer intento se astilló algo, al cuarto la puerta se abrió de golpe.

La señora Ahrenborn estaba sentada en un sillón, cerca de la ventana. La veía por vez primera: una mujer pequeña, delicada, de ojos infinitamente atormentados, mucho más envejecida de lo que correspondía a sus 57 años. Susanne fue hacia ella.

— Señora Ahrenborn — dijo —, ¿cómo se encuentra?

La señora Ahrenborn la miró con muchísima lentitud, y murmuró algo. Eva Morken se arrodilló junto al sillón.

— ¡Madre! — dijo.

De pronto, su autocontrol se rompió como una cuerda demasiado tensa. Sollozando, apoyó la cabeza en el regazo de su madre.

Algo parecido a un destello de asombro sobrevoló durante unos segundos el rostro de la vieja dama. Movi6 la mano, como si quisiera acariciar a su hija. Luego todo qued6 como borrado, y volvi6 a quedarse sentada como antes. Baltasar tir6 de la manga a Edgar. Este asinti6 y rode6 cuidadosamente el grupo formado por la mujer sentada y la arrodillada. Movi6 la mano ante los ojos de la se1ora Ahrenborn. Luego cogi6 con cuidado su brazo izquierdo y le subi6 la floja manga del vestido.

—Está drogada —dijo cuando se incorpor6. Se1al6, con mirada sombría, innumerables pinchazos. —Y hasta los topes. No sé lo que es, pero basta para quitarle al profesor la licencia y la *venia docendi*. Por lo menos. A no ser que lo hiciera ella misma, pero no lo creo.

La parafernalia se revel6 superflua; Baltasar había temido que, por miedo a su marido, la mujer s6lo pudiera ser convencida para dejar la casa empleando todas las artes de persuasi6n de la antigua doncella, la hija y la vieja amiga. Las perversas medidas de Ahrenborn se volvieron en su contra. La se1ora Ahrenborn era completamente incapaz de manifestar voluntad alguna. Edgar la cogi6 en brazos y la llev6 a su coche; la se1ora Morken y Susanne Weber metieron unas cuantas cosas imprescindibles en un peque1o bolso.

El despacho del profesor no estaba cerrado. ¿Para qu6? ¿Acaso había algo en él que nadie pudiera ver?

Yo mismo había estado sentado en esa estancia... nada me había llamado la atenci6n. Baltasar esper6 hasta que Susanne Weber regres6 a la casa.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

— ¿Dónde está la caja fuerte? — dijo.

Ella atravesó en silencio el despacho. Sacó de una estantería algunos libros grandes, obras de consulta de medicina. Detrás había un revestimiento de madera de planchas cuadradas. Sacó una de las planchas, que se dejó quitar sin esfuerzo alguno. Una pequeña caja fuerte quedó al descubierto. Es decir, la puerta de una pequeña caja fuerte.

Baltasar hizo una seña al hombre moreno, que avanzó lentamente hacia el muro.

— Baltasar — dije yo —, ¿quién es éste?

El hombre se volvió y sonrió. Baltasar se llevó el dedo a los carnosos labios.

— Si no conoces nombre alguno — dijo —, no podrás revelárselo a Ziegler. ¿Está claro?

Callé.

El hombre tendió la mano. — Primer plazo — dijo.

Baltasar le apretó algo de la mano; susurraba como billetes de banco.

El hombre se lo guardó y se dedicó a la caja de segunda.

Yo me quedé mirándole mientras Baltasar retrocedía por el pasillo. Le oí hablar en voz baja con la señora Morken y con Ariane. Luego oí a alguien descolgar el teléfono y marcar. La señora Morken reclamaba hablar con su marido, que al parecer estaba en una reunión y al que hubo que buscar. Pasó un rato; luego la oyó decir:

— ¿Emil? Soy yo. Ha ocurrido algo con mi madre. Debes ir a buscar a mi padre enseguida a la facultad y venir. Sí, ya sé que tienes una reunión, pero se trata de vuestras cabezas. Sí, enseguida.

Colgó sin despedirse. Todavía cambiaron algunas palabras que no pude entender, luego la puerta de la

casa se cerró. Baltasar entró lentamente al despacho y me sonrió.

— Bueno — dijo —, ¿qué tal esa adrenalina?

Me limité a gruñir, me temblaban un poco las rodillas.

El hombre moreno se volvió.

— ¿Podrían hacerme el favor de cerrar el pico?

Callamos. Baltasar sacó del bolsillo una foto y me la puso delante de las narices. Si mis conocimientos no me engañaban, se trataba de una copia fotográfica de la radiografía de un maxilar superior.

Me encogí de hombros y miré, inquisitivo, a Baltasar. Él señaló — aunque, debido a su dedo como un salchichón, no era del todo fácil constatar a qué se refería — a un punto bastante al extremo del hueso. Allí había algo que parecía una pequeña elevación. Había que darse con la nariz — quiero decir, no siendo médico — para ver algo.

No dije nada, traté de no romperme la cabeza y miré alternativamente el gesto sonriente de Baltasar y la espalda del hombre junto a la pared.

De pronto, algo hizo clic. El hombre moreno se volvió sonriendo y extendió la mano.

— Segundo plazo — dijo. — La caja estaba abierta.

Baltasar volvió a apretarle algo en la mano. El hombre se llevó, burlón, las puntas de los dedos a la sien. Baltasar le acompañó a la puerta de la casa.

— Bueno — dijo al volver —. Ahora estamos solos. Miró el reloj:

— Hum, esto nos da aproximadamente una hora... si Morken ha salido enseguida. Está en Colonia — añadió. Si Moritz se atiene a lo prometido, estamos exactamente en tiempo.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Se sentó en el borde del gran escritorio. Yo carraspeé varias veces, porque tenía un grueso nudo en la garganta.

—Baltasar —dije cuando por fin liberé el gaznate—, querido Baltasar, hasta aquí conozco tu plan. Es de una frivolidad sólo superada por la suerte que tienes. ¿De dónde has sacado a ese cascacajas?

Baltasar sonrió.

—Tsch, tsch. No preguntes demasiado. Uno tiene gente para todo.

Busqué una silla.

—¿Qué pasa con la foto?

Él la agitó en el aire.

—Esto —dijo— es la mandíbula superior de Klaus Brockmann, también conocido como ratón. Tomada en Hannover, o en Dortmund, hace muchos años.

Inclinó la cabeza y miró fijamente un punto en el aire.

—La elevación es una especie de abultamiento. Según me ha dicho un protésico dental, algo así puede estar causado por la torpeza de un médico en una operación. En este caso, y a simple vista de la foto, el médico dijo que era algo congénito, o causado de alguna manera en la infancia.

—Espléndido. Ya lo sabemos. ¿Y qué hacemos con eso?

Baltasar volvió a guardar la foto.

—Me gusta mucho hacer esto contigo —dijo, elogioso. Por lo menos ocultas tu necedad bajo el ensayo de un cierto sarcasmo. Sin duda el miedo te hace apretar los dientes, pero eres mejor que Moritz, al que ahora se le caería el corazón al suelo.

Se encendió otro cigarro.

— Te agradezco el amable discurso — dije. — Tu amabilidad es, casi diría que empalagosa. Ten cuidado de no resbalar con tus babas. ¿O quieres que vaya a por una bayeta para limpiarlas?

— Ahórratelo... Ah, me he olvidado de decirte dónde está nuestro amigo Burger.

Había estado incómodo todo ese tiempo; ahora sabía por qué. Al enumerar las personas presentes o ausentes en esa herradura de chalets, el nombre de Burger no había salido. Yo estaba demasiado nervioso como para advertirlo, pero al parecer mi subconsciente se había enterado de todo.

— Esta mañana — dijo complaciente Baltasar —, saqué su cuenta bancaria bajo la atenta observación de otro querido amigo mío, al que tú no conoces, se hizo llevar en taxi a Bonn y subió a un vuelo para Lima, vía Frankfurt y todo eso — mordió el puro. — Está claro que el muchacho tiene los nervios flojos; en realidad, no sólo no sirve para delincuente, sino ni siquiera para el servicio diplomático. Imagínate que lo toman como rehén y lo retienen un par de días. Se volvería loco, el pobre.

Yo ya no pude reprimir una sonrisa. Poco a poco, el agarrotamiento de mis rodillas desaparecía bajo la benéfica influencia de la cháchara de Baltasar.

— Muy amable de tu parte. Seguro que sabría apreciar tu preocupación por su bienestar — dije.

Baltasar hundió una pata en el informe bolsillo de su chaqueta y me lanzó un objeto. Lo atrapé; era un artefacto para cortar cristal.

— Abre un poquito la urna de los esqueletos — dijo.
— Entretanto, echaré un vistazo a la caja fuerte.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Hice un cuidadoso agujero en torno a la cerradura de la pequeña puerta corredera, empujé —no soy ningún profesional— el trozo de cristal cortado, lo vi caer y abrí la puerta. Al mismo tiempo oí un silbido.

Baltasar sostenía un rintero de papeles.

—Bien —dijo, radiante—, muy bien. Esto servirá. Por esto —me miró con reproche— iría voluntario al trullo un par de años, si fuera necesario.

—¿Qué has encontrado? —ya todo me daba igual... lo que tuviera que ser, sería.

—¡Calma! —dijo.

Se sentó al escritorio y repasó sus hallazgos.

Al cabo de un rato, durante el cual yo había leído sin comprender los títulos de los libros e inspeccionado el pequeño laboratorio, me hizo señas de que me acercara.

—Aquí. Esto es lo más importante. En primer lugar: una cuenta en Zürich. Con una suma de seis cifras. En segundo lugar: una cuenta en dólares y una dirección en Buenos Aires. La suma de la cuenta también tiene seis cifras. ¿De dónde ha sacado toda esta plata? Ey. Tres cartas iguales, firmadas por Pallenberg, Treysa y Grosseck. Texto: “En caso de defunción del profesor Ahrenborn, renuncio a toda pretensión contra su heredero. Por eso mismo, en caso de defunción del mencionado profesor Ahrenborn me comprometo a destruir una carta sellada que se halla en mi poder”. Firma. Esto explica muchas cosas.

Yo le contradije con decisión:

—Esto no explica nada. ¿Puedes decirme...?

—Espera. Pronto lo sabrás todo, tontito. Tienes que guardar sangre fría y confiar en el viejo y buen Baltasar.

Siguió pasando hojas sin mirarme. Yo contuve el aliento un instante; luego me rendí.

Ajá — dijo —, esto era lo que buscaba. Última voluntad, y el buen papel hecho a mano se abrió.

— Los bienes más sagrados de Occidente — murmuré. Baltasar resopló y leyó:

— Bla, bla, bla... dispongo que mis dos casas de Godesberg, dirección, etc., sean vendidas. Una vez pagada la legítima a mi esposa y a mi hija Eva Morken, la cantidad restante, incluyendo todos los demás valores matrimoniales (ver anexo actualizado a 1 de agosto de 1980), deben pasar a posesión de la señora Felicitas Kleinsiepe, de soltera Weber" ... es como si me hubiera rozado un ángel.

A mí también me rozó.

Baltasar plegó los documentos y los guardó.

— Jugoso asunto — dijo. — Luego se levantó y fue a la caja fuerte. No la cerró, sino que se limitó a entornar la puerta. El panel de madera encajó, volvió a poner los libros en su sitio.

Luego vino hacia mí.

— Ahora tenemos que ser valientes, señorita — dijo, sarcástico. — ¿Es éste su primer parto?

Yo me rasqué la barba.

— Si no supiera que estás cansado de vivir, te lo preguntaría.

Él fue hacia la vitrina y miró los esqueletos. Algo en el último llamaba la atención: le faltaba la tapa del cráneo. Retiró la cabeza del soporte y la sostuvo entre sus manos

— Oh, pobre Yorick — dijo —, ya nunca sabré...

No terminó la frase.

Asesinato en la Cuesta de los millonarios

Esperamos. Hacia las seis, oímos frenar en seco un coche y puertas que se cerraban. Baltasar echó mano a su informe bolsillo y sacó otros dos objetos. El primero era un *walkie-talkie*.

Apretó un botón y preguntó en voz baja:

—Moritz, ¿todos a bordo?

Tras un breve chisporroteo llegó la respuesta:

—Todos a bordo. Buena suerte.

Dejó el aparato encendido y lo metió en una papelera.

Me alcanzó el segundo objeto. Era un revólver.

—En caso necesario —dijo en voz baja— sólo hay que apuntar en la dirección aproximada y apretar el gatillo.

Se dio una palmada en el bolsillo, y supe que también él tenía uno.

La puerta de la casa se abrió, y Ahrenborn y Morken irrumpieron.

Me he preguntado durante largo tiempo si describir con detalle el final. Mis golpes de adrenalina, los espumarajos del profesor, el abrupto derrumbamiento de Morken, la frialdad e incommovible arrogancia de Baltasar... he decidido no hacerlo. Muchas cosas son aún como un sueño, porque todo ocurrió demasiado deprisa y cada detalle pesaba demasiado. Hubieran podido ser días, pero fue apenas media hora.

La pregunta decisiva de Baltasar la hizo justo al principio. Cuando ambos se precipitaron al despacho, les pidió cortésmente, señalando la fusca —en cualquier caso temblorosa— en mi mano, que se sentaran. Luego se volvió a Morken.

—¿Cómo es posible —dijo tranquilamente— que un hombre y un jurista inteligente se deje extorsionar tanto tiempo por un monstruo? Desde luego, está su carrera, señor Morken, pero ¿aparte de eso?

Morken le miró fijamente.

—¿Dónde está mi madre? —fue todo lo que dijo.

Ahrenborn hizo rechinar los dientes.

—Su madre está bien —dijo Baltasar. Está, por primera vez desde mil novecientos cuarenta, en compañía de gentes amigables.

El profesor se incorporó.

—Escuche —dijo, amenazador—, quiero saber inmediatamente qué significa esta pantomima en mi casa. De lo contrario, yo...

Baltasar se plantó ante él, y hasta entonces yo nunca había sabido que ese hombre tan gordo podía moverse tan deprisa e irradiar una autoridad tan irrefutable.

—Usted no hará nada —dijo, con una voz tan gélida que me corrió por la espalda como un escalofrío. Morken se estremeció. —Usted no hará nada. Usted, experimentador médico, genocida, extorsionador y sádico. Siéntese. O no, mejor eche un vistazo a su caja fuerte.

El profesor fue hacia la pared con pasos rígidos, apartó los libros y miró la caja abierta, vacía. Luego se sentó.

Baltasar se volvió a Morken (así es como lo recuerdo, más o menos. Quizá hasta entonces había pasado ya mucho tiempo).

—Un chiquillo —dijo, casi compasivo— que mata a su tío en el bosque, actúa en legítima defensa. No hay que

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
permitir que un adulto abuse de uno, y no hay castigo
que temer.

De pronto Morken empezó a temblar.

—Y si el otro tío fuerza luego al chiquillo a matar a su propio padre, no es el pequeño el que comete un crimen, sino su tío, que quiere encadenarlo de ese modo a él.

Lo que siguió fue demasiado melodramático, y está demasiado borrado de mi memoria como para poder describirlo en detalle. Baltasar contó la forma en que Morken había matado a Alfred Ahrenborn, que quería abusar de él; cómo unos soldados fueron testigos por casualidad; cómo Ahrenborn hizo que el padre de Morken matase a uno, pero no al otro, porque era inofensivo y su cooperación en un acto de violencia hubiera sido inverosímil; cómo Ahrenborn quemó el hospital y obligó al chico a disparar sobre su propio padre para tener un cómplice menos y un esclavo más; cómo Ahrenborn sacó provecho de los espantosos experimentos con los soldados soviéticos prisioneros de guerra; cómo se enteró de los sobornos de Pallenberg, consiguió a su través encargos públicos y pudo adquirir suelo edificable antes de que nadie más que él supiera que era edificable; cómo Treysa se había dejado sobornar; cómo Ahrenborn se había enterado por casualidad de los negocios de Grosseck; cómo había sangrado a los tres, y luego les había contado algo de un crimen que supuestamente había cometido, y les había dado como prenda hojas vacías en sobres sellados. (Ése era el genio de Baltasar: una pura conjetura que luego se revelaba cierta). Cómo había inducido a Pallenberg a eliminar a su antiguo contable. Y cómo después de años de

rigor consigo mismo se había hecho iniciar, por una mujer joven y refinada, en secretos que nunca había conocido antes, más allá de visitas al burdel y cortas y forzadas cohabitaciones con su desdichada esposa; cómo de pronto había reconocido al soldado entonces trastornado, herido, que había hecho memoria.

Brockmann tenía que morir. Como el pobre y celoso Kleinsiepe, que había disparado contra Burger y que enloqueció cuando Barbara Grossek expresó vagos pensamientos. Ahrenborn había matado a Barbara Grossek con la pistola de Kleinsiepe y la había llevado junto con él al talud del tren. En un punto que la señora Kleinsiepe pudiera ver desde su oficina. Cuando ella vio aparecer allí a la policía, llamó a Ahrenborn. Éste fue a ver a Kleinsiepe, le dictó la carta y le obligó a pegarse un tiro en la cabeza.

—Ése —dijo sombrío Matzbach— fue su gran error, la carta. La leí con atención, y vi que Kleinsiepe no podía haberla redactado. Usted, señor Ahrenborn, empleaba vocablos y giros que superaban mucho el horizonte de Kleinsiepe. Él nunca hubiera escrito que estaba obsesionado con Barbara Grossek, que quiso poseerla y no consiguió nada... Si realmente él lo hubiera hecho, habría escrito que quiso tirársela, no se le levantó y le pegó un tiro. “Le pegué un tiro”, nunca “la maté”. En eso reconocí su caligrafía, en sentido figurado... ¿Y lo que hizo con el pobre Brockmann?

Ahrenborn siguió mudo. Baltasar fue hacia el esqueleto y cogió el cráneo descubierto.

—Aquí —dijo. —Había que retirar la tapa, porque Brockmann tenía una chapita de plata en la cabeza. Quizá

————— **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**
hubiera llamado la atención. Como usted es un hombre inteligente, le arrancó todos los dientes, porque tal vez hubieran podido reconocerlo por los empastes o prótesis parciales.

Le arrojó la foto del maxilar.

—Pasó algo por alto, porque no es protésico dental. Aquí —cogió el cráneo y lo palpó— está la pequeña elevación. Una característica inalterable.

Aún me siento mal cuando pienso en la siguiente frase, que llegó con total lentitud, como una gota que cae y estalla.

No puedo repetirla. Durante las vacaciones de verano, Ahrenborn había llevado a cabo una serie de experimentos con voluntarios, que comían carne picada infectada para probar el efecto de determinados virus. Habían creído que era carne de cerdo.

—Sólo el esqueleto —dijo Baltasar. Lo que no sé es lo que hizo con el pobre viejo Pistorius.

Entretanto, Morken ya no era más que una piltrafa. Lanzó una estridente carcajada.

—Pregúntele —dijo—, pregúntele cómo es que hace un mes, la última vez que estuve aquí, sólo tenía cinco esqueletos, y ahora son siete.

En algún momento Ziegler tocó con los nudillos en la ventana y puso fin al espectáculo del horror.

Aún sé que estuvimos hasta mucho después de medianoche en alguna taberna de Bonn. Baltasar, Moritz, Edgar, Ariane, Evelyn, Susanne Weber y yo. Incluso el comisario estuvo un momento con nosotros.

Creo que la mayoría nos limitábamos a balbucear. En algún momento, apareció Hussein. Quería contarme que aquel comerciante de pieles hacía no sé qué oscuros negocios, pero ya lo sabíamos.

Por fin, Matzbach proclamó.

—Lo único que lamento es que nunca sabré de dónde salió el maldito cepillo de dientes.

El barman se volvió.

—Vaya —dijo. Está casi tan borracho como aquel día. Ahora le reconozco. Usted estaba aquí la noche en que ese viajante chiflado regaló a los clientes su colección de cepillos de dientes, ¿no?

FIN

GISBERT HAEFS

9 de enero de 1950. Escritor alemán Gisbert Haefs, prestigioso novelista y ensayista que ganó fama mundial gracias a sus historias de ciencia ficción y sus obras de perfil histórico y policial. Estudió Filología Inglesa y Española en la Universidad de Bonn. *La carcajada del general, Anibal, César: las cenizas de la República, El jardín de Amílcar, La espada de Cartago, Rajá, La primera muerte de Marco Aurelio, La amante de Pilatos y Troya* son sólo algunos de los títulos que forman parte de su extensa producción literaria, traducida en varios países.

En su rol de traductor (actividad que ha desarrollado en español, francés e inglés), Haefs trabajó sobre obras de Adolfo Bioy Casares, Arthur Conan Doyle, G. K. Chesterton, Georges Brassens, Mark Twain, Rudyard Kipling, Ambrose Bierce y Jorge Luis Borges, entre otros colegas suyos.

En reconocimiento a su labor son muchos los galardones que se le han concedido a Gisbert Haefs a lo largo de su trayectoria. El Premio Edgar Wallace, el Deutscher Krimi Preis, el Kurd-Lasswitz Preis, el Premio de Honor de Novela Histórica que concede el Ayuntamiento de Zaragoza y el Rheinischer Literaturpreis Siegburg, entre otros.

**Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de octubre, en el marco de la
Feria Internacional del Libro en el Zócalo.

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Octubre 2015